TEATRO COMPLETO

TOMO I

A4738

SERAFÍN Y JOAQUÍN
ÁLVAREZ QUINTERO
DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

TEATRO COMPLETO

TOMO I

PRIMEROS ENSAYOS

PRÓLOGO.-ESGRIMA Y AMOR.-BELÉN, 12, PRINCIPAL.
GILITO.-LA MEDIA NARANJA.-EL TÍO DE LA FLAUTA.
EL PEREGRINO.-LAS CASAS DE CARTÓN.-LA REJA.
APÉNDICE

185898.
5.12.23.

MADRID
1923

ES PROPIEDAD
DE LOS AUTORES

MADRID.-IMPRENTA CLÁSICA ESPAÑOLA
GLORIETA DE LA IGLESIA DE CHAMBERÍ

IN MEMORIAM

PRÓLOGO

Lector amigo: ¡parece que fué ayer!...

Esta melancólica frase, con que suele expresarse muy a lo llano, frente a un hecho actual, evocador de una fecha remota, el desconcierto y la sorpresa que nos produce el implacable volar de los días, salta hoy ante todas en nuestra alma, todavía soñadora y joven, y acude a nuestra pluma, nunca perezosa.

Parece que fué ayer, en efecto, cuando los primeros aplausos que habíamos de oír en nuestra carrera literaria resonaban en el teatro de Cervantes, de Sevilla; aplausos benévolos, calurosos y alentadores, con que aquel público, en el que se mezclaba alborozada y satisfecha toda la caterva estudiantil del Instituto sevillano, recibía un juguete cómico escrito por dos niños y afirmaba así nuestra vocación y señalaba nuestro camino en la vida.

Parece que fué ayer... y henos hoy aquí, sin

embargo, escribiendo el prólogo de la edición de nuestro TEATRO COMPLETO... que ya, pese a la modestia de su origen, rueda y corre de escenario en escenario y de tierra en tierra, salvando fronteras y atravesando mares... Indudablemente, entre las comedias que aún nos aguardan en el mundo de lo increado, ha de haber una que se titule *La vida es un suspiro.*

—

La publicación de todas las obras de un escritor tiene algo de examen de conciencia, ya que, al revisarlas una a una, se recuerda con suave nostalgia el momento en que se imaginaron, las causas íntimas a que deben el ser, la pasión, la intención o el amor con que fueron escritas y la fortuna próspera o adversa que al nacer las acompañase... Mil y mil ideas y memorias, mil cosas olvidadas y diferentes surgen en la senda espinosa y florida, al recorrerla toda ella por segunda vez... Paisajes y figuras son los mismos; el mismo también es el cielo, pero la luz es otra; la luz, que ya se aproxima al crepúsculo, ha variado, y casi todo parece distinto. Pues bien: en este examen de conciencia en que nos hallamos con motivo de la colección que aquí principia, turban la nuestra en primer lugar y la intranquilizan varias dudas,

tal vez pueriles... ¿Deberemos encabezarla con este volumen de *primeros ensayos*? ¿Deberemos ofrecerte, lector, este humilde manojo de flores de papel, sin frescura ni aroma, como todo lo imitado y contrahecho; estos juguetillos infantiles y candorosos, tímidos balbuceos del espíritu, planas de escritura escolar, verdaderos palotes de nuestra afición al arte dramático? ¿Merecerán salir a la calle nuevamente vestidos de limpio los que, por haber salido como Dios quiso más de una y otra vez, ya han despertado el interés de alguien, que desea abrirles las puertas de su biblioteca y ponerlos al lado de sus hermanos? ¿Encerrarán algún atractivo para los curiosos de la evolución de los escritores, o será mejor arrinconarlos con desdén o con lástima como garabatos inútiles y materia por entero insignificante? En tal caso, no exceptuaríamos sino *Las casas de cartón* y *La reja*, piezas que pudiéramos llamar *de transición*, donde se junta lo imitado con algo de lo propio; semejantes a esas tierras en que todavía queda rastro de lo ya visto por el viajero, y donde se comienza a sospechar y a entrever lo que ha de hallarse luego en abundancia y variedad camino adelante.

Y como todo problema de nuestra conciencia acaba siempre por resolverlo el sentimiento, es a su voz a la que hemos dado oídos sobre todas las

otras, decidiendo que bien están, después de todo, en el sitio en que figuran por ley de nacimiento, estos inseguros aleteos de la vocación; esta gente menuda. Vayan, pues, a vanguardia de todos sus hermanos, como inconscientes monacillos que abren calle en la procesión, o como pajecillos inocentemente ufanos y engreídos, que rompen fila en una cabalgata; y si acaso pajes y monacillos se te antojan personajes demasiado ostentosos en relación con el papel que aquí les toca en suerte, compáralos, para justificar su presencia, con la chiquillería que dondequiera camina alborotando delante de la tropa, con monteras de papel y escopetas de caña. ¡Escopetas de caña, monteras de papel, sables de madera, caballos de cartón, ferrocarriles de hojalata, casitas de arena, prados de virutas, ríos de cristal, barquitos de corcho... con que los niños juegan ilusionados a lo que anhelan ser cuando hombres!...

Es más que probable: habrá que escribir también otra comedia que se titule *Los juguetes de antaño.*

—

Formamos los volúmenes de esta colección ateniéndonos al orden cronológico, dentro de las tres clasificaciones en que, para mejor armonía de

las partes, hemos dividido la totalidad de la obra. A saber: *Comedias y dramas*, *Sainetes y zarzuelas* y *Piezas breves*.

De buena gana, al releer lo escrito en tantos años, habríamos refundido no poco y tachado y corregido bastante; pero hemos preferido limitarnos a las enmiendas puramente formales y a levísimas alteraciones en remedio de tal cual error... Las obras son como espontáneamente se forjaron en los hornos de una fragua ideal, y así es natural que vivan lo que hayan de vivir, y no como la reflexión y la experiencia de más tarde hubieran querido que fuesen. El autor que en la madurez retoca demasiado sus producciones, y las lima y las pule afanoso de mayor perfección, corre el grave riesgo de quitarles en el arreglo cierta aura juvenil y risueña, cierto perfume de sinceridad, un no se sabe qué, *de entonces*, que presta a sus páginas el mejor hechizo que tienen.

Y basta en este lugar con lo dicho. Ni juicio del propio trabajo ni crítica de críticas queremos darte aquí. Pero como al fin y al cabo hemos hecho examen de conciencia, sí te confesaremos que, harto colmadas ya las medidas, por haber llegado la realidad más allá de la ilusión y aun del deseo—no en la insaciable y legítima ambición creadora, sino en lo que a glorias y vanida-

des, premios y halagos se refiere—, hállanse bien compensados en nuestro ánimo reveses y triunfos, amarguras y satisfacciones; y así, ni el aplauso nos desvanece o nos embriaga, ni la caída nos desalienta, ni el desdén o la sátira nos entorpece la sabrosa labor...

SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

Madrid, enero de 1923.

ESGRIMA Y AMOR

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO

Estrenado en el Teatro de Cervantes, de Sevilla,
el 30 de enero de 1888

AL SEÑOR DON PEDRO RUIZ DE ARANA,

a quien debemos la alegría de los primeros aplausos, con toda nuestra gratitud.

SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
OBDULIA.....	SRTA.	PARÍS.
PRUDENCIA.....	SRA.	GALÉ.
FEDERICO.....	SR.	RUIZ DE ARANA.
DON AMADEO.....	—	BARTA.
SALVADOR.....	—	BARCELÓ.

ESGRIMA Y AMOR

Sala en casa de don Amadeo, en Madrid. Dos puertas a cada lado y una al foro. A la izquierda del actor, en primer término, una mesita. Varias sillas. Panoplias con floretes y sables decoran las paredes.

ESCENA PRIMERA

OBDULIA Y DON AMADEO

DON AMADEO. *Disponiéndose a salir.* Conque, ya lo sabes; si viene alguien preguntando por mí, le dices que vuelva a eso de las doce, poco más o menos. *Se encamina hacia el foro.*

OBDULIA. Bueno, papá.

DON AMADEO. *Desde la puerta.* ¡Ah! mira; puedes almorzar cuando quieras, que yo estoy convidado en casa de esos señores a quienes doy lección de armas. Adiós. *Vase por el foro.*

OBDULIA. Hasta luego.

ESCENA II

OBDULIA

Aprovechemos esta ocasión en que papá no se halla en casa para escribirle a Federico. ¡Pobrecillo! ¡Cuánto me quiere! Llega a tal extremo su amor hacia mí, me adora tanto, que... ayer me compró un abanico. Su valor... no es gran cosa... pero siempre... un recuerdo... En fin, no perdamos tiempo: voy a escribirle. De lo contrario va a decir, y con razón, que soy una ingrata. Mas... calle: papá habrá cerrado su escritorio como tiene por costumbre, y no podré sacar el tintero... Sin embargo, le pondré una esquelita con lápiz, diciéndole que se pase por aquí. *Se sienta a la mesa, saca de un cajón pliegos de papel, sobres y lápiz, y escribe:* «Querido Fede: dispensarás...» No, no. «Quisiera...» Tampoco. «Mi amor es...» Y ¿qué puedo yo decirle de amor, que ya no se lo sepa de memoria? Esta mañana estoy torpe. Vaya. *Escribe con resolución.* «Querido Fede: Desearía te pasases por aquí. Tuya, Obdulia.» Asunto concluído. Le pondremos el sobre. *Escribe.* «Señor don Federico...» Es bastante. Prudencia, que es quien la ha de llevar, ya conoce la calle y el número... *Se levanta.* ¡Prudencia!

ESCENA III

OBDULIA y PRUDENCIA

PRUDENCIA. *Por el foro.* Señorita, ¿llamaba usted?

OBDULIA. Sí: deja lo que estés haciendo y lleva esta carta, al momento, al joven de marras.

PRUDENCIA. ¿Al de marras... o al de la esquina?

OBDULIA. ¿A cuál ha de ser? Ese es el de marras. Pero te advierto que esto es sólo para nosotras.

PRUDENCIA. Bueno; descuide usted, que yo no abriré mis labios.

OBDULIA. Eso, eso es lo que deseo. Conque anda de prisa.

PRUDENCIA. Voy al momento. *Vase por el foro.*

ESCENA IV

OBDULIA; después, SALVADOR

OBDULIA. Dios quiera que esté Federico levantado. *Se dirige a la mesita.* Quitaré estos pliegos de aquí para que no haya sospecha de ninguna clase. *Los quita y los guarda en el cajón.*

SALVADOR. *Por el foro.* Muy buenos días, señorita.

OBDULIA. Muy buenos días.

SALVADOR. Usted dispensará que yo me haya entrado como Pedro por su casa; pero al mismo tiempo que entraba, salía una criada que me indicó el camino para venir aquí.

OBDULIA. *Sentándose.* Está bien. Y ¿qué se le ofrece a usted?

SALVADOR. ¿Es cierto que en esta casa vive un profesor de armas?

OBDULIA. Muy cierto: es mi papá.

SALVADOR. ¿Haría usted el favor de decirle que necesito hablar con él?

OBDULIA. Caballero, mucho lo siento; pero en este instante no está en casa. Puede usted esperarle, si gusta.

SALVADOR. Gracias. Tomaré permiso con el asiento... digo, tomaré asiento con el permiso de usted. *Se sienta.*

OBDULIA. Usted es muy dueño. Y, aunque sea mucha curiosidad: ¿qué le trae por aquí?

SALVADOR. ¡Ay! Sólo de pensarlo me estremezco.

OBDULIA. ¿Algún duelo?

SALVADOR. Uno.

OBDULIA. Y ¿qué cuestión ha motivado...?

SALVADOR. Una.

OBDULIA. ¿Cuál?

SALVADOR. Óigame con atención, porque esto es para contado despacio. La otra tarde, regando mis tiestos en la azotea, tuve un descuidillo y dejé caer uno a la calle, seguido de la regadera, que

también se me escapó de las manos. Y, vamos a ver: ¿tengo yo la culpa de que mi vecino, el del principal, estuviese asomado al balcón, vestido con su mejor terno de dril blanco, y se le pusiese hecho una lástima con la tierra y el agua, amén del porrazo que llevó en las espaldas?

OBDULIA. No, señor; usted no es culpable.

SALVADOR. Pues él, sin andarse con chiquitas, y poniendo el cielo en el grito...

OBDULIA. ¿Cómo?

SALVADOR. Digo, el grito en el cielo, me dijo hecho un toro: «¡Mañana mismo le mandaré los padrinos!»

OBDULIA. ¿Tanto se enfadó?

SALVADOR. Sí, señorita; estaba que cogía las manos con el cielo...

OBDULIA. ¿Cómo?

SALVADOR. Digo, el cielo con las manos.

OBDULIA. Bien; al venir usted aquí, supongo que el duelo será a sable, o...

SALVADOR. Eso es, a sable. Ahora, lo que yo no sé es a cuántos pasos. Yo he dicho que a veinticinco y sin avanzar.

OBDULIA. ¡Entonces van ustedes a necesitar un sable...!

SALVADOR. No, señorita; necesitamos dos sables.

OBDULIA. Y ¿es a primera sangre o a muerte?

SALVADOR. Él dice que a primera sangre; pero se tirará a matar. Es muy bruto. Y lo que más

me carga de ese caballero es que no haya podido comprender todavía que uno de la *Protectora de Animales y Plantas,* como soy yo, riegue las macetas por las tardes... y...

OBDULIA. ¡Ah! ¿Usted es de la *Protectora de Animales?*

SALVADOR. Sí, señorita; por eso quisiera proteger a mi vecino, no batiéndome. Porque lo mismo que él me puede hacer añicos, lo puedo yo hacer a él, y... ya ve usted... al fin y al cabo... un animal...

OBDULIA. ¿Un animal?

SALVADOR. No le cuadra más nombre que ése. *Mira el reloj.* Mas... se tarda su papá, señorita. Tengo que retirarme; volveré luego. *Se levanta.*

OBDULIA. Ya debe de tardar muy poco.

SALVADOR. Sin embargo, me marcho hasta luego, porque tengo que arreglar algunos asuntillos todavía. *Afligido.* ¡Y que el duelo es mañana a las seis de la mañana! ¡Pobre de mí! Yo que me levanto siempre tarde, ¿me voy a tomar ese madrugón nada más que para que me dividan?

OBDULIA. Pero ¿usted cree que va a morir?

SALVADOR. ¡Quién sabe! ¡Quién sabe si me acostaré esta noche para no volverme a levantar! Es decir, ¡quién sabe si me levantaré mañana para no volverme a acostar!

OBDULIA. No piense usted esas cosas.

SALVADOR. Bien; dígame a qué hora podré volver para encontrar aquí a su papá.

OBDULIA. A eso de las doce, con seguridad.

SALVADOR. Pues, señorita, a los pies de usted. *Vase por el foro.*

OBDULIA. Beso a usted la mano.

ESCENA V

OBDULIA y PRUDENCIA

PRUDENCIA. *Por el foro.* Ya estoy de vuelta.

OBDULIA. ¿Hiciste el encargo?

PRUDENCIA. En cuanto usted me lo dió.

OBDULIA. ¿Salió él a recibirte?

PRUDENCIA. Sí, señora; y me dijo que vendría de seguida.

Campanillazo dentro.

OBDULIA. A ver... ¿han llamado?

PRUDENCIA. Me parece que sí; voy a ver quién es. *Vase por el foro.*

ESCENA VI

OBDULIA; después, FEDERICO

OBDULIA. Debe de ser Fede. Sí, sí. Él es, no hay duda. Conozco bien sus pasos.

FEDERICO. *Por el foro.* ¡Querida Obdulia!

OBDULIA. ¡Hola, Fede! Siéntate.

Se sientan los dos.

FEDERICO. ¿Qué se te ofrecía con tanta urgencia?

OBDULIA. Nada... sino que como papá había salido, dije: ésta es la mejor ocasión para que nos veamos... y para que yo le dé las gracias por su obsequio.

FEDERICO. Pues a propósito. Yo tengo que hablarte detenidamente.

OBDULIA. Dime.

FEDERICO. Verás. Llevamos seis meses, semana y media, dos días, una hora y quince minutos, puesto que ahora son las once y cuarto, de relaciones, y tu padre aún ignora estos castos amores. De modo que me parece que debemos...

OBDULIA. ¿Descubrir el pastel?

FEDERICO. Eso; y no andar con tanto misterio. Me carga, la verdad, estar un día metido en el baúl; otro escondido en el ropero; otro teniendo que poner pies en polvorosa para que no me vea... Sin contar los demás sustos y sobresaltos que llevo pasados desde que entré en relaciones contigo. Por todo lo cual vengo decidido a volver a la hora que te parezca oportuna para pedir tu mano. Si quieres poner a tu papá en antecedentes...

OBDULIA. Veremos. Según le vea el cariz. Mas... yo creo qne primero debemos decirle que tú me amas, que yo te adoro... y una vez enterado, como estoy casi segura de que aprueba nuestras relacio-

nes, se le dice, a la semana si quieres, o a los dos días, si a mano viene, que nos queremos casar.

FEDERICO. No, no, no. Déjate de tonterías. Va a ser esto el cuento de nunca acabar. *Levantándose de repente.* ¿A qué hora viene tu padre?

OBDULIA. Dentro de media hora estará aquí. *Se levanta tambien.*

FEDERICO. ¿A eso... de las doce?

OBDULIA. Sí.

FEDERICO. Bueno; pues a esa hora me verás entrar resuelto completamente.

OBDULIA. Y... veremos lo que sucede.

FEDERICO. ¿Qué ha de suceder? Que nos casamos. Descuida, que no ocurrirá otra cosa. Vamos... no aguanto más. La semana anterior por poco me asfixio en el baúl mundo. Y hasta para ustedes es perjudicial que sigamos así. ¿Te acuerdas de cuando me encerraste en la alacena y me comí dos salchichones de Vich? ¿Te acuerdas?

OBDULIA. Sí, sí.

FEDERICO. Pues yo también me acuerdo... y con gusto... porque eran muy ricos. Conque, ya sabes... A las doce, sobre poco más o menos, me tendrás aquí. *Se encamina hacia el foro.*

OBDULIA. Celebraré infinito que triunfemos.

FEDERICO. Y yo. Hasta luego, Obdu.

OBDULIA. Adiós, Fede.

FEDERICO. Adiós. *Vase por el foro.*

ESCENA VII

OBDULIA

Verdaderamente tiene razón Fede al querer pedirle mi mano a papá; porque, de seguir así, es lo más probable que algún día salga descalabrado. La semana pasada, a poco más viaja contra su voluntad: le encerré en el baúl para que papá no le viese, y si no acudo a tiempo, le facturan con destino a Marchena. ¡Cuánto me ama! Por mí únicamente sufre todas estas peripecias.

ESCENA VIII

OBDULIA y DON AMADEO

DON AMADEO. *Por el foro.* Hola, Obdulia.

OBDULIA. Hola, papá.

DON AMADEO. ¿Qué haces aquí?

OBDULIA. Nada... Te esperaba para darte una razón respecto de...

DON AMADEO. Habla, habla.

OBDULIA. Un joven, algo tonto por cierto, estuvo hace un rato preguntando por ti, y me dijo que necesitaba verte, pues tenía un duelo mañana a las seis y quería dar algunas lecciones. Yo le dije que no te encontrabas en casa y respondió que volvería.

DON AMADEO. Oye, ¿te dijo a qué era el desafío?

OBDULIA. A sable.

DON AMADEO. Mejor que mejor. ¿Qué hora será?

OBDULIA. No lo sé a punto fijo; pero supongo que pronto darán las doce.

DON AMADEO. ¿No has almorzado todavía?

OBDULIA. No; ahora voy.

DON AMADEO. Anda, anda; y nunca dejes esas cosas para tan tarde.

OBDULIA. Bueno. *Vase por la segunda izquierda.*

ESCENA IX

DON AMADEO

¡Qué malos están los tiempos! Se pasa uno la vida entera esperando que llegue alguien a dar lección. Caen de higos a brevas, cuando caen. Y ahora, de los siete discípulos que tenía seguros, uno se muere; otro tiene unas agujetas terribles y no se puede menear; otro se va fuera... y en suma, que no me han quedado más que dos. En fin, me dispondré a esperar a ese pollito un poco tonto, según mi hija. *Quitándose la americana, que dejará sobre una silla.* ¡Qué endemoniado verano! Si seguimos así mucho tiempo, concluiremos por derretirnos como la manteca. ¡Mal tiro le den a la

manteca! Ea, ya estamos listos. *Se pasea.* Ahora lo que hace falta es que venga prontito ese pollo... y... a ver lo que se pesca. Por supuesto, como sea endeble, Dios se la depare buena. Y es casi seguro que hoy da su lección tan fresco, y mañana llega la hora del desafío y se levanta de la cama con unos dolores que no se puede mover siquiera. Si al adversario le sucede lo mismo, se van a divertir. Pero, en fin, yo cumplo con mi obligación. Voy a examinar los sables que estén en mejor estado para dar lección con ellos. *Se dirige a las banoplias. Coge dos sables.* Estos no son malos. Ni buenos tampoco... *Coloca uno de ellos sobre una silla y ensaya con el otro.* Guardia. Corte uno, revés uno. Corte dos, revés cuatro. Parada en primera. Avanzar... retroceder un poco... y... corte tres, revés tres. Muerto el contrario. Es decir, muerto... si no para los golpes. *Sigue dando cortes y reveses. Cuando está cerca de la puerta del foro llega Federico.*

ESCENA X

DON AMADEO y FEDERICO

FEDERICO. Muy buenos días. *Con el sombrero puesto.* (¡Bonito modo de recibirme!)

DON AMADEO. Buenos días. ¿Usted es el...?

FEDERICO. El mismo: servidor de usted.

DON AMADEO. *Deja el sable junto al otro en la silla.* Ya, ya me ha indicado algo mi hija.

FEDERICO. Y ¿qué le ha parecido?

DON AMADEO. Hombre, por usted... lo siento.

FEDERICO. ¿Por mí? ¡Si yo estoy contentísimo!

DON AMADEO. ¡Ah, valiente! Pues entonces, al pelo. Porque siempre, como usted comprende... algo se gana. ¿A qué está uno? *Desde este momento hasta el final de la escena está Federico completamente atortolado*. Y, vamos a ver: ¿qué sabe usted?

FEDERICO. ¡El que lo tiene que saber todo es usted! ¡Digo yo!

DON AMADEO. Yo... naturalmente... sé...

FEDERICO. Sí, sí; comprendido.

DON AMADEO. Hombre, y aunque peque de curioso, ¿cómo salió esa cuestión?

FEDERICO. Con el permiso de usted voy a sentarme y le hablaré detenidamente.

DON AMADEO. Sí, señor; usted lo tiene. *Se sientan*. (Me admira su serenidad.)

FEDERICO. Verá usted. Nosotros nos conocimos en una hermosa tarde del mes de abril. El pajarillo gorjeaba en el nido... el arroyuelo estaba más sereno que nunca... y... en fin, en aquella tarde... todo era alegría... color... flores... brisa... luz... aroma... lilas... y... en una palabra... hermosura. Y lo que son las cosas de este mundo...

DON AMADEO. Sí; se fueron ustedes antipáticos.

FEDERICO. (¿Qué dice este hombre?)

DON AMADEO. Bien, y ¿qué más?

FEDERICO. Que en una mañana deliciosa... pura...

DON AMADEO. ¡Bah, bah! déjese usted de descripciones.

FEDERICO. Pues en esa mañana...

DON AMADEO. Le dió usted dos palos. ¡Pin! ¡pan!

FEDERICO. No comprendo...

DON AMADEO. Bueno, hombre, que fueron más los palos. Dos bien dados equivalen a cuatro flojos. ¡Pin! ¡pan! ¡pin! ¡pan!

FEDERICO. (Este señor está loco.)

DON AMADEO. Siga usted.

FEDERICO. Desde entonces... ya...

DON AMADEO. Sí; quedó manchado el honor.

FEDERICO. ¿Qué?

DON AMADEO. *Levantándose.* Nada; que no perdamos tiempo.

FEDERICO. (¿Me querrá casar hoy mismo?) *Se levanta también.*

DON AMADEO. Quítese usted el sombrero.

FEDERICO. *Se lo quita y lo pone sobre una silla.* (¡Diantres! Ya cometí una torpeza. A nadie se le ocurre quedarse con el sombrero puesto.)

DON AMADEO. Y la levita.

FEDERICO. ¿La levita?... ¿Para qué?

DON AMADEO. Porque siempre es más cómodo.

FEDERICO. (¿Más cómodo para casarse?)

DON AMADEO. O, si usted no quiere, déjesela puesta.

FEDERICO. Eso será lo mejor.

DON AMADEO. *Cogiendo los sables.* Y ahora...

FEDERICO. (¡Ay! ahora... ¡menuda paliza me voy a ganar!...)

DON AMADEO. *Dándole un sable.* ¿Usted sabrá saludar?

FEDERICO. Sí, señor. Lo del sombrero fué un descuido. (Ya me lo echó en cara.)

DON AMADEO. *Colocándose en guardia.* Póngase en guardia; así, como estoy yo.

FEDERICO. ¿Así? ¿A qué distancia?

DON AMADEO. A unos diez o doce pies de mí.

FEDERICO. (¿Qué demonios irá a hacer conmigo este hombre?) *Se coloca como le dijo.*

DON AMADEO. Ahora, para que vaya usted aprendiendo las paradas, deme usted un sablazo.

FEDERICO. Hombre, un sablazo...

DON AMADEO. Sí, señor.

FEDERICO. Mucho trabajo me cuesta; pero, en fin, si es empeño... deme usted dos pesetas...

DON AMADEO. ¡No es eso! ¡Que tenga usted humor de bromas!... ¿Usted sabe parar?

FEDERICO. A mí me parece que sí.

DON AMADEO. Pues allá voy; vamos a verlo. *Le va a dar un corte.*

FEDERICO. *Huyendo.* ¡Eh! ¡eh! ¡pare usted!

DON AMADEO. ¿Qué parada es ésa?

FEDERICO. La... la... (¿Qué tendré yo que ver con esto?)

DON AMADEO. Vamos, vamos al caso. Vuelva a colocarse en guardia.

FEDERICO. ¿Cómo es?

DON AMADEO. *Colocándolo.* Así, hombre. Cuidado con moverse. El corte primero... ¿usted lo sabe, eh?

FEDERICO. No, señor; no lo recuerdo precisamente.

DON AMADEO. ¡Cómo me dijo usted que sabía algo!

FEDERICO. Sí, señor; yo le dije a usted que sabía algo; pero también usted me dijo que su hija le había indicado mi pretensión, y, por lo visto, no le ha dicho ni una palabra.

DON AMADEO. (¡Mal tiro le den!) ¡Me lo ha dicho todo! Continuemos. *Se pone en guardia.* El corte primero... le iba a decir a usted que es a la cabeza.

FEDERICO. De manera que a la cabeza... (Y a mí, ¿qué?)

DON AMADEO. *Ejecutándolo.* Así, hombre, así.

FEDERICO. *Imitánaolo torpemente.* ¿Conque así, eh?

DON AMADEO. *Acercandose a Federico.* Vamos, ya veo que usted no quiere limpiar el honor.

FEDERICO. *Cambiando de posicion.* Pero si yo no lo tengo sucio...

DON AMADEO. ¿Cómo que no? Lo he dicho

cincuenta mil veces y lo vuelvo a repetir otras tantas: en el siglo diez y nueve no hay hombres. Mi deseo hubiera sido vivir en el diez y siete; en aquel siglo en que por la menor ofensa se sacaba la espada y se limpiaba el honor como...

FEDERICO. Sí, lo mismo que un par de zapatos.

DON AMADEO. Eso es. Y sigamos; que estamos perdiendo un tiempo precioso. ¡Los dos no caben ustedes en el mundo!

FEDERICO. ¡Ya lo creo! ¡Como que una vez me metí yo solo y por poco me ahogo!

DON AMADEO. No me entero de una palabra de lo que dice usted.

FEDERICO. El que no se entera de nada soy yo.

DON AMADEO. Bien; póngase en guardia de nuevo.

FEDERICO. ¿Para qué?

DON AMADEO. Para ver si aprende usted y consigue limpiar su honor como es debido.

FEDERICO. ¡Dale, bola! ¿No le he dicho a usted que yo no lo tengo sucio? A no ser que enamorarse sea...

DON AMADEO. ¡Ah! ¿Luego el desafío ha sido motivado por cuestión de amores?...

ESCENA XI

DICHOS y PRUDENCIA; después, SALVADOR

PRUDENCIA. *Precipitada, por el foro.* Señorito.

DON AMADEO. ¿Qué quieres?

PRUDENCIA. Ahí está un caballero que desea hablarle.

DON AMADEO. Dile que pase.

Vase Prudencia por el foro.

FEDERICO. (Veremos en qué para esto.)

SALVADOR. *Por el foro.* Caballero, muy buenas tardes.

DON AMADEO. Muy buenas tardes.

SALVADOR. Yo vengo a decirle únicamente que dispense me haya tardado y que no me espere para dar lección.

DON AMADEO. Y ¿quién le esperaba a usted? Usted ¿quién es?

SALVADOR. Yo soy el que habló esta mañana con su hija...

FEDERICO. (¡Zambombita!)

SALVADOR. Y le dije que tenía un desafío mañana a las seis; pero ya el vecino de enfrente, el del bajo y el del quinto han contribuído a que no se efectúe y se ha arreglado todo amigablemente. Por eso he venido a que usted me moleste, digo, a que usted me dispense, y por si acaso le he molestado... usted lo pase bien. *Se encamina hacia el foro.*

DON AMADEO. Eso es; ¡por si acaso me ha molestado, se va!

SALVADOR. Sí, señor; usted lo pase bien. *Vase por el foro.*

ESCENA XII

DON AMADEO y FEDERICO

FEDERICO. *Coge su sombrero, suelta el sable y se dispone a marcharse.* Y usted lo pase bien.

DON AMADEO. ¡No, señor; qué disparate! *Agarrándolo por un brazo.* Usted se está aquí quieto, hasta que me diga a lo que ha venido.

FEDERICO. ¿Ahora con esas? *Deja el sombrero sobre una silla.*

DON AMADEO. Es natural. Como que le he tomado a usted por el otro.

FEDERICO. Pues vengo... Suelte usted el sable.

DON AMADEO. Lo dejaré con tal que acabe. *Lo deja.*

FEDERICO. El caso era... que en una hermosa tarde del mes de abril... mi corazón...

DON AMADEO. ¿Qué le pasa a su corazón de usted?

FEDERICO. Está herido.

DON AMADEO. Me tiene completamente sin cuidado.

FEDERICO. Es que usted es el único que puede curar esa herida.

DON AMADEO. (Me huele a amores.) ¿Quizá soy yo médico?

FEDERICO. No; pero tiene usted un botiquín salvador.

DON AMADEO. ¿Que yo tengo un botiquín?

FEDERICO. Sí, señor.

DON AMADEO. Dígame usted dónde está.

FEDERICO. *Señalando a la primera derecha.* En aquel cuarto.

DON AMADEO. ¡Joven, joven, esa es la habitación de mi hija!

FEDERICO. Pues ese... ese es el botiquín, precisamente...

DON AMADEO. ¿La alcoba?

FEDERICO. No, señor; su hija de usted. (Ya la solté.)

DON AMADEO. ¡Cómo! ¿Usted la ama?

FEDERICO. Sí, señor; con todo mi corazón; y ella a mí más.

DON AMADEO. Me parece que está usted equivocado, y que ni mi hija le quiere, ni ese es el camino.

FEDERICO. Le digo a usted que me ama, y hay testigos.

DON AMADEO. ¿Cuáles?

FEDERICO. El baúl mundo, el ropero y dos salchichones de Vich.

DON AMADEO. No acierto... ¡A ver! ¡Obdulia!

Federico deberá haber quedado a la derecha de don Amadeo, de modo que al llegar Obdulia por la izquierda, quede su padre entre los dos.

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS Y OBDULIA

OBDULIA. *Por donde se marchó.* ¿Qué, papá? *Al ver a Federico.* (¡Ay, Federico!)

DON AMADEO. *A Obdulia.* ¿Quién es este señor?

OBDULIA. Este joven...

DON AMADEO. Sí, este joven.

OBDULIA. Fede...

DON AMADEO. *A Federico.* ¿Quién es esta señorita?

FEDERICO. Obdu...

DON AMADEO. *A Obdulia.* Y tú ¿desde cuándo le conoces?

OBDULIA. Desde que él me conoce a mí.

DON AMADEO. *A Federico.* ¿Y usted, desde cuándo la conoce?

FEDERICO. Desde una hermosa tarde del mes de abril en que el pajarillo gorjeaba en el nido...

DON AMADEO. *Tapándole la boca.* ¡Calle usted, hombre! ¡Si eso ya me lo sé de memoria! ¿Conque es cierto que se aman ustedes?

OBDULIA. Sí, papá. Él venía decidido a pedir mi mano... Yo le quiero mucho.

FEDERICO. Y yo también la quiero mucho.

LOS DOS. Los dos nos queremos mucho.

DON AMADEO. Perfectamente. Consiento en que se casen ustedes, ya que se aman tanto. Pero

antes necesito tomar ciertos informes... *A Federico.* Porque no obstante parecerme usted un chico decente y de buena posición...

FEDERICO. Sí; yo soy muy rico.

DON AMADEO. Creo que no lo extrañará usted.

FEDERICO. ¿Yo? ¡No faltaba más!

DON AMADEO. Pues, como prueba de mi buen deseo, esta tarde se quedará usted a comer con nosotros y hablaremos despacio.

FEDERICO. Con muchísimo gusto.

DON AMADEO. Ea, vamos hacia la sala y allí haremos tiempo hasta la hora de la comida.

OBDULIA. *Señalando al público.* Papá, pero antes...

DON AMADEO. Es verdad; ya se nos olvidaba.

OBDULIA. Anda tú, Fede.

FEDERICO. Bueno. *Al público:* En una hermosa tarde del mes de abril... *Retrocede y se acerca a don Amadeo.* No, no; yo no sirvo para estas cosas. Usted está más en carácter.

DON AMADEO. Corriente. *Al público:*

Señores, una palmada,
si es que os gusta este juguete;
y si a alguno no le agrada,
y silba, cojo un florete
y le doy una estocada.

FIN DEL JUGUETE

BELEN, 12, PRINCIPAL

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO

Estrenado en el Teatro de Cervantes, de Sevilla, el 16 de mayo de 1888.

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
DOÑA LUCÍA.....	SRA.	GÓMEZ.
DOLORCITAS.....	SRTA.	PARÍS.
VICENTA.....	SRA.	ALONSO.
DON AGUSTÍN.....	SR.	ROYO.
ENRIQUE.....	—	ÁLVAREZ.
DON SIMEÓN.....	—	GÓMEZ.

BELÉN, 12, PRINCIPAL

La escena dividida en dos partes. A la izquierda del actor, meseta del piso principal de la escalera de una casa en Madrid.—A la derecha, recibimiento del cuarto con puerta al foro, una lateral, y el portón en la pared que divide la escena. Un velador con escribanía y una carpeta. Varias sillas. — La escalera sigue hacia los pisos superiores.

ESCENA PRIMERA

DON AGUSTÍN y DOÑA LUCÍA

El primero leyendo y la segunda haciendo «crochet».

DON AGUSTÍN. «Ha marchado para Pamplona nuestro apreciable amigo el Director...» Feliz viaje. Escribe en llegando.

«Ayer llegó a la Corte, de vuelta de su excursión veraniega, la distinguida familia...» Que sea bien venida. ¡Qué pesadez!

«El viernes pasado falleció en Zamora, víctima de una larga y penosa enfermedad, don José Ra-

mírez Pendón, primo hermano de nuestro querido compañero don Félix Pendón, y primo también del señor don Juan Sánchez Pendón.» Pues, señor, no he visto caballero ni más *primo* ni más *pendón*. De todos modos, en paz descanse. ¡Vaya un diario! Pasemos al folletín. *Lo busca.* «...desmayada.» ¡Ah! sí, sí, ya caigo. Quedé en aquello del desmayo.

«...desmayada. El Conde, creyéndola muerta, llevado de la loca pasión que le dominaba, se disparó un tiro...»

DOÑA LUCÍA. *Contando los puntos del «crochet».* Dos... tres...

DON AGUSTÍN. No, no fué más que uno.

DOÑA LUCÍA. Calla, hombre; estoy contando los puntos de esto.

DON AGUSTÍN. ¡Ah, ya! *Sigue leyendo.* «...un tiro por debajo de la barba, quedando muerto en el acto.»

DOÑA LUCÍA. Pero, Agustín, ¿no decías que te ibas a llegar a la oficina?

DON AGUSTÍN. *Levantándose.* Es verdad; ya se me olvidaba.

DOÑA LUCÍA. Si acaso, déjalo.

DON AGUSTÍN. De ningún modo: voy, le digo al jefe que me permita no asistir por ser día de mi santo, y vuelvo.

DOÑA LUCÍA. No está mal pensado.

DON AGUSTÍN. Ea, pues ya estoy aquí. *Pónese el sombrero, que estará encima de una silla.*

DOÑA LUCÍA. Anda, anda de prisa, que los convidados dijeron que vendrían tempranito. *Deja el «crochet» y se levanta.*

DON AGUSTÍN. Hasta luego. *Sale y baja.*

DOÑA LUCÍA. Adiós.

ESCENA II

DOÑA LUCÍA; después, VICENTA

DOÑA LUCÍA. Pues, señor, es necesario ir arreglándolo todo. Recogeré esto. *Recoge el «crochet.»* ¡Vicenta!

VICENTA. *Por el foro.* ¿Señorita?

DOÑA LUCÍA. Mira, saca la vajilla nueva que está en el aparador. Toma la llave. Le quitas el polvo: con mucho cuidado, ¿eh? no vayas a hacer Carnaval, que el otro día rompiste...

VICENTA. ¿Yo, señorita?

DOÑA LUCÍA. Sí, tú; que ya llevas destrozada una carga de loza.

VICENTA. Bueno.

DOÑA LUCÍA. Limpias perfectamente los cubiertos y pones la mesa. Yo entretanto sacaré la mantelería. *Vase por la derecha.*

Don Simeón y Dolorcitas habrán venido subiendo, para llegar al portón y llamar en el momento de retirarse doña Lucía. Al tiempo de entrar ellos

en el recibimiento aparecerá en la escalera, como de haberlos venido siguiendo, Enrique.

VICENTA. ¿Quién? Esos deben de ser los convidados. *Abre.*

DON SIMEÓN. Tus amos ¿están?

VICENTA. Sí, señor. Pasen ustedes a la sala. Voy a avisar a la señora. *Vase por el foro.*

Don Simeón y Dolorcitas entran y se van por la derecha.

ESCENA III

ENRIQUE

Subiendo a la meseta. Ya sé dónde vive. Lo apuntaré, no se me vaya a olvidar, aunque no es fácil. *Saca una carterita y escribe:* «Belén, 12, principal.» Parece mentira que yo sea tan pícaro. Las sigo hasta su misma casa, aun yendo del brazo del esposo. Ya puedo ir apuntando en mi librito de memorias una conquista más. Tengo muchísimo partido con las mujeres, sobre todo con las casadas jóvenes y guapas, como esa que acaba de entrar y a quien me declaro sin pérdida de tiempo. Mis cartitas amorosas producen muchísima sensación. Repasaré la que voy a dirigirle a ésta, no sea que se me haya escapado alguna majadería. *La saca del bolsillo y lee.* «Señora: hace unos días que os estoy contemplando.» Mentira, no la he visto hasta hoy; pero como las

tengo redactadas de antemano... *Continúa leyendo.* «...contemplando. Días que han sido para mí... años... pero años bisiestos... Es preciso, pues, que usted corresponda a este amor que abrasa mi corazón y que tiene convertido mi pecho en un volcán. Un *sí* me hará feliz. Un *no*... no.

Su rendido amante,

Enrique Azucarillo.

— P. D. Espero su respuesta en la portería.» Más galante, imposible. Ante estos renglones accederá sin duda a mi pretensión. Ahora pensemos el modo de enviársela. Con la criada... es tan vulgar... Y luego son tan brutas, que a lo mejor se la entregan al marido. Ya me ha pasado eso una vez y no quiero que se repita. ¡Si yo se la pudiera dar en propia mano!... Pero ¡es tan difícil...! *Mira por el agujero de la llave. Sale Dolorcitas por donde se marchó, coge el periódico y vuelve a irse.* ¡Caracoles! ¡Ahí está ella sola! ¡Este es el momento! *Se agacha, echa la carta por debajo del portón y mira de nuevo por la cerradura.* ¡Cielos! ¡Se va sin coger la carta y sin verla! He hecho un disparate. Y todo por no pensar las cosas. Nunca debí echar esa carta por ahí. ¡Qué botarate soy! ¡Si pudiera alcanzarla con el bastón!... *Se agacha y hace esfuerzos por conseguirlo.*

ESCENA IV

ENRIQUE y DON AGUSTÍN

DON AGUSTÍN. *Subiendo a la meseta y empujando a Enrique.* ¿Qué hace usted ahí?

ENRIQUE. *Levantándose precipitado.* ¡Hago lo que me da la gana!

DON AGUSTÍN. Sí, ¿eh?

ENRIQUE. Sí, señor; y debe tenerle a usted sin cuidado.

DON AGUSTÍN. Nada de eso; éste es mi domicilio... y me interesa saber...

ENRIQUE. ¡Ah! ¿Usted vive aquí? (¿Quién será?) Bien, usted dispense...

DON AGUSTÍN. Está usted dispensado; lo que deseo saber inmediatamente es qué hacía usted...

ENRIQUE. Pues era... que... que... (Pero ¿quién será?) Era que... que...

DON AGUSTÍN. ¿Qué, hombre, qué?

ENRIQUE. Que me había caído...

DON Agustín. Se había usted caído, ¿eh?

ENRIQUE. Justo; me resbalé... y... chis...

DON AGUSTÍN. Pero ¿cómo ha podido ser eso?

ENRIQUE. Muy sencillo: yo subía... ¿comprende usted?... y subía... y subía... y subía... y subía...

DON AGUSTÍN. Hombre, ya ha pasado usted de la guardilla con tanto subir.

ENRIQUE. Bueno, pues yo...

DON AGUSTÍN. ¿Qué?

ENRIQUE. Yo venía... es decir... no venía... vengo... no, no, tampoco vengo... me voy. *Trata de irse.*

DON AGUSTÍN. ¡Qué disparate! *Sujetándolo.* Necesito una explicación...

ENRIQUE. Y ¿no se la he dado a usted ya? Que me resbalé... y me caí...

DON AGUSTÍN. Pero ¿dónde iba usted? que es lo que yo pregunto.

ENRIQUE. (Y lo que yo no contesto.) Iba... (¿qué le importará a éste?) iba a otro piso. (A ver si me deja.)

DON AGUSTÍN. ¡No valen disculpas, caballero!

ENRIQUE. (Ea, ahora la voy a echar de valiente.) ¿Decía usted?

DON AGUSTÍN. Que termine de explicarme...

ENRIQUE. Mucho exige usted.

DON AGUSTÍN. Vuelvo a repetirle que soy de la casa.

ENRIQUE. De... de... de la casa, ¿eh? Me importa un rábano.

DON AGUSTÍN. Caballerito, me está usted tentando la paciencia, y me parece que le voy a mandar de un puntapié a la puerta de la calle.

ENRIQUE. (¿A la puerta de la calle? ¡Ojalá!) Lo del puntapié... quisiera verlo...

DON AGUSTÍN. ¿De veras?

ENRIQUE. Sí, señor; quisiera verlo...

DON AGUSTÍN. *Dándoselo.* Pues véalo usted.

ENRIQUE. Dele usted gracias a Dios... que no me ha dolido mucho...

DON AGUSTÍN. Bueno, váyase usted, si no quiere que pase la cosa más adelante.

ENRIQUE. ¡To... to... tomaré venganza!

DON AGUSTÍN. Tome usted lo que quiera.

ENRIQUE. ¡Le mandaré mis padrinos!

DON AGUSTÍN. Mande usted lo que le parezca.

ENRIQUE. ¡Adiós, caballero! *Vase hacia abajo.*

DON AGUSTÍN. ¡Vaya usted de aquí, mequetrefe! *Se acerca al portón y llama violentamente.*

ESCENA V

DON AGUSTÍN y VICENTA

VICENTA. *Por el foro.* ¿Quién es?

DON AGUSTÍN. Soy yo; abre. *Vicenta lo hace.* ¡Hola, Vicenta!

VICENTA. Buenos días, señorito.

DON AGUSTÍN. ¿Y mi mujer?

VICENTA. En la sala con los convidados. ¿Necesita usted algo?

DON AGUSTÍN. No; márchate.

Vase Vicenta por el foro.

ESCENA VI

DON AGUSTÍN

Pues, señor, me ha llamado la atención ese pollo. *Ve la carta.* Pero ¿qué es esto? *Cogiéndola.* ¡Una carta! ¡De él sin duda! ¿Para quién será? *La abre y lee.* «Señora...» ¡Rayos y truenos! ¡Para mi mujer! *La lee precipitadamente.* ¡Y dice que espera contestación en la portería! ¡Mil bombas! ¡Declararse a mi esposa! Sin embargo, tengamos calma. Ella no sabe nada, estoy seguro. Si una carta de este género hubiese llegado a su poder, me la hubiera entregado en el acto para que escarmentase al Tenorio. No debo dudar de ella. Hombre, estoy pensando una cosa: yo puedo muy bien contestar la carta tomando el nombre de Lucía, a ver si cae en el garlito ese mamarracho. Le doy cita aquí... Nada, me decido. *Se sienta a la mesa y escribe.* «Caballero: mi esposo se ha marchado fuera. Puede usted venir cuando guste y hablaremos.» Ya está. Conviene mandársela lo más pronto posible. ¡Vicenta! *Se levanta.*

ESCENA VII

DON AGUSTÍN y VICENTA

VICENTA. *Por el foro.* ¿Señorito?

DON AGUSTÍN. Vas a hacerme un favor.

VICENTA. Usted dirá.

DON AGUSTÍN. Te llegas a la portería, entregas esta carta a la portera y le dices que si viene un joven reclamándola se la dé.

VICENTA. Voy allá.

DON AGUSTÍN. Escucha: de esto... ni una palabra a la señorita.

VICENTA. Descuide usted. *Sale y baja.*

ESCENA VIII

DON AGUSTÍN, DOLORCITAS, DON SIMEÓN y DOÑA LUCÍA

Los tres últimos por la derecha, preparados como para salir.

DON AGUSTÍN. Hola, ¿ya están ustedes aquí?

DON SIMEÓN. Hola, Agustín; felicidades.

DON AGUSTÍN. Gracias.

DOLORCITAS. Lo mismo digo.

DON AGUSTÍN. Muchas gracias. ¿Adónde van ustedes?

DOÑA LUCÍA. Vamos a hacer unas compras; pero volvemos en seguida.

DON AGUSTÍN. Yo tendría mucho gusto en acompañarles... pero... puede venir cualquier amigo...

DON SIMEÓN. Es claro. Ea, vamos.

DOLORCITAS. Hasta luego, don Agustín.

DON AGUSTÍN. Vayan ustedes con Dios.

DON SIMEÓN. Hasta la vuelta.

DOÑA LUCÍA. Adiós. *Salen a la meseta Dolorcitas, don Simeón y doña Lucía; bajan los primeros y ésta se detiene preguntándole a Vicenta, que sube:* ¿De dónde vienes tú?.

VICENTA. De...

DOÑA LUCÍA. Anda hacia dentro; siempre estás en la calle. No he visto una muchacha más... *Baja también.*

VICENTA. *Entrando en el cuarto.* Ya hice el encarguito.

DON AGUSTÍN. Pues mira: cuando venga ese joven sales a abrirle. Te preguntará por la señora, y con el pretexto de que vas a avisarle, me llamas a mí, que estaré en el escritorio. *Vase por la derecha.*

VICENTA. Está bien.

ESCENA IX

VICENTA

VICENTA. ¿Qué carta será ésa? Algún belén. En Madrid las casas están llenas de enredos. En todas las que he servido desde que vine, en todas, hay algo. En una, la niña mayor estaba siempre en belén con un novio que tenía sin que lo supieran los padres, y una vez los sorprendieron hablando por la ventana y no me quiero acordar del belén que se armó. ¿Y en la casa del teniente? ¡No digo nada en la de doña Belén! La suerte es que

yo no murmuro ni soy chismosa. Si una fuera a hablar... *Vase por el foro.*

ESCENA X

ENRIQUE

ENRIQUE. *Volviendo a la meseta.* Pero ¡qué afortunado soy! Después de lo ocurrido con aquel mentecato, que sin duda es algún sirviente, no esperaba volver. Mas por pura curiosidad paso por la calle, entro en la portería y me dan la respuesta. Y ¡qué amable, qué amable!... Llamaremos. *Lo hace.*

Por donde quiera que fuí
la razón atropellé...

VICENTA. *Por el foro.* Este será el señorito de marras. *Abre.*

ENRIQUE. Buenas tardes. ¿Está en casa la señora?

VICENTA. Sí, señor.

ENRIQUE. Pues avísale. *Entra.*

VICENTA. En seguida. *Vase por el foro.*

ESCENA XI

ENRIQUE; después, DON SIMEÓN

ENRIQUE. Todo me sale bien. Esperemos. ¡Cómo me palpita el corazón!

DON SIMEÓN. *Subiendo a la meseta.* Diablos, ya se me olvidó el báculo; y a mí es cosa que andar sin él me es imposible. Voy a ver si abren. *Llama.*

ENRIQUE. ¡Cáspita!... Han llamado. Y me escamo... no sé por qué... digo, sí... porque como haya perdido el tren... Ea, pues yo no digo esta boca es mía, ni le abro a nadie. Sin embargo, miraré por el ventanillo para cerciorarme. *Abre el ventanillo, y al ir a asomarse, también se asoma don Simeón. Enrique cierra con mucha fuerza y le da en las narices.* ¡Ciertos son los toros!

DON SIMEÓN. ¡Canario! ¡Me ha dejado usted sin narices!

ENRIQUE. (Lo siento mucho.) ¡No está en casa! (Y no abro.)

DON SIMEÓN. Soy yo, hombre, soy yo.

ENRIQUE. ¡Ah! ¿Es usted? (Pues por lo mismo no abro.)

DON SIMEÓN. ¡Sí, señor, sí!

ENRIQUE. (No, señor, no.) ¡A las cinco sale otro tren! Palabra.

DON SIMEÓN. ¿Cómo otro tren? ¿Quiere usted acabar?

ENRIQUE. *Echándole un periódico por debajo del portón.* En ese periódico va la guía de ferrocarriles.

DON SIMEÓN. ¿Qué quiere decir esto? ¡Basta de pesadez y de broma!

ENRIQUE. (¡Está furioso!)

DON SIMEÓN. ¡Echaré abajo la campanilla! *Llama fuertemente.*

ENRIQUE. (¡Me aplastó!)

ESCENA XII

DICHOS y VICENTA

VICENTA. *Por el foro.* ¿Llamaron?

ENRIQUE. No... no... no he oído nada.

VICENTA. Pues voy a ver... *Se asoma por el ventanillo.* ¡Ah, ya! *Abriendo.* Entre usted, señorito. *Vase por el foro.*

ENRIQUE. (¡Ahora va a ser ella!)

DON SIMEÓN. *Entrando.* ¿Quién es el gracioso que me ha tenido...?

ENRIQUE. Caballero... yo... que yo... que... como yo...

DON SIMEÓN. Y vamos a ver; ¿qué razones hay para que usted no abriese?

ENRIQUE. (¡Qué inocente! No sospecha nada.) No abrí por... por eso...

DON SIMEÓN. La razón no es del todo mala.

ENRIQUE. Usted me dispensará...

DON SIMEÓN. Bien; y ¿a qué santo me dió usted la guía de ferrocarriles?

ENRIQUE. Ahí está el quid. Le tomé a usted por otro.

DON SIMEÓN. ¡Ah, ya! Pues con su permiso...

ENRIQUE. Usted lo tiene. *Don Simeón se va por la derecha.* ¡Pobrecillo! ¡Qué convencido va! Y yo debo marcharme. Por más que si no sospecha nada... me parece una tontería desaprovechar esta ocasión... Pero ¿y si por casualidad...? De todos modos ya no me da tiempo. Aquí está. (¡Hum, y con un bastón!)

DON SIMEÓN. *Dispuesto a marcharse.* Caballero, beso a usted la mano.

ENRIQUE. (Ya se va.)

DON SIMEÓN. ¿Qué?

ENRIQUE. Que si... que si se iba usted.

DON SIMEÓN. Sí, señor.

ENRIQUE. Me alegro, me alegro; es decir, lo siento; porque... por eso... por eso mismo...

DON SIMEÓN. (Este hombre convence a cualquiera.) Sí; pues me retiro. Sólo vine por el bastón...

ENRIQUE. Sí, sí, sí, sí.

DON SIMEÓN. Me olvidé de recogerlo...

ENRIQUE. Sí, sí, sí, sí.

DON SIMEÓN. Y naturalmente...

ENRIQUE. Sí, sí, sí, sí.

DON SIMEÓN. Porque yo sin bastón ando...

ENRIQUE. Sí, sí, sí, sí.

DON SIMEÓN. No, no, no, no. ¿Quién le ha dicho a usted que sí?

ENRIQUE. Bueno, lo que usted guste.

DON SIMEÓN. La cuestión es que sin él no puedo dar un paso. Psch... una manía como otra cualquiera. Cada hombre tiene las suyas. Y además, como estoy un poco cojo... ¿Está usted?

ENRIQUE. No, yo cojo no estoy precisamente. (Pero me dejará en cuanto sepa a lo que he venido.)

DON SIMEÓN. Quise decir otra cosa.

ENRIQUE. Sí, sí, sí, sí. Pero ¿usted no se iba a marchar?

DON SIMEÓN. ¿Qué?

ENRIQUE. Nada... que yo me voy a marchar.

DON SIMEÓN. ¿Hacia dónde va usted?

ENRIQUE. (¡Qué aprieto!) ¿Usted adónde se dirige? ¿A la estación?

DON SIMEÓN. ¿Cómo a la estación? ¡Qué afán de que viaje! Voy a...

ENRIQUE. *Interrumpiéndolo de repente.* Pues ahí no voy yo.

DON SIMEÓN. Vamos, me voy, que ya me he entretenido mucho.

ENRIQUE. Beso a usted la mano.

DON SIMEÓN. Servidor de usted. *Sale a la meseta.*

ENRIQUE. *Cerrando el portón con violencia.* ¡Maldita sea tu estampa!

DON SIMEÓN. Ese será alguno que ha venido a felicitar a Agustín. ¡Por cierto muy pesado! *Baja.*

ESCENA XIII

ENRIQUE; después, DON AGUSTÍN

ENRIQUE. El tal esposo es un infeliz. ¡Con qué paciencia y tranquilidad lo ve todo! Y la señora se tarda. Sin duda vió entrar a su cónyuge y le sucedió lo propio que a mí. Siento pasos. ¿Cómo la saludaré si es ella? Ensayemos. Señora... *Don Agustín sale por la derecha y empieza a cerrar todas las puertas.* (¡Huy! El de antes.)

DON AGUSTÍN. *Cerrando con llave el portón.* ¡Ajajá!

ENRIQUE. (Me alarma mucho esa precaución.)

DON AGUSTÍN. Buenas tardes.

ENRIQUE. Buenas tardes.

DON AGUSTÍN. He esperado a que nos quedemos solos...

ENRIQUE. ¿Solos? ¡Qué gusto!

DON AGUSTÍN. Tome usted asiento.

ENRIQUE. Gracias; me voy a ir.

DON AGUSTÍN. ¡Que se siente usted!

ENRIQUE. Bueno. *Se sienta.* (Este me tiene ganas.)

DON AGUSTÍN. *Sentándose.* Ante todo deseo saber qué se le ha perdido a usted en esta casa.

ENRIQUE. Perdérseme... precisamente... nada.

DON AGUSTÍN. Pues ¿a qué ha venido usted?

ENRIQUE. He venido... a eso... a eso mismo...

DON AGUSTÍN. ¿Se va usted a quedar conmigo?

ENRIQUE. No, señor; si yo me voy. *Se levanta.*

DON AGUSTÍN. ¡Ya le he dicho que tenemos que hablar! *Lo sienta.* Vamos a ver. *Enseñándole la carta.* ¿Conoce usted esta letra?

ENRIQUE. (¡Mi carta!) Ni de vista siquiera.

DON AGUSTÍN. Y ¿tiene usted la desfachatez de negármelo?

ENRIQUE. ¿Cómo desfachatez? A usted ¿qué le importa? (¿Para qué he de guardarle consideraciones a un sirviente?)

DON AGUSTÍN. ¿Qué quiere decir eso?

ENRIQUE. No quiere decir nada. Usted ¿qué es lo que se figura, que la carta es mía? Pues, sí, señor; lo es. ¿Había algo?

DON AGUSTÍN. ¡Había y mucho!

ENRIQUE. ¿Qué? ¿Que se lo va usted a decir al marido?...

DON AGUSTÍN. (¿Al marido? Ignora que lo soy.)

ENRIQUE. *Sonriendo.* No... no se lo dirá usted. Vayan cinco duritos... y a callar.

DON AGUSTÍN. ¡Caballero! *Se levanta.* ¿Usted me toma por un criado?

ENRIQUE. *Levantándose.* Sí...

DON AGUSTÍN. Pues ¡sepa usted que soy el esposo, y que le voy a romper el alma!

ENRIQUE. Vamos por partes. Eso no es verdad.

DON AGUSTÍN. ¿Que no le rompo a usted el alma?

ENRIQUE. No hablo de eso ahora. Lo creo a usted muy capaz. Lo que digo y sostengo es que ni usted es su marido, ni Cristo que lo fundó. O, al menos, si lo es, su mujer le engaña.

DON AGUSTÍN. ¿Que me engaña mi mujer? ¿Usted se propone darme el día?

ENRIQUE. (No es mal día el que me están dando a mí entre todos.) Sí, señor; le engaña como a un chino. Aquí ¿quién vive? ¿Usted y su señora?

DON AGUSTÍN. Nada más.

ENRIQUE. Pues yo le aseguro que en este piso ha entrado una señora bastante guapa, acompañada de un caballero.

DON AGUSTÍN. ¡Una señora...! ¡Ah, ya caigo! Serían mi amigo don Simeón y su mujer.

ENRIQUE. Y ¿no son de casa? ¡Pues me he lucido!

DON AGUSTÍN. ¿Luego usted a quien se dirigió fué a ella?

ENRIQUE. Sí. Mire usted: la vi en Chamberí, la seguí hasta aquí, la escribí, subí y la remití el billete que tiene usted ahí.

DON AGUSTÍN. ¿Sí?

ENRIQUE. Sí.

DON AGUSTÍN. ¿Sí?

ENRIQUE. Sí.

DON AGUSTÍN. Y sabiendo que era casada, ¿cómo se atrevió usted...?

ENRIQUE. Yo lo ignoraba. Creía que ese don Fulano era el padre.

DON AGUSTÍN. ¿Cómo el padre?

ENRIQUE. O... o el hijo.

DON AGUSTÍN. ¿El hijo?

ENRIQUE. O el Espíritu Santo. (No sé lo que me digo.)

DON AGUSTÍN. Nada, nada; de más sabía usted lo que se hacía.

ENRIQUE. Esa es la verdad. (Mejor es ser franco.)

DON AGUSTÍN. Y ¿de ese modo pisotea usted mi honra?

ENRIQUE. La de usted no. ¡Ya me guardaría yo muy bien!

DON AGUSTÍN. Sí, señor; porque cuando se ofende a mi amigo don Simeón se me ofende a mí; porque mi amigo don Simeón y yo somos uno, y lo que hace mi amigo don Simeón lo hago yo.

ENRIQUE. (Esto quiere decir que si su amigo don Simeón me da una paliza, él repite la suerte.) Bueno, caballero; rompa usted ese papel y como si nada hubiera sucedido.

DON AGUSTÍN. ¡Quiá, hombre, quiá! Esto lo leerá él en presencia de usted.

ENRIQUE. Hombre, no sea usted bruto.

DON AGUSTÍN. ¿Cómo?

ENRIQUE. No, no, no he dicho nada. (Tengo una idea. ¡Si pudiera alejar de aquí a este bárba-

ro! Probemos.) ¿Eh? Allí, allí me parece que le han llamado a usted.

DON AGUSTÍN. No he oído nada.

ENRIQUE. Sí; pues efectivamente...

DON AGUSTÍN. Entonces voy a ver... (Conozco su intención, pero no podrá llevarla a cabo.) *Vase por la derecha.*

ENRIQUE. ¡Magnífico! Ahora me escurro, y adivina quién te dió. *Se dispone a marchar.* ¡Caramba! ¿Pues no está echada la llave? ¿Qué hacer, Dios mío?

Llamé al cielo y no me oyo,
y pues sus puertas me cierra...

Mas... calle: se me ocurre otra cosa. Y ésta me sirve. ¡Vaya! Aquí hay pluma y tintero. *Se sienta a la mesa, saca un pliego de papel de la carpeta y escribe.* «Apreciable amigo: no me esperes, porque me han convidado a comer. Tuyo,

Simeon.»

Ya está. Ahora le digo que un mandadero me la ha entregado por el ventanillo... y me salvo. Ya viene.

DON AGUSTÍN. *Por la derecha.* Pues no era nada.

ENRIQUE. ¿No? Ahora mismo han traído esta esquelita para el amo. *Se la da.* Supongo que será para usted.

DON AGUSTÍN. *Viéndola.* Efectivamente, es para mí. *Lee.* (¡Suya es la letra! ¡Ah, pillo, trata

de escabullirse por este medio!) Es de don Simeón, que dice que no viene porque le han invitado a comer.

ENRIQUE. Ya lo sé.

DON AGUSTÍN. ¿Usted la ha leído?

ENRIQUE. No, no; pero basta que usted lo diga. (Por poco me coge.)

DON AGUSTÍN. Y es raro, porque está convidado aquí también.

ENRIQUE. (Verá usted, verá usted el plan.) Entonces quiere decir que me retiro.

DON AGUSTÍN. No, señor; don Simeón tendrá que venir esta noche por mí para irnos al teatro. Lo dice aquí en la carta.

ENRIQUE. ¡No!

DON AGUSTÍN. ¿Cómo? (Se le escapó al pobre.)

ENRIQUE. No... no... si fué... que yo... eso es. Sí, señor; eso es.

DON AGUSTÍN. ¡Sí, hombre, sí! (No sabe cómo disculparse.)

ENRIQUE. Yo le ruego a usted que en vista de lo que dice ese señor me deje ir.

DON AGUSTÍN. Bien, hombre, bien; márchese usted. Por evitar un gran disgusto hago todo esto. *Abriendo el portón.* ¡Gracias a mi buen carácter!

ENRIQUE. Ya se conoce que debe de ser usted muy amable. (¡Amabilísimo!)

DON AGUSTÍN. Conque puede usted tomar la puerta. *Empujándolo y saliendo a la meseta detrás de él.*

ENRIQUE. (¡Cuando digo que es muy amable este caballero!)

DON AGUSTÍN. Y que no vuelva a suceder otra; porque como suceda...

ENRIQUE. No, señor; no sucederá.

DON AGUSTÍN. Mas... ¿quién sube? *Asomándose a la escalera.* ¡Caramba! Don Simeón con la familia. Me retracto de lo dicho.

ENRIQUE. ¡Por Dios, déjeme usted!

DON AGUSTÍN. ¡Nada! (Mejor es escarmentarlo.)

ESCENA XIV

Todos menos VICENTA

Doña Lucía, Don Simeón y Dolorcitas suben a la meseta.

DON AGUSTÍN. ¡Hola! ¿Ya están ustedes de vuelta? Pues hagan el favor, las señoras, de pasar allá dentro.

DOÑA LUCÍA. ¿Nosotras? ¿Por qué?

DON AGUSTÍN. ¡Allá dentro!

DOÑA LUCÍA. No entiendo...

DON AGUSTÍN. ¡Allá dentro!

DOLORCITAS. Pero...

DON SIMEÓN. ¡Allá dentro!

DOÑA LUCÍA. ¿Con qué fin?

ENRIQUE. ¡Allá dentro!

DOÑA LUCÍA. Ea, pues vamos.

DOLORCITAS. Vamos.

Entran en el cuarto y se van por la derecha.

ENRIQUE. (Ahora me dividen.)

ESCENA XV

ENRIQUE, DON AGUSTÍN y DON SIMEÓN

DON AGUSTÍN. Ven acá, Simeón; lee esta carta. *Le da la de Enrique.*

DON SIMEÓN. *Después de leerla para sí.* Bien; y ¿para quién es?

DON AGUSTÍN. Para Dolorcitas.

DON SIMEÓN. *Furioso.* ¿De quién, que lo voy a reventar?

ENRIQUE. (No es tan tonto como yo creía.)

DON AGUSTÍN. Tengo que confesarlo, aunque me duele...

ENRIQUE. (A mí sí que me va a doler.)

DON AGUSTÍN. *Señalando a Enrique.* Es de este señor.

DON SIMEÓN. ¿De usted?

ENRIQUE. Mía, sí, mía. *Suplicándole.* Pero ¡no me haga usted nada!

DON SIMEÓN. ¿Cómo que no? ¿Voy a consentir tan tranquilo semejante declaración? *Agarrándolo fuertemente por un brazo.* ¡Véngase usted conmigo a la calle, y allí le romperé el bautismo!

ENRIQUE. (Me parece que me lo rompe antes de llegar.) Hombre...

DON SIMEÓN. ¡No hay tu tía!

ENRIQUE. ¿Que no?

Se escapa y echa a correr escaleras arriba, perseguido por don Simeón, que lleva el báculo empuñado.

DON SIMEÓN. ¡Brrrrrrrr!...

DON AGUSTÍN. Yo voy a ver lo que sucede. *Sube tambien.*

Queda la escena sola unos momentos.

ENRIQUE. *Dentro y a grandes gritos.* ¡Favor! ¡socorro!

DON SIMEÓN. ¡Venga usted acá!

ENRIQUE. ¡Ay! ¡ay! *Aparecen de nuevo los tres, uno detrás de otro, y bajan las escaleras corriendo. Enrique viene con el sombrero apabullado y el traje en desorden.* ¡No se me olvidarán las señas!

DON SIMEÓN. ¡Brrrrrrrr!...

DON AGUSTÍN. ¡No creí que lo tomase tan en serio!

ESCENA XVI

DOÑA LUCÍA, DOLORCITAS y VICENTA; después, DON AGUSTÍN

DOÑA LUCÍA. *Por la derecha, atravesando alarmada el recibimiento y saliendo a la meseta seguida de las otras.* Pero ¿qué escándalo es éste?

DOLORCITAS. *Sobresaltada.* ¿Y Simeón, y Agustín, y el joven que estaba con ellos?

DOÑA LUCÍA. Bajemos a ver lo que pasa.

DOLORCITAS. Sí, bajemos.

Al ir a bajar, sube don Agustín y las detiene.

TODAS. *Con mucha curiosidad.* ¿Qué hay?

DON AGUSTÍN. Nada, no hay nada.

DOÑA LUCÍA. ¿Y las carreras y gritos que se han oído?

DOLORCITAS. ¡Dios mío! ¿qué irá a suceder?

DON AGUSTÍN. Tranquilícense ustedes: no hay cuidado.

DOLORCITAS. ¿Cómo que no?

VICENTA. Tienen razón las señoritas. Dígales usted lo que pasa.

DON AGUSTÍN. Vamos hacia la sala. Ya lo sabrán ustedes todo por Simeón, que no ha de tardar.

Entran en el cuarto. Doña Lucía y Dolorcitas se van por la derecha y Vicenta por el foro. Don Simeón sube y entra tambien en el cuarto, con los brazos atrás.

ESCENA XVII

DON SIMEÓN y DON AGUSTÍN; después, ENRIQUE

DON AGUSTÍN. *Al ver a don Simeón.* ¿Qué ha ocurrido?

DON SIMEÓN. *Enseñando en cada mano un pedazo del bastón.* ¡Nada!

DON AGUSTÍN. ¿Qué, lo lastimaste?

DON SIMEÓN. Sí; descuida, que no se olvidará de la calle de Belén, ni se meterá en más belenes.

DON AGUSTÍN. ¡Ja, ja, ja!

Se quedan hablando en voz baja.

ENRIQUE. *Que ha ido subiendo la escalera con gran precaución y luego se ha adelantado al proscenio, dice dirigiéndose al público:*

La obrita está terminada;
grande la paliza ha sido;
mas todo lo echo en olvido
si me dais una palmada.

Viendo de improviso a don Simeón, que se asoma a la mesetilla un instante:

¡Caracoles, el marido!

Vase corriendo.

FIN

GILITO

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO

CON MÚSICA DEL MAESTRO JOSÉ OSUNA

Estrenado en el TEATRO DE APOLO el 25 de abril de 1889.

A LOS SEÑORES
DON RAFAEL M.ª LIERN
y DON JOSÉ MESEJO
bondadosos amparadores de este
juguetillo, muy agradecidos,

LOS AUTORES

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
PURA	CONSUELO SALVADOR.
GILITO	JULIO RUIZ.
DON JUAN	JOSÉ MESEJO.
MANUEL	ANGEL GONZÁLEZ.
RAFAEL	JOSÉ MONTIJANO.

GILITO

División de escena.—A la derecha del actor, el recibimiento de la casa de don Juan, en Madrid. Portón al foro y dos puertas a la derecha. Entre ambas, una mesita con cajones. Sillas.—A la izquierda, un estudio de pintor. Balcón al foro, dos puertas a la izquierda y una a la derecha, que comunica con el recibimiento. Inmediato al balcón, un caballete con un lienzo; tras él, una silla de tijera, y al pie, caja de pinturas, paleta, pinceles y una navaja grande. Varias sillas y un banco.
Es de día.

ESCENA PRIMERA

PURA, *con una carta en la mano, en el recibimiento.*

PURA. Pues, señor, acaba de entregarme Manuel esta carta de Gilito; la he leído un millón de veces, y por más vueltas que le doy al asunto, no sé qué determinación tomar, dada la timidez de Gil y dado el carácter de mi padre. Voy a leerla de nuevo. *Lee.* «Purita: estoy decidido completamente; mi resolución es firme. Una vez que he visto que con este genio nunca iré a ninguna parte, he pensado adoptar otro. Hoy haré mi

primera valentía, presentándome ante tu papá para pedirle tu mano. Si me la concede... seré feliz; si no... me tiro de cabeza por el Viaducto. Tuyo, Gilí.—Postdata.—Te agradecería que le indicases algo a tu padre, con el objeto de que me fuera más fácil conseguir mi propósito.» ¿Qué hacer, Dios mío? Aquí va a ocurrir una catástrofe por causa de las diabluras de Gilí. A nadie se le ocurre, conociendo el genio de mi padre, poner en práctica la idea de pedirle mi mano; mucho más siendo secretas nuestras relaciones. *Pausa.* Si yo pudiera evitar que realizase su pensamiento... Pero, ¡ca! viene hoy mismo, como me dice, y de ahí no hay quien le apee. ¡Pobre Gilí! Por supuesto, que yo nada temería si mi papá tuviera mejor carácter. *Suena la campanilla.* ¿Quién es? *Se asoma al ventanillo.*

DON JUAN. *Dentro.* Abre; soy yo.

Pura abre y sale don Juan.

ESCENA II

PURA y DON JUAN

PURA. Buenos días, papá.

DON JUAN. Hola; ¿qué hay?

PURA. Nada...

DON JUAN. Pues yo vengo como para que me pidan un favor. El arte está perdido... ¡perdido!... Calcúlate que salgo a la calle, me encuentro a mi

amigo Almagrilla... ¿Tú sabes quién es Almagrilla?... ¡Almagrilla, mujer, Almagrilla!

PURA. Sí, papá, Almagrilla. Ese tan pequeñito...

DON JUAN. Ese. ¡ese tapón!... Tú sabes que le he visto nacer, que le he conocido así... *La altura de una vara.* Es verdad que ahora es así. *Media vara.* Bueno, pues ése, al pedirle cinco duros... ¡cinco duros!... ¡veinticinco pesetas!... ¡cien reales!... me los ha negado. A mí, ¡a mí! que he sido su maestro, que le he protegido, y que un día que me pidió tres pesetas... le di...

PURA. ¿Las tres pesetas?...

DON JUAN. No; le di... una excusa; pero ¡siquiera le di algo!

PURA. (Cualquiera le dice...) ¡Ah! tome usted esta carta que han traído hace un rato. *Le da una que saca del bolsillo del delantal.*

DON JUAN. Trae.

PURA. Yo me voy allá dentro. *Vase por la primera puerta de la derecha.*

ESCENA III

DON JUAN; después, MANUEL

DON JUAN. Bien. *Abriendo la carta y viendo la firma.* ¡Calle! ¿Es de Espiridión? Veamos qué me dice este necio. *Lee.* «Estimado Juan: Hoy pasará a visitarte mi amigo Moreno y Delgado, que te

podrá servir para modelo, a pesar de ser un hombre de mediana estatura, no muy bien formado... y bastante feo. Tu amigo y compañero, Espiridión Retortillo.» ¡Bravo, bravo! Este chico, no obstante ser un alcornoque, el desgraciado no es mala persona. Tiene el defecto de que no sabiendo coger un lápiz, se cree un Pradilla. *Pausa breve.* Bueno, pues con ese modelito me propongo trabajar con alma. Hoy no recibo a nadie. *Llamando.* ¡Manuel!

Sale Manuel por la segunda puerta de la derecha.

MANUEL. Señor.

DON JUAN. Mira, a todo el que venga hoy preguntando por mí, le dices que no me encuentro en casa. Solamente... ¡solamente! dejas entrar en el estudio al señor Moreno y Delgado, que es un hombre de regular estatura, feo y mal formado. ¿Sabes?

MANUEL. Sí señor; será usted servidu.

DON JUAN. Mucho ojo, que tú tienes una memoria pésima. ¿Fuiste a casa de don José Sánchez?

MANUEL. Fuí. Me diju que non... ¿qué me diju, demonius?... ¡Ah! que non podía prestarle a usted los trajes.

DON JUAN. ¡Me gusta! ¡me gusta! ¡Valiente estúpido! Vamos, que está el hombre poco hueco porque un gacetillero cerril le ha dicho, en no sé qué papelucho, que es un artista que tiene... buen

color. Ya ves tú... ¡buen color!... una cosa que tiene cualquiera que esté sanote... ¡que esté medio robusto!

MANUEL. Me diju también que le dispensara...

DON JUAN. ¡Basta de conversación! Que no se te olvide el encargo. *Entra en el estudio y se va por la primera puerta de la izquierda, despues de detenerse ante su cuadro diciendo:* ¡Primera medalla!

ESCENA IV

MANUEL

MANUEL. Perfectamente. Cumpliré cuantu me ha dichu al pie de la letra. Me diju, al darme las señas de ese señor a quien quiere recibir, que es... que es... ya non me acuerdu... Que es... de una estatura regular... Sí, sí; esu es. Morenu y deljadu... también. Lo únicu que non recuerdu es el nombre; peru con las señas basta. Las escribiré en un papelitu, non se me olviden de sejunda. *Se acerca a la mesa, saca de un cajón lápiz y papel y escribe:* «Es de mediana estatura... morenu... deljadu... y feu.» Estu últimu se me olvidaba. *Se guarda el papel en el bolsillo interior de la americana.* Mas veu que entre *dites y diremes* se me va el tiempu... y yo tenju mis oblijaciones. *Vase por la segunda puerta de la derecha.*

Sale Pura por la primera.

ESCENA V

PURA y RAFAEL

PURA. ¿Por dónde estará papá? *Suena la campanilla.* ¿Quién? *Mira por el ventanillo.*

RAFAEL. *Dentro.* Gente de paz.

Abre Pura y sale Rafael.

PURA. ¿Qué se le ofrece a usted?

RAFAEL. ¿Don Juan Chico?

PURA. Aquí vive.

RAFAEL. ¿Está en casa?

PURA. No se lo puedo decir a usted a punto fijo. Voy a ver. (Manuel estará en el secreto.) *Vase por la segunda puerta de la derecha.*

ESCENA VI

RAFAEL; después, MANUEL

RAFAEL. A ver si consigo arreglarme con don Juan. Don Espiridión le ha escrito recomendándome; de modo que...

Llega Manuel por la segunda puerta de la derecha.

MANUEL. ¿Es usted el que busca a don Juan?

RAFAEL. Servidor.

MANUEL. No hay de qué.

RAFAEL. ¿Está en casa?

MANUEL. Veamus. (¿Dónde demonius habré echadu el papel en que apunté las señas?) *Se registra el bolsillo derecho de la americana.* Aquí non está.

RAFAEL. ¿Eh?

MANUEL. *Registrándose el izquierdo.* Ni aquí tampocu.

RAFAEL. ¿Pero es posible?... Amigo, usted padece una equivocación.

MANUEL. Non padezcu nada, a Dios gracias.

RAFAEL. Yo le he preguntado a usted por el señor don Juan. ¿Ha salido o está aquí?

MANUEL. Esu precisamente voy a ver. *Se registra los bolsillos del chaleco.* Nada, non parece. ¿Lo habré metidu en aljún cajón de la mesa? *Se dirige a ésta y abre uno de los cajones.*

RAFAEL. Pero, señor, ¿qué tamaño tiene ese don Juan?

MANUEL. Siéntese, siéntese mientras tantu. *Rafael se sienta.* ¡Qué diantre! *Registra todos los cajones y echa una ojeada a las sillas.* Non se haya usted sentadu encima.

RAFAEL. *Levántandose de un salto.* ¡Caracoles!

MANUEL. *Fijándose en la silla.* Tampocu, tampocu está ahí.

RAFAEL. Vuelvo a repetirle que está usted en un error.

MANUEL. ¡Dale, bola!

RAFAEL. Vengo a ver al señor don Juan Chico y me sorprende que le busque usted por los cajones de la mesa y por encima de las sillas.

MANUEL. Yo me entiendu.

RAFAEL. Usted dispense; nunca creí que el señor Chico fuese tan *chico.*

MANUEL. *Desesperado, se registra los bolsillos del pantalón.* ¡Demonius! ¿Dónde lo he echadu?

RAFAEL. (Este hombre toca el violón.)

MANUEL. Es inútil cuantu haju. Caballeru... sientu decirle que lo que es ahora non puedu contestarle.

RAFAEL. Está bien. Yo volveré luego.

MANUEL. Comu usted juste.

RAFAEL. Abur. (No lo entiendo.) *Vase por el portón.*

Entra Manuel en el estudio.

ESCENA VII

MANUEL

MANUEL. Pues, señor, me ha sidu imposible complacer a mi amu. ¡Malditu papel y maldita mi memoria, sobre todu! Estu motivará que mi amu me llame inútil, cuandu a servicial pocus me janan. Por mejor decir, ninjunu.

Música

No hay ninjunu en este gremiu
que me jane a servicial,
porque soy de lo más listu
que se puede imaginar.

Desde que a la corte vine,
que non sé el tiempu que hará,
en dos partes he servidu,
si es que non recuerdu mal.
Me dice mi amu
cuandu entra en la casa:
—Manuel, yo quisiera
que tú te llejaras
por varius colores
que ya me hacen falta.
Y comu non se me olvide,
cunforme a su petición,
si pintura blanca pide...
se la traiju bermellón.

—

Cuandu yo voy al mercadu
tratu de economizar:
lo que allí se vende a *doce*,
a *catorce* me lo dan.
Así es que dicen mis amus
que en Madrid non tenju ijual,
y me llaman alcurnoque
porque quieren bromear.
Mas cierru mis labius
y siempre obedezcu,
pues non me conviene
perder casa y sueldu
por el simple justu
de salir gruñendu.

Siendu así que soy un chicu
de tan grande actividad,
quien me tache de borricu...
ése dice la verdad.

Cesa la música.

¡Dichosu contratiempu el del papelitu! Y al menus en los bolsillus non está. *Pausa.* ¡Calle!... Creu que non he registradu el interior de la americana. Veamus. *Se registra y saca el papel.* ¡Miren, miren dónde se había metidu! *Lee con la vista.* Me parece que el señor de antes non era quien mi amu quería recibir. *Suena la campanilla.* ¿Quién es? *Se acerca al portón.*

GILITO. *Dentro.* Servidor.

MANUEL. Pase usted. *Abre.*

Sale Gilito.

ESCENA VIII

GILITO y MANUEL

GILITO. Buenas tardes.

MANUEL. Muy buenas.

GILITO. ¿Se encuentra en casa el señor don Juan Chico?

MANUEL. Le diré a usted.

Comienza a mirar alternativamente al papel y a Gilito. Este mueve la cabeza hacia todos lados,

queriendo encontrar el objeto en que cree que se fija Manuel. Están así algunos instantes.

GILITO. (¿Qué mirará?)

MANUEL. (Las señas coinciden: éste es.) Pues sí, señor, está. ¿Le avisu?

GILITO. Naturalmente.

MANUEL. Voy. Pase usted al estudiu.

Pasan los dos, y Manuel se va por la primera puerta de la izquierda.

ESCENA IX

GILITO; después, DON JUAN

GILITO. Aunque a Purita le decía en la carta que me proponía cambiar de carácter, no sé si me atreveré a decirle al papá lo que deseo. Ahí me parece que viene.

Salen al estudio, por la primera puerta de la izquierda, don Juan y Manuel. Este pasa al recibimiento y se va por la segunda de la derecha.

DON JUAN. Para servir a usted.

GILITO. Caballero...

DON JUAN. Sentémonos. *Se sientan. Pausa, durante la cual se miran alternativamente.* Vaya, vaya, vaya, vaya.

GILITO. Bueno, bueno, bueno, bueno. Yo no sé si usted tendrá conocimiento de esta visita...

DON JUAN. Sí, sí, señor; le esperaba a usted.

GILITO. ¡Ah, vamos! (No sé cómo empezar.)

Echaremos un cigarrito. *Sacando su petaca.* ¿Usted fuma?

DON JUAN. Fumo. (Es decir, no fumo; debía fumar.)

GILITO. ¿De hebra?

DON JUAN. No, señor. (De gorra.)

GILITO. ¿Fumará usted brevas?

DON JUAN. ¡Cuando *caen*....

GILITO. Pues tome usted un cigarro. *Se lo da. Luego le ofrece un fósforo y encienden.*

DON JUAN. ¡Valiente *breva.*

GILITO. Y ¿se trabaja mucho?

DON JUAN. Se trabaja, se trabaja.

GILITO. A mí me gusta mucho la pintura. Y los cuadros de usted son... son... son... Yo no sé si usted tendrá conocimiento de esta visita...

DON JUAN. ¡Repito que sí! ¡que sí! ¿Cómo voy a decir las cosas?

GILITO. No se altere usted. El otro día, en casa del señor Ramírez, vi un cuadro de usted muy bonito. Figura una perra...

DON JUAN. Hombre, no; mi cuadro... no es perra; es perro.

GILITO. ¿Su cuadro?... *Se queda pensando.* ¡Ah, sí, es *perro, perro! (¡Perrísimo!)* Pues me encantó; está hablando.

DON JUAN. Ladrando habrá usted querido decir.

GILITO. Efectivamente, pero no lo he dicho. Y ¡qué bien pintado!

DON JUAN. Lo copié del natural... ¡del natural!

GILITO. Es natural. También he visto y admirado otros perros suyos... Y, créame usted, todos tienen muchísima expresión; todos *muerden*.

Pausa.

DON JUAN. Bueno, bueno, bueno, bueno.

GILITO. Vaya, vaya, vaya, vaya. ¿Y en la exposición de pinturas del año ochenta y siete, no presentó usted ningún lienzo?

DON JUAN. Sí, señor; expuse uno.

GILITO. (*Expuesto*, verdaderamente.) ¿Y al fresco, pinta usted?

DON JUAN. Todo lo que hago es al fresco. Ese balcón tiene un cristal roto, y ¡si viera usted el gris que entra!...

GILITO. (Vamos, se permite bromitas.)

DON JUAN. En fin, al asunto... ¡al asunto!

GILITO. Sí, señor. *Pausa.* Sí, señor. *Pausa.* Sí, señor.

DON JUAN. ¡Ya me lo ha dicho usted tres veces! Bueno, para no andarnos por las ramas, mi costumbre...

GILITO. Yo no sé si tendrá usted conocimiento de esta visita...

DON JUAN. ¿Otra?

GILITO. Perdone usted; se me ha ido.

DON JUAN. Escuche, si ha de escuchar. Vendrá usted todos los días de una a cuatro.

GILITO. Vendré; ¿por qué no?

DON JUAN. Corriente. Yo no puedo dar más de dos pesetas.

GILITO. ¿Como dote? Poco, poco es eso...

DON JUAN. ¡Qué dote ni qué calabazas! En fin, si no está usted conforme... pida usted.

GILITO. ¿Que pida yo?

DON JUAN. ¡Claro! ¿Qué quiere usted por venir ese tiempo?

GILITO. Pues yo... (¿De qué me habla?) Yo... yo... yo no sé si tendrá usted conocimiento de esta vi... *Tapándose la boca.* ¡Ah, ah, usted dispense!

DON JUAN. ¡Le advierto a usted que conmigo no se chancea nadie!... ¡Nadie!... *Levantándose.* Y para concluir de una vez: hasta diez realitos es lo más que doy.

GILITO. Pero ¿he pedido yo algo? *Se levanta también.*

DON JUAN. ¿Sí o no?

GILITO. Como Cristo nos enseña. Pues... sí... sí...

DON JUAN. ¡Ea! ¡manos a la obra!

GILITO. ¿Cómo a la obra?

DON JUAN. Ese pantalón es bueno.

GILITO. Pchs, regular; de cincuenta reales.

DON JUAN. ¿Qué tiene que ver una cosa con otra? Entre usted en esa habitación. *Señalando la primera puerta de la izquierda.* En la percha habrá una chaquetilla, una faja y una gorra... Se las pone usted... y listo.

GILITO. (¡Anda! ¡pues me ha tomado por un modelo!)

DON JUAN. ¡Pronto! ¡pronto!

GILITO. Voy en seguida. (Le obedeceré.) *Vase por donde le ha indicado.*

ESCENA X

DON JUAN

DON JUAN. Este modelo es inservible... ¡inservible! ¡Estoy que trino!... Y para colmo de mis desdichas he hallado en el tocador de Pura varias cartas de un tal Gilito... ¡Gilito!... *Este se asoma sin ser visto por don Juan.* Como yo lo coja... ¡lo mato!... ¡lo mato!...

GILITO. *Escondiéndose.* ¡Huy!

DON JUAN. Y a ella también le ajustaré las cuentas. ¡Vaya con la niña! Pero... vamos a ver los trastos de matar. *Se acerca al caballete y lo prepara todo.* ¡Anda, morena!... Ahora me falta cisco. Y me veo en la precisión de salir a comprarlo, porque si mando a Manuel me trae cisco para el brasero. *Coge su sombrero, que estará sobre una silla, sale al recibimiento precipitadamente y se va.* Menos mal que está cerquita.

ESCENA XI

GILITO; después, PURA

GILITO. *Presentándose vestido de rata.* Ya estoy arreglado. ¡Ah! se ha ido. ¡Estoy bien! Como don Juan averigüe que yo soy el Gilito de que habló hace un momento, me voy a divertir; de fijo.

Sale Pura al recibimiento por la segunda puerta de la derecha y entra en el estudio.

PURA. *Sorprendida.* ¡Ay, Gilí!...

GILITO. ¡Y tan *gilí!*

PURA. ¿Qué es esto? ¿Cuándo has venido? ¿Cómo estás de ese modo?

GILITO. ¿Que cómo estoy de este modo? Regular. El traje me cae bastante bien.

PURA. No es eso; te preguntaba...

GILITO. Pues que tu padre me ha tomado por un modelo...

PURA. Y ¿por qué no le has dicho...?

GILITO. Porque está dado a todos los demonios. Ahora creo que ha salido no sé adónde. ¿Qué te parece que haga?

PURA. Seguirle la corriente; ya no hay más remedio. Pero te anuncio que papá es terrible con los modelos. En poco más de quince días lleva despedidos a cuatro. Es decir... *Haciendo memoria.* Becerro... uno, León... dos, Cordero... tres, Palomo... cuatro, y Cuervo... cinco. ¡Ya decía yo!...

GILITO. Oye, por lo visto, tu papá ha tenido en el estudio a toda el arca de Noé.

PURA. Y al último, recuerdo que lo tiró por las escaleras.

GILITO. ¡Hombre, qué gracia! Estaba por hacer una atrocidad: decirle quién soy y a lo que vengo.

PURA. ¡No, por Dios! Porque entonces, al ver que le has engañado, no se conforma con las escaleras; te tira por el balcón.

GILITO. ¡Ca...racoles! Nada: si tú te opones a ello... desisto.

PURA. Haces bien.

GILITO. Aunque yo se lo diría, si las circunstancias no hubiesen cambiado. Sí, señor; se lo diría si continuaseis viviendo en el entresuelo; pero, hija, desde un piso cuarto... lo que es yo no se lo digo. ¿Por qué os habéis venido aquí?

PURA. Porque aquel cuarto es muy oscuro y carísimo. Así es que nos mudamos, en primer lugar, por la luz, y en segundo lugar...

GILITO. *Refiriéndose al dinero.* Por la *luz*...

PURA. Eso es.

Pausa.

GILITO. Se me está ocurriendo otra atrocidad. Atrocidad que voy a hacer. Haz el favor de traer mi ropa, que está en la percha de esa habitación.

PURA. ¿Te vas a ir?

GILITO. Ahora mismo.

PURA. ¿Y si te encuentras a papá en la escalera?

GILITO. Le digo que me ha entrado el sarampión. Trae, trae mi levita y demás, que me voy antes que venga.

PURA. Bueno. *Entra por la primera puerta de la izquierda, mientras Gilito se quita la gorra y la chaquetilla, y sale en seguida con la ropa de él.* Aquí tienes.

GILITO. Venga el chaleco. *Se lo coloca muy aprisa.* Ajajá. La levita. Después me quitaré la faja. *Se pone la levita.* Ahora... *Suena la campanilla.* ¡Me han partido!

PURA. ¿Ves?

GILITO. ¡Que no abran, por Dios! Voy a quitarme esto. *Se quita precipitadamente la levita y el chaleco y los echa a la habitación donde estaban.*

Sale Manuel por la segunda puerta de la derecha al recibimiento, y Pura sale también y empieza a hablarle bajo para distraerlo. Gilito vuelve a colocarse la chaquetilla y la gorra, todo hecho un lío.

PURA. Yo me voy. Abra usted, Manuel. *Vase por la primera puerta de la derecha.*

GILITO. Que vea que estoy en carácter. *Comienza a ejecutar el paso de los ratas de «La Gran Vía» acompañado por la orquesta.*

Manuel abre el portón y se va por donde salió. Don Juan pasa al estudio y deja la puerta abierta. Trae en la mano un paquetito.

ESCENA XII

DON JUAN y GILITO

DON JUAN. *Dejando el sombrero sobre una silla y el paquete en el suelo al lado de los demás útiles.* ¿Ya está usted listo?

GILITO. Sí, señor.

DON JUAN. Pues a empezar. *Coge la navaja que habrá junto a la caja de pinturas y la abre, dirigiéndose a Gilito. Este retrocede asustado.*

GILITO. ¿Qué va usted a hacer?

DON JUAN. Nada, hombre, no hay que asustarse. Vaya. *Dándole la navaja.* Hoy no está esto arreglado, porque nunca esperaba encontrar modelo tan pronto; así es que trabajaremos poquito tiempo.

GILITO. (Más vale así.)

DON JUAN. Mi cuadro, entérese usted, representa una riña... ¡una riña!... entre dos ratas. Tengo trazada una de las figuras y me falta la otra. De modo que colóquese usted aquí. *Lo lleva delante de la primera puerta de la izquierda, enfrente de la del estudio.* Póngase usted en ademán de embestir... ¡de embestir!... al contrario.

GILITO. *Se coloca muy mal.* ¿Así?

DON JUAN. No, hombre, no; ¡no! Más energía, ¿eh? ¡más energía! *Lo coloca a su gusto.* La pierna derecha hacia delante; la izquierda hacia

atrás; el brazo izquierdo tapando la cara; el derecho en actitud de herir; el rostro con mucha expresión; saque usted los ojos; contraiga usted todos los músculos; apriete usted los dientes... *Se aleja un poco.* Así está bien. *Señala en el suelo el sitio de los pies con un pedazo de cisco.* ¡Perfectamente! *Comienza a dibujar.* (Voy a preguntarle por el que le recomienda.) Y ¿qué me dice usted de Espiridión?

GILITO. ¿De espiri... qué?

DON JUAN. De Espiridión.

GILITO. Yo no sé lo que es eso. Esa palabra no está en el Diccionario.

DON JUAN. Pregunto por Retortillo... ¡por Retortillo!...

GILITO. ¡Ah, ya; Retortillo!... (¡Digo!)

DON JUAN. ¿Es bonito el cuadro que está haciendo ahora?

GILITO. ¡Pchs! regular... (Así no peco.)

DON JUAN. ¿Qué tal de dibujo?

GILITO. ¡Pchs! regular...

DON JUAN. ¿Y de color?

GILITO. ¡Pchs! regular...

DON JUAN. ¿Y de composición?

GILITO. ¡Pchs! regular...

DON JUAN. Y ¿qué asunto tiene? ¿Qué representa?

GILITO. ¡Pchs! regular...

DON Juan. Usted no me ha entendido. Yo sé que es un hecho histórico; pero quisiera saber cuál.

GILITO. Pues la... la... la muerte del rey que rabió.

DON JUAN. ¿Cómo?

GILITO. (No sé lo que me digo.) Sí, señor; muy inspirado, muy sentido; es alegórico. A la derecha está el rey... rabiando... todo lleno... de babas... A la izquierda un perro pachón... Y en el centro, rodeada de nubes, las figura del doctor Pasteur.

DON JUAN. Hombre, eso es imposible. ¡Valiente desatino! Pero no se mueva usted.

GILITO. Usted dispense. Y sepa usted que ya estoy de postura hasta la coronilla.

DON JUAN. ¿Eh?

Pausa breve.—Suena la campanilla.

Sale Manuel al recibimiento por la segunda puerta de la derecha.

ESCENA XIII

DICHOS, MANUEL y RAFAEL

MANUEL. ¿Quién será?

Abre el portón y sale Rafael.

RAFAEL. Buenas tardes.

MANUEL. Buenas.

RAFAEL. ¿Pareció el señor don Juan?

MANUEL. Creu que sí. Debe de estar en el estudiu. Pase usted.

Rafael avanza, y en el momento de llegar frente

a la puerta del estudio retrocede asustado al ver a Gilito. A Manuel, que va a asomarse llevado de su curiosidad, le sucede lo mismo.

RAFAEL. ¡Ca... ramba!

MANUEL. ¿Qué es esu? ¿A ver? ¡Demonius!

DON JUAN. *Levantándose.* Pero ¿quién está ahí? *Sale al recibimiento.* Buenas tardes.

MANUEL. Aquí está mi amu.

RAFAEL. Muy señor mío.

DON JUAN. ¿Qué se le ofrece? ¿Quién es usted?

RAFAEL. Yo soy Rafael Moreno y Delgado...

DON JUAN. *Con extrañeza.* ¿Eh?

RAFAEL. No sé si usted habrá recibido una carta de don Espiridión Retortillo, en que me recomienda como modelo.

GILITO. *Dentro.* (¡Malo!)

MANUEL. (Creu que he metidu la pata.)

DON JUAN. Pero ¿usted es...? *A Manuel.* Entonces, animal, ¿por qué has dejado entrar a ese títere? *Alude a Gilito.* ¿Quién es usted? *Entrando en el estudio.* ¡Pronto!... ¡pronto!...

GILITO. Caballero... yo soy... Gil... Gil...

DON JUAN. ¿Gil? ¿Gilito? ¡Este es el novio! ¡Ah, pícaro! *Se dirige a él en actitud amenazadora. Gilito da dos vueltas alrededor del caballete, seguido de don Juan. En la última deja caer el caballete.* ¡Mi cuadro! ¡Mi gran obra! ¡Lo mato! ¡lo mato! ¡Venga usted acá! *Cogiendo a Gilito por un brazo.* Quiero una explicación clara... ¡clara! de lo que aquí ha ocurrido.

Entran en el estudio Manuel y Rafael.

GILITO. Bueno... yo... Escúcheme usted... señor don Juan... El... la... lo... de el...

DON JUAN. ¿Pero va usted a declinar el artículo?

GILITO. No, señor... En fin, para acabar pronto... yo he venido... a pedir... la... la... la mano de su hija... y me... me han confundido con ese señor. *Por Rafael.*

DON JUAN. ¿De modo que me ha engañado usted como a un chino? ¡Ah, bribón!

Sale Pura por la primera puerta de la derecha.

ESCENA ÚLTIMA

TODOS

PURA. ¡Ay, Dios mío!

GILITO. ¡Ella!

DON JUAN. *A Pura.* ¡Hola! ¿Conque relaciones secretas, eh? Ya te pondré las peras a cuarto, ¡a cuarto!

PURA. Papá... yo...

DON JUAN. *A Gilito.* ¿Conque a pedir la mano?

GILITO. Le advierto a usted que al dar ese paso es porque puedo hacerlo. Soy bastante rico; tengo un capital de ocho mil duros...

DON JUAN. *Cambiando de tono.* ¡Y aunque no tuviera usted un ochavo!... A mí, todo... menos

contrariar los amores. (¡Dios mío; ocho mil duros!...)

PURA. ¿Cómo? ¿Consiente usted?

DON JUAN. Ya hablaremos. *Comienza a hablar en voz baja con Rafael.*

PURA. *A Gilito.* Se arreglará todo; descuida.

DON JUAN. *Alto a Rafael.* Sí, señor; recibí la carta y viene usted como pedrada en ojo de boticario... ¡de farmacéutico!... ¡de licenciado en farmacia!

RAFAEL. ¿Sí, eh?

DON JUAN. Justo. De modo que aquí no ha habido más que una equivocación...

MANUEL. De la que yo soy el culpable.

GILITO. *Al público:*

Un aplauso necesito,
público amable y sincero,
y de ti lo solicito;
quien te lo pide es *Gilito,*
que no es el *rata tercero.*

FIN DEL JUGUETE

LA MEDIA NARANJA

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO

Estrenado en el Teatro de Lara el 26 de abril de 1894.

AL SEÑOR DON FRANCISCO
FLORES GARCÍA,
en testimonio de gratitud y amistad,
LOS AUTORES

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
DOÑA CÁNDIDA.....	Sra.	Valverde.
JULIA.....	Srta.	Blanco.
DON FRUTOS.....	Sr.	Larra.
APELES.....	—	Ruiz de Arana.
AGAPITO.....	—	Ramírez.
DON POMPEYO.....	—	Santiago.
UN CRIADO.....	—	Manchón

LA MEDIA NARANJA

Sala de paso en una posada de un pueblo inmediato a Madrid. Dos puertas a cada lado y una en el foro. A derecha e izquierda de ésta, respectivamente, una mesa y un banco pobres. Varias sillas toscas.

ESCENA PRIMERA

DON POMPEYO y un CRIADO

DON POMPEYO. *Asomándose a la primera puerta de la izquierda del actor, con unas botas de señora en la mano.* ¡Mozo! ¡Mozo! *Más alto.* ¡Mozo!...

CRIADO. *Dentro, en voz alta.* ¡Ya va! *Sale por el foro.*

DON POMPEYO. ¡Hace una hora que estoy llamando!

CRIADO. Pues nada he oído.

DON POMPEYO. ¿Qué modo de replicar es ese?... ¡Limpie usted en el acto estas botas de mi señora! *Dándoselas con aspereza.*

CRIADO. Voy allá.

DON POMPEYO. Y en seguida las trae usted y las pone aquí delante de la puerta.

CRIADO. Bueno.

DON POMPEYO. ¡Y tan bueno!

CRIADO. ¿Es usted el nuevo médico que viene al pueblo?

DON POMPEYO. ¡Esa es una de las cincuenta mil cosas que a usted le deben de tener sin cuidado!

CRIADO. Está bien.

DON POMPEYO. ¡Esté como esté, basta ya de palique! *Éntrase en su habitación, cerrando violentamente la puerta.*

CRIADO. ¡Qué calamidad!

ESCENA II

DOÑA CÁNDIDA, DON FRUTOS y el CRIADO

DOÑA CÁNDIDA. *Por la primera derecha con don Frutos, dispuestos ambos para salir a la calle. Trae una sombrilla.* Oiga usted, mozo, ¿quién gritaba?

CRIADO. Ese caballero que vino anoche a ocupar el cuarto que usted dejó, y que es un tigre de Bengala.

DON FRUTOS. ¡Ah, sí! Don Pompeyo Caracoles.

DOÑA CÁNDIDA. ¿Caracoles?

DON FRUTOS. Vino conmigo en el ferrocarril. Es un gran tipo, según pude observar.

CRIADO. A mí me han dicho de él, de su señora y de su hija cosas estupendas.

DOÑA CÁNDIDA. ¿Sí?

CRIADO. A lo que parece es médico, y anda de lugar en lugar, a fuerza de permutas, para ver si en alguno le halla acomodo a la muchacha.

DON FRUTOS. Trabajo le mando. ¡Es más fea que el sargento Utrera, que reventó de puro feo!

CRIADO. Tiene, tiene niña para rato el pobre señor. En fin, hasta después.

DON FRUTOS. Adiós.

Vase el Criado por el foro.

ESCENA III

DOÑA CÁNDIDA y DON FRUTOS

DON FRUTOS. ¡Jesús, y qué mala noche he pasado! En mi vida he visto más mosquitos que hay en esa alcoba. *Señala a la primera derecha.*

DOÑA CÁNDIDA. Pues peor hubiera sido si continuamos en esa de enfrente. *Señalando a la primera izquierda.* Desde que me escribiste anunciándome que venías, pensé que nos trasladásemos; y anoche, momentos antes de llegar tú, emprendí la mudanza.

DON FRUTOS. ¿De modo que tú y Julia habéis vivido hasta anoche en esa habitación que anoche mismo ocupó don Pompeyo Caracoles?

DOÑA CÁNDIDA. Cabal.

DON FRUTOS. En medio de todo ha sido una tontería el traslado, porque como yo mañana me voy... La vida del comisionista es el movimiento continuo.

DOÑA CÁNDIDA. Tanto mejor para mis planes. Verás. Necesito hablarte detenidamente, y la ocasión me parece de perlas.

Se sientan los dos.

DON FRUTOS. Habla.

DOÑA CÁNDIDA. Estamos en situación análoga a la de ese Caracoles. Tenemos media naranja, y nos urge no poco encontrar la otra media. A Julia, nuestra hija, le corre mncha prisa casarse.

DON FRUTOS. Mucha prisa.

DOÑA CÁNDIDA. ¿Quién sabe si lo conseguiremos en breve plazo?

DON FRUTOS. ¿Tiene quizás un pretendiente?

DOÑA CÁNDIDA. No, no tiene uno; tiene dos.

DON FRUTOS. Luego tiene uno.

DOÑA CÁNDIDA. Es natural, hombre, ¡si tiene dos!

DON FRUTOS. A ver, a ver, cuéntame.

DOÑA CÁNDIDA. El primero, que es al que le doy menos importancia, ya le ha escrito una carta y todo. Es un chico boticario, que hasta la fecha no nos ha dirigido la palabra, a pesar de sus intenciones.

DON FRUTOS. ¿Y el segundo?

DOÑA CÁNDIDA. Ese ya es otra cosa. Escucha. Cuando vine hace un mes a este pueblo, acompa-

ñada de la niña, para recoger la escasa herencia de tu pariente—ya que tú no podías entonces venir a recogerla—, conocimos en esta misma posada a un muchacho bien parecido, llamado Apeles Sacatrapos, pintor notable, si hemos de creer lo que dice, y el cual, lo mismo que nosotras, no está aquí más que accidentalmente. Yo, como advirtiera que Julita se ajaba y se consumía sin un mal novio, decidí quemar el último cartucho para buscárselo; y observando que el tal Apeles nos distinguía sobremanera y hablaba con no poco entusiasmo de la pintura, a fin de captarnos totalmente sus simpatías, le dije que tú eres pintor.

Don Frutos. ¡Al diablo no se le ocurre otra!

Doña Cándida. Y no puedes imaginarte los extremos de regocijo con que recibió la noticia. Lo que yo esperaba, nada más... Preguntóme por tus obras, por tu nombre... Yo se lo dije: Frutos Campanillas; y él me contestó: «Pues me suena, me suena el apellido.» Desde entonce empezó a fijarse en Julia con mayor insistencia y a desear conocerte, y hoy está para tragar el anzuelo.

Don Frutos. Que no es mal trago.

Doña Cándida. Sí; pero tiene buenas tragaderas. Lo que hace falta es que tú me secundes con acierto.

Don Frutos. No tengas cuidado. Por casar a la niña soy yo capaz... hasta de dormir en esa alcoba segunda vez. Y eso que un mosquito se ha pasado la noche cantándome al oído una polca-mazurka.

DOÑA CÁNDIDA. Y después de todo, como no tienes que fingir más que un día, porque vuelves a irte mañana...

DON FRUTOS. Apruebo tus planes. *Se levanta.*

DOÑA CÁNDIDA. ¿Qué piensas tú? Si le digo a Sacatrapos que no eres más que un triste comisionista, que va de la Ceca a la Meca vendiendo azúcares, miel de la Alcarria y quesos de bola... ¡a morir! ¡Ni nos hubiera vuelto a mirar!

DON FRUTOS. ¡Lo malo del caso es que yo no entiendo ni una palabra de pintura!

ESCENA IV

DICHOS y JULIA; luego, APELES

JULIA. *Por la primera derecha, también en traje de calle y con sombrilla.* Ya estoy dispuesta, mamá.

Levántase doña Cándida.

DON FRUTOS. Vamos a dar una vueltecita por ahí, para gozar del fresco de la mañana.

DOÑA CÁNDIDA. *Mirando hacia la segunda derecha.* Espera un momento, que me parece que sale Apeles.

DON FRUTOS. ¿Apeles? ¡Pues apelo a la fuga!

DOÑA CÁNDIDA. Hombre, no; no apeles.

DON FRUTOS. ¡Ay, Apeles! ¡A palos vamos a concluir!

APELES. *Por la segunda derecha, en traje de calle y con una caja de pinturas.* Doña Cándida... Julia... Caballero...

DOÑA CÁNDIDA. *Presentándolos.* Don Apeles Sacatrapos... Mi marido.

DON FRUTOS. Tanto honor...

APELES. Tanta honra... No tenía noticia alguna de su llegada de usted.

DON FRUTOS. Llegué anoche en el último tren, cuando ya todos dormían en la posada.

APELES. Aseguro a usted que deseaba vivamente estrechar su mano, señor de Campanillas. Sé que es usted un pintor de muchas campanillas.

DON FRUTOS. Naturalmente. Pero no era menor mi ansiedad por conocerle a usted, señor de Sacatropas.

APELES. Sacatrapos... Vea usted por dónde celebro no haber salido hoy a pintar tan de mañana como otros días. Y lo celebro doblemente, porque antes de darle los últimos toques a un retrato... de cierta persona de todos ustedes conocida... tengo deseos de que lo admiren... digo, de que... Voy a traerlo. *Vase por la segunda derecha, dejando antes sobre la mesa la caja de pinturas, y vuelve a salir en seguida con un lienzo cubierto con un paño, y que representa el retrato de una señorita.*

DON FRUTOS. Veamos, veamos.

JULIA. Sí; vamos a ver, Apeles.

DOÑA CÁNDIDA. Vamos a ver esa obra de arte.

APELES. Es un boceto, como usted advertirá, señor don Frutos.

DON FRUTOS. ¡Ah, sí, eso es un boceto! Se echa de ver.

DOÑA CÁNDIDA. Pero, hombre, si no lo ha descubierto todavía...

DON FRUTOS. ¡Pero yo me lo figuro! ¿Qué sabes tú de esto, mujer?

APELES. (Atónitos van a quedarse al contemplar el prodigioso retrato que he hecho de mi adorada Julia.) *Lo descubre.* Vean ustedes.

DOÑA CÁNDIDA. ¡Asombroso!

JULIA. ¡Maravilloso!

DON FRUTOS. ¡Portentoso!

DOÑA CÁNDIDA. ¡Es usted un coloso!

APELES. ¿Conocen a la persona retratada?

DON FRUTOS. Sí... ¡es el Dante!

APELES. ¿Cómo el Dante?

DON FRUTOS. Digo, no... *¡Frascuelo!*

APELES. *¿Frascuelo?*

DON FRUTOS. *Riéndose.* Pero ¿no está usted viendo que es una broma, hombre de Dios?

DOÑA CÁNDIDA. ¿No hemos de conocerla?

JULIA. ¡Pues vaya si la conocemos!

LOS TRES. *Unos a otros.* (¿Quién es?... ¿Quién es?... ¿Quién es?...)

APELES. (¡Cuando dije que se iban a quedar atónitos!) Conque les gusta, ¿eh? *Pone el retrato sobre una silla, para mostrarles cómodamente sus*

excelencias. Retírense ustedes un poco más. Porque esto hay que verlo de lejos.

DON FRUTOS. Es natural, de lejos. Ustedes, como no entienden palotada, creerán que esto puede verse de cerca; pues no, señor, de lejos.

Se retiran los tres, y contemplan unos instantes el retrato, con muestras de admiración.

DOÑA CÁNDIDA. Se me está ocurriendo una cosa.

DON FRUTOS. ¡Vamos a ver por dónde sales tú!

Vuelven a acercarse.

DOÑA CÁNDIDA. ¿Cómo es que no tiene más que una oreja?

DON FRUTOS. Pues es verdad.

APELES. ¿Qué ha de ser verdad, si está de perfil? ¿Cuántas orejas tiene usted de perfil?

DOÑA CÁNDIDA. Dos: las mismas que de frente.

JULIA. Bueno, mamá, pero no se te ve más que una.

DON FRUTOS. Repito mi enhorabuena, compañero Sacatripas.

APELES. Sacatrapos...

JULIA. La merece usted, la merece.

DOÑA CÁNDIDA. (Pero ¿quién será?)

APELES. (Mucho me admira que Julia no me dé las gracias.) *A don Frutos*. Y observe usted cómo está pintado esto.

DON FRUTOS. *Remedándolo*. Observen ustedes cómo está pintado esto.

APELES. Y hay que tener en cuenta que aún no está concluído.

DON FRUTOS. ¡Ah, ya se ve! le falta... le falta el marco.

APELES. Lo real, lo real del color...

DON FRUTOS. Lo real, ¿eh? lo real del color...

APELES. La frescura...

DON FRUTOS. La frescura, ¿eh? Ustedes, como no entienden de frescura, se quedan tan frescas.

APELES. La corrección de la línea...

DON FRUTOS. ¡Sí! ¡eso sobre todo! ¡La corrección de la línea!...

DOÑA CÁNDIDA. ¿De qué línea?

DON FRUTOS. *A doña Cándida.* (De la línea del Norte, que es por la que yo me largo mañana.)

APELES. Nada, con retratitos como éste me hago famoso.

JULIA. Famoso ya lo es usted.

APELES. Sus elogios, Julita, me saben a miel hiblea, que es la más dulce de todas las mieles.

DON FRUTOS. ¡Alto allá!... que le vendo yo a usted una de la Alcarria...

DOÑA CÁNDIDA. (¡Frutos!)

APELES. ¿Usted?

DON FRUTOS. No... quiero decir... *Riéndose.* Veo que usted no me ha entendido todavía, compañero. ¡Soy lo más guasón! (Se me fué un resabio de comisionista.) Pero corroboro lo dicho por usted: su nombre llenará los ámbitos del mundo.

APELES. Si yo no fuera tan modesto... Lo que

deseo ahora es conocer la opinión de la interesada acerca del retrato.

DON FRUTOS. Hasta que no lo vea...

APELES. Pues ¿no lo está viendo Julita?

DON FRUTOS. (¡Julita!) Bien, hasta que no lo vea... detenidamente...

JULIA. *A doña Cándida.* (¡Calle! ¡soy yo!)

DOÑA CÁNDIDA. *A Julia.* (Es que me lo estaba figurando.)

DON FRUTOS. (¡Y le dije que era *Frascuelo!*)

JULIA. Lo que es a mí me parece admirable.

DOÑA CÁNDIDA. (Este cae.)

JULIA. (No dudo; le doy calabazas al boticario.)

DOÑA CÁNDIDA. Y ahora, Apeles, ¿qué es lo primero que va usted a pintar?

APELES. A mi regreso a la corte, pienso concluir dos cuadros de tamaño colosal, que ya sólo necesitan varias pinceladas. Uno figura la catarata del Niágara.

DOÑA CÁNDIDA. ¡Agua va!

APELES. Y el otro la sierra del Guadarrama en día de invierno. Pasmado se queda usted ante este último.

DON FRUTOS. Lo creo: el asunto es para *pasmarse.*

APELES. Saqué el primer apunte del natural, una tarde de Enero en que se helaban las palabras.

DON FRUTOS. *A doña Cándida y a Julia.* Eso se llama pintar al fresco.

APELES. Y he sentido tan bien aquel aire y aquella nieve, que pasa usted por delante del lienzo y coge una pulmonía.

DON FRUTOS. ¡Ah! pues no paso.

DOÑA CÁNDIDA. Ni yo tampoco.

JULIA. Ni yo.

APELES. Y usted, don Frutos, ¿en qué trabajo se ocupará cuando vuelva a Madrid?

DON FRUTOS. ¿Cuando vuelva a Madrid? Pues hombre... (¿Qué iré yo a pintar cuando vuelva a Madrid?) Probablemente... empezaré cuatro cuadritos... que probablemente... representarán las cuatro estaciones... probablemente...

APELES. Las cuatro estaciones: Primavera, Verano...

DON FRUTOS. ¡Ca! no, señor: la estación del Norte, la estación de Atocha, la estación de las Delicias...

APELES. Ya. (¡Qué rareza!) Y dígame usted, cuadros de historia, ¿tiene usted algunos?

DON FRUTOS. ¡Sí! ¡de gran historia!

DOÑA CÁNDIDA. (¡Como que son una pura historia!)

APELES. ¿Y tablas? ¿no ha pintado usted tablas?

DOÑA CÁNDIDA. ¿Tablas? Esto es, puertas.

APELES. ¿Cómo puertas?

DON FRUTOS. Mi mujer, por meterse en todo, dice cada desatino... ¿No he de haber yo pintado tablas? Eso es para mí cosa tan fácil y tan na-

tural como comerme las muestras de los comestibles...

APELES. ¿De los comestibles?

JULIA. (¡Ese sí que es un desatino!)

DON FRUTOS. *Riendose.* Es que tengo un hermano comisionista, y yo me como las muestras de todos los géneros que vende.

APELES. No sabía nada de ese hermano.

DOÑA CÁNDIDA. Ni yo tampoco.

APELES. ¿Usted?

DOÑA CÁNDIDA. Ni yo tampoco sabía... que usted no supiera...

APELES. ¡Hombre! ¿y *pasteles*? ¿hace usted *pasteles*?

DON FRUTOS. No; quien hace unos pasteles muy ricos es mi señora; yo me los como nada más.

APELES. Como las muestras del hermano, ¿eh? Siempre sale usted con alguna chanza. Bodegones supongo que sí pintará.

DON FRUTOS. ¡Nunca! Porque no puedo resistir a la tentación de comerme el modelo.

APELES. ¡Usted se lo come todo! Voy a guardar mi obra y ya estoy aquí. *Coge el retrato y se va por la segunda derecha.*

DOÑA CÁNDIDA. La casamos.

DON FRUTOS. Sí la casaremos; pero, por Dios, huyamos de Apeles, si no quieres que yo me vuelva loco y todo se descubra.

Sale Apeles.

DOÑA CÁNDIDA. Pues nosotros vamos a hacer una visitita, amigo Apeles.

APELES. Pues vayan ustedes con Dios. Yo también he de salir en pasando un rato.

DON FRUTOS. Conque, en marcha. Abur, Apeles. Reconózcame usted como su amigo.

APELES. Igualmente, don Frutos. Ya hablaremos de arte con más espacio.

DON FRUTOS. (¡En seguidita me vas a atrapar otra vez!)

APELES. Adiós, señoras.

DOÑA CÁNDIDA. Hasta luego.

JULIA. Hasta luego.

APELES. Adiós, encantadora Julia.

Se van por el foro doña Cándida, Julia y don Frutos.

ESCENA V

APELES y AGAPITO

APELES. Pues, señor, estoy radiante de júbilo.

AGAPITO. *Por la segunda izquierda.* Vecino, felices días.

APELES. Felices, insigne farmacéutico.

AGAPITO. (Yo salgo de dudas.) Amigo, le voy a preguntar a usted una cosa, porque si no se la pregunto, reviento.

APELES. Usted dirá, querido Aga. ¿No es Aga su nombre?

AGAPITO. Mi nombre es Agapito; pero papá

unas veces me dice Aga, y otras veces me dice Pito.

APELES. Pues adelante, Pito.

AGAPITO. Vamos a ver. ¿A usted le gusta la jovencita que vive en esa alcoba con su mamá, no es cierto? *Señala a la primera izquierda.*

APELES. ¡Ya lo creo que me gusta!

AGAPITO. (Me lo temía.) Pues lo malo es que yo también estoy enamorado de ella.

APELES. Eso será lo malo para usted; para mí, ni malo ni bueno.

AGAPITO. Pero, vamos claros: ella ¿le ha dado a usted el *sí*?

APELES. No. Y sin embargo...

AGAPITO. ¡Qué demonio! Los artistas en todo encuentran ustedes grandes ventajas. *Sale el Criado, pone las botas delante de la primera puerta de la izquierda, y se va por el foro.* En fin, no quiero detenerle a usted más. ¿Hay alguna copia en proyecto?

APELES. Sí; tengo a la vista un alcornoque...

AGAPITO. (Cualquiera creería que lo dice por mí.) Vaya, adiós. *Hace que se va y vuelve.*

APELES. Adiós.

AGAPITO. Hombre, otra preguntita. La mamá de esa joven ¿es soltera?

APELES. ¡Pero, Pito!

AGAPITO. Calle usted; he querido decir viuda.

APELES. No, señor; no lo es. Anoche precisamente llegó su esposo al pueblo.

AGAPITO. ¿Luego le tenemos en la posada?

APELES. Justamente.

AGAPITO. ¡Caramba! ¿A que me capto las simpatías del papá y lo desbanco a usted? No hay que decir que el papá vivirá con ellas en esa habitación... *Señala a la primera izquierda.*

APELES. ¡Qué duda tiene!

AGAPITO. Pues abur. (Voy a ver si el mozo le ha entregado mi carta a la vecinita, que presumo que sí.) *Vase por el foro.*

ESCENA VI

APELES

Ya que me he quitado de encima a ese papanatas, aprovecharé la ocasión para realizar una ingeniosa idea que se me ocurrió en el instante mismo en que vi esas botas de Julia. El artista debe salirse de lo vulgar... Esta es la carta. *Sacando una del bolsillo.* No vacilo un momento. *La coloca dentro de una de las botas.* Ya está... Y ahora esperemos en calma la contestación, sin duda favorable, de tan bella criatura. Mientras tanto, soñemos, alma, soñemos... *Coge la caja de pinturas.* ¡Paso a Rubens, que se va a copiar un alcornoque! *Va a salir por el foro y se detiene al ver a don Frutos que llega.* ¡Hola, don Frutos!

ESCENA VII

DON FRUTOS y APELES

DON FRUTOS. ¿Qué veo? (¿Aun está aquí este hombre?)

APELES. Echaremos un parrafillo de arte.

DON FRUTOS. (Me partió.) De ninguna manera; usted pensaba marcharse, y... (¡Yo que venía a escribir unas cartas!...) Repito mis ofrecimientos: Frutos Campanillas... *Estrechando entre sus manos la derecha de Apeles.*

APELES. Se me ourre una idea. ¿Quiere usted que tomemos ahora unos apuntes a todo sol?

DON FRUTOS. Muchas gracias; para pescar un tabardillo pintado, siempre hay tiempo.

APELES. ¡Qué buenas *salidas* tiene usted!

DON FRUTOS. (Con una por donde librarme de tu presencia me contentaba yo ahora.) *Volviendo a estrecharle la mano.* Por lo demás, ya sabe usted que puede mandarme lo que guste: Frutos Campanillas... *Trata de irse.*

APELES. Hombre, otra cosa. Doña Cándida me ha dicho que viaja usted siempre con su modelo.

DON FRUTOS. Sí, sí viajo.

APELES. Y ¿qué tal es?

DON FRUTOS. Excelente. Modelo de padres, modelo de hijos... ¡Un modelo modelo!

APELES. ¿Es quizás un hombre ya entrado en

años, a quien he visto salir esta mañana de la posada, de regular estatura, con una nariz...?

DON FRUTOS. ¿Con una nariz? ¡El mismo que viste y calza! (No sé quién será.)

APELES. Enormes bigotes, ¿no?

DON FRUTOS. ¡El mismo!

APELES. Pues acaso lo necesite.

DON FRUTOS. Lo que usted quiera: Frutos Campanillas...

APELES. Apeles Sacatrapos...

Durante estos ofrecimientos, y sin ser visto por Apeles ni por don Frutos, abrirá don Pompeyo la puerta de su habitación y recogerá las botas, volviendo a ocultarse en seguida.

DON FRUTOS. En Madrid, Felipe II, 3, cuarto quinto, tiene usted su casa. Y aquí, no necesitaré decirle que es ese su cuarto. *Primera derecha.*

APELES. ¿Ese? ¿Pues no es ése? *Primera izquierda.*

DON FRUTOS. No; anoche, cuando yo llegué, nos mudamos a ese otro.

APELES. (¡Cielos! ¡Mi carta!) *Estupefacto.* Pero ¿quién se ha llevado las botas?

DON FRUTOS. ¿Qué botas?

APELES. Entonces, ¿quién vive ahí?

DON FRUTOS. Un señor de muy mal carácter: un tal...

APELES. ¡Caracoles!

DON FRUTOS. Eso: un tal Caracoles. Casado, con una hija...

APELES. ¿Casado con una hija? ¡Qué monstruo!

DON FRUTOS. No, hombre; casado, que tiene una hija.

DON POMPEYO. *Dentro, en alta voz.* ¡Esto es inicuo! ¡Yo averiguaré lo que es esto!

DON FRUTOS. ¿Quién grita?

APELES. ¡Caracoles!

DON FRUTOS. Sí, Caracoles me parece que es el que grita.

APELES. Adiós, don Fritos, digo, don Frutos...

DON FRUTOS. Abur, Sacatripas, digo, Sacatrapos... *Vase por la primera derecha.*

APELES. ¡Hasta luego! *Al marcharse por el foro tropieza con Agapito que llega.* ¡Animal!

AGAPITO. Usted dispense, amigo.

ESCENA VIII

AGAPITO y DON POMPEYO

AGAPITO. ¿Adónde irá el diablo del artista? Más que hombre parece un rayo. Y yo sin encontrar al mozo de la posada ni vivo ni muerto. Y excusado es decir que si esa joven ha leído mi carta, sus dudas tiene ahora. ¡Si yo consiguiese granjearme las simpatías del papá! Aunque, después de todo, poco me importa; porque como yo no busco las novias más que para divertirme y

pasar el rato... ¡Calle! Aquí sale mi hombre... ¡Tiene la misma cara de su hija!

DON POMPEYO. *Por la primera izquierda, furioso.* (¿Quién habrá sido el mentecato?... ¡Oiga! Mucho me mira ese joven. ¿Será él?)

AGAPITO. Muy buenos días, caballero.

DON POMPEYO. ¡Muy malos!

AGAPITO. Pues muy malos; como usted guste.

DON POMPEYO. Diga usted, pollo: ¿usted es aficionado a escribir cartitas amorosas?

AGAPITO. (Me da el corazón que le voy a caer en gracia a este caballero.) Sí tal; soy muy aficionado.

DON POMPEYO. ¡Ah, bribón! ¡Usted es el de las botas!

AGAPITO. ¿El de las botas?

DON POMPEYO. ¡El que ha puesto un billete de amor en las botas de mi mujer!

AGAPITO. ¡Qué bárbaro!

DON POMPEYO. ¿Bárbaro?

AGAPITO. Bárbaro y muy bárbaro el mozo de la posada, a quien dí ese billete, no para su señora de usted, sino para su hija.

DON POMPEYO. *Con mucha alegría, como pareciéndole mentira lo que oye.* ¿Para mi hija? ¿Es para mi hija? (¡Qué felicidad, santo Dios!) ¿Ha dicho usted que es para mi hija?

AGAPITO. Yo creo que sí. ¿No es usted el caballero que vino anoche? ¿No es usted el padre de... de su hija?

DON POMPEYO. ¡Qué duda cabe! Pero ¿está usted seguro de que la carta es para mi hija?

AGAPITO. Segurísimo.

DON POMPEYO. ¡Pues deme usted un abrazo! ¡Desde ahora no le llamo a usted más que yerno!

AGAPITO. ¡Caracoles!

DON POMPEYO. *Dándole la mano.* Servidor de usted.

AGAPITO. *Idem.* Yo lo soy de usted. (¡En buena me he metido!)

DON POMPEYO. (A este mozo le pesco.) ¿Usted tiene alguna carrera?

AGAPITO. La de boticario. Voy a establecerme en el pueblo.

DON POMPEYO. Choque usted, hombre, choque usted. Yo soy médico, usted boticario, los dos de la familia...

AGAPITO. ¿Cómo de la familia?

DON POMPEYO. Tengo para mí que vamos a hacer el caldo gordo.

AGAPITO. *Aterrado.* (¡Que me casa!)

DON POMPEYO. Se lleva usted una joya, querido. Mi niña es un ángel.

AGAPITO. Bien, debo advertirle a usted, y usted me perdone, que yo le encuentro un defectillo.

DON POMPEYO. *Con naturalidad.* Sí; el del ojo.

AGAPITO. ¿El del ojo?

DON POMPEYO. El del ojo derecho, que es de cristal.

AGAPITO. Pero ¿tiene un ojo de cristal? ¡No sabía nada!

DON POMPEYO. Como que no se le nota casi. Sobre todo si se la mira por la izquierda.

AGAPITO. ¿De suerte que no es nada lo del ojo?

DON POMPEYO. Nada. Verdad es que le falta uno, pero ¡con cuánta expresión mira con el otro!

AGAPITO. Bueno, yo me refería a que, como no la conozco a fondo... ¡claro está!... no sé a punto fijo del pie que cojea.

DON POMPEYO. Del izquierdo.

AGAPITO. ¿Cojea del izquierdo?

DON POMPEYO. Sí; tiene la pierna izquierda un poquito más corta que la otra; tres o cuatro centímetros nada más.

AGAPITO. ¡Caracoles!

DON POMPEYO. *Como antes*. Servidor de usted.

AGAPITO. *Idem*. Yo lo soy de usted.

DON POMPEYO. Y usted mismo comprenderá que ese defecto de la pierna carece de importancia. ¡Ella no ha de ser bailarina!

AGAPITO. ¡Claro! Pero tenga usted entendido que es muy probable que ella no oiga mis palabras de amor.

DON POMPEYO. ¡Sí, sí las oirá! ¿No ve usted que usa trompetilla?

AGAPITO. ¿Trompetilla?

DON POMPEYO. Sí; como es sorda...

AGAPITO. ¿Sorda?

DON POMPEYO. *Suspirando.* Sorda como una tapia. Aunque tampoco se la advierte esa deficiencia.

AGAPITO. ¿No?

DON POMPEYO. No. Lo que es no hablándole, no... Por lo demás, mi Felícula es un partido excelente.

AGAPITO. (Su... ¿qué ha dicho?) ¿Cómo ha dicho usted?

DON POMPEYO. Felícula. Así se llama: Felícula.

AGAPITO. (¡Aprieta!)

DON POMPEYO. Un nombre muy bonito.

AGAPITO. ¡Muy bonito! Con todo, yo que usted la confirmaba para cambiárselo.

DON POMPEYO. Y los dos apellidos, si usted quiere. ¡En ella hallará usted su media naranja!

AGAPITO. (Sí, sí; pero agria de veras.) Como no he tenido el gusto de tratar a su esposa de usted ni a *Febrífula*, ignoraba todos esos detalles que usted me ha dado; el del nombre inclusive.

DON POMPEYO. Ya.

AGAPITO. Y es que yo siempre me enamoro de lejos.

DON POMPEYO. ¿De lejos?

AGAPITO. Sí, señor; porque una vez que me enamoré de cerca, me pegaron la gran paliza.

DON POMPEYO. ¡Caramba, qué ocurrencias tan felices tiene usted, querido!... ¿Cómo se llama usted?

AGAPITO. Mi nombre es Agapito; pero papá

unas veces me dice Aga, y otras veces me dice Pito.

DON POMPEYO. Pues juraría que ha firmado usted la carta con otro nombre.

AGAPITO. No lo jure usted.

DON POMPEYO. Veamos. *Saca la carta y lee.* «Apeles Sacatrapos.»

AGAPITO. ¡Si ése no soy yo!

DON POMPEYO. ¿Que no es usted? Pues ¿quién es este Sacatrapos?

AGAPITO. Un pintor que vive en la posada.

DON POMPEYO. ¡Entonces esta carta es para mi mujer! ¡Como atrape a ese pintamonas hago con él una sonada!

AGAPITO. (Por lo visto, Apeles *se dedica* a toda la familia.)

ESCENA IX

DICHOS Y APELES

APELES. *Por el foro.* (¿Si andará por aquí ese Caracoles?) Buenos días.

AGAPITO. (¡Qué oportunidad!)

APELES. (¡Hola! El modelo de don Frutos.)

DON POMPEYO. *A Agapito.* (¿Es éste, yerno?)

AGAPITO. *A don Pompeyo.* (No... digo, sí... pero disimule usted por de pronto.)

APELES. (Examinémosle.)

Empieza a observar a don Pompeyo. Éste y Aga-

pito miran hacia todas partes, queriendo encontrar el objeto en que suponen que se fija Apeles.

DON POMPEYO. ¿Qué mira usted? (Tengamos alguna calma.)

APELES. Las condiciones especiales de su físico.

AGAPITO. ¡Cielos!

DON POMPEYO. ¿De mi físico?

APELES. *Haciendole girar sobre los talones.* Permítame usted.

DON POMPEYO. ¿Qué es esto?

AGAPITO. (Creí que venían a las manos.)

APELES. ¡Demonio, demonio, no me conviene usted!

DON POMPEYO. ¿Qué dice este hombre?

APELES. Que no me conviene usted, que no hemos dicho nada, y que soy de ustedes atento servidor. Hasta la vista.

DON POMPEYO. ¡Oiga!

APELES. Oigo.

DON POMPEYO. Necesito hablar con usted.

AGAPITO. (Ahora va a ser ella.)

APELES. Pues tenga usted la bondad de pasar a mi cuarto, porque aquí estoy en ascuas.

DON POMPEYO. ¿Qué teme?

APELES. El diluvio en forma de esposo... *adulterado.*

AGAPITO. (¿Quién creerá Apeles que es este señor?)

DON POMPEYO. Explíquese usted.

APELES. Es el caso, que en esa habitación vive un matrimonio... *Primera izquierda.*

DON POMPEYO. Me consta.

APELES. Y a lo que parece los cónyuges no están muy bien avenidos.

DON POMPEYO. Me consta.

AGAPITO. (¡Ay, Apeles! ¡No me quisiera ver en tu pellejo!)

APELES. Advirtiendo que el marido es un animal.

DON POMPEYO. Me consta. Digo, no, eso no me consta.

AGAPITO. (Pues es lo único que me consta a mí.)

DON POMPEYO. *A Agapito.* (Sujéteme usted, yerno.)

AGAPITO. (¿Y este afán de llamarme yerno?)

APELES. Todo esto lo sé por el mozo de la posada, que está ya hasta la coronilla del tal doctor. Porque ese tal es doctor en medicina.

DON POMPEYO. Me consta.

APELES. Y hay circunstancias que me hacen sospechar que es muy probable que me quiera dar dos palos.

AGAPITO. ¡Nos consta!

APELES. Pero debía tener en cuenta ese salvaje...

DON POMPEYO. ¡Basta ya! ¡Sepa usted que yo soy ese salvaje!

APELES. Pero ¿cómo? ¿Usted no es el modelo?

DON POMPEYO. ¡Qué modelo ni qué calabazas!

AGAPITO. *Sujetando a don Pompeyo.* Deténgase usted, Caracoles.

DON POMPEYO. ¡Apártese usted, yerno!

AGAPITO. Váyase usted, Apeles.

APELES. Es que yo...

DON POMPEYO. ¡Se vaya o no se vaya, le doy dos tiros!

APELES. (¡Huy!) ¡Dar es! (¡Cualquiera convence ahora a este energúmeno!) *Vase por la segunda derecha.*

DON POMPEYO. ¿Dar es? ¿Y lo dejo ir tan tranquilo?

AGAPITO. No, no, no; no piense usted que va tan tranquilo.

ESCENA X

AGAPITO y DON POMPEYO

DON POMPEYO. ¡Ya le diré yo lo que es canela fina! ¡Ahora voy a darle otros dos tiros a mi mujer!

AGAPITO. ¡Que va usted a perderse!

DON POMPEYO. ¡Me pierdo, me pierdo! *Vase por la primera izquierda.*

AGAPITO. ¡Ah! pues como te pierdas... ¡no será este cura el que te busque!

ESCENA XI

AGAPITO, DOÑA CÁNDIDA y JULIA

DOÑA CÁNDIDA. *Con Julia, por el foro.* (Aquí tienes al farmacéutico, niña.)

AGAPITO. (¡Ellas!) Muy buenos días...

DOÑA CÁNDIDA. Muy buenos...

AGAPITO. (*Febrífula,* como es sorda, no me ha oído.) *A Julia, levantando mucho la voz.* ¡Muy buenos días tenga usted!

JULIA. *Sorprendida.* Muy buenos...

AGAPITO. (Yo no le digo a esta señora que su esposo la quiere matar.) Ustedes dispensen la libertad que me tomo al dirigirles la palabra; pero, la verdad, creo que el ser vecino me autoriza...

DOÑA CÁNDIDA. Sí, señor, sí...

AGAPITO. *A Julia, más alto que antes.* Le decía a su mamá, que creo que el ser vecino de ustedes...

JULIA. Si ya lo he oído... (¿Se habrá figurado que soy sorda?)

AGAPITO. (Claro es: delante de mí quiere disimular su defecto.)

Julia pasea distraída, y Agapito se fija con insistencia en su modo de andar.

DOÑA CÁNDIDA. (¿Qué mirará el boticario?)

AGAPITO. (Cojear *Febrífula,* me parece que no cojea.) *A doña Cándida.* No cojea.

DOÑA CÁNDIDA ¡Como que no es coja!

JULIA. ¿Qué?

AGAPITO. (¡Valiente plancha! Pero ¿a quién se le ocurre ir a contárselo a la mamá?)

JULIA. ¿Usted es Agapito?...

AGAPITO. Servidor de ustedes.

DOÑA CÁNDIDA. Muchas gracias...

AGAPITO. *A Julia, gritando.* ¡Digo que servidor de ustedes!

DOÑA CÁNDIDA. Pero, señor mío, si la niña oye bien, por fortuna.

AGAPITO. (Pues ¿en dónde traerá la trompetilla?)

JULIA. De modo que Agapito...

AGAPITO. Ciertamente, Agapito: este es mi nombre. Pero papá unas veces me dice Aga, y otras veces me dice Pito.

JULIA. ¿Cómo, cómo?

AGAPITO. (¡Ya lo creo que es sorda!) *Gritando más que nunca.* ¡Digo que unas veces me dice Aga...!

DOÑA CÁNDIDA. Y otras veces Pito. Ya estamos en ello.

AGAPITO. Esta señorita, no.

JULIA. Esta señorita, sí.

AGAPITO. (Pues ¿en donde diablos trae la trompetilla?)

DOÑA CÁNDIDA. (Este joven no está bueno de la cabeza.)

AGAPITO. (¡Ah! Voy a fijarme en los ojos.) *Tratando de hacerlo, acércase mucho a Julia cuando*

ésta no le ve, y disimula torpemente su intención cada vez que Julia le sorprende mirándola. Repítese este juego dos o tres veces. (Lo que es el izquierdo lo tiene bueno y sano. A ver el otro.)

JULIA. (Mamá, ¿qué le digo a Aga?)

DOÑA CÁNDIDA. (Que *haga* el favor de dejarnos en paz.)

AGAPITO. (El derecho es el que no consigo verle bien.)

JULIA. ¿Estará papá con Apeles?

AGAPITO. *Muy alto.* ¡No!

DOÑA CÁNDIDA. Veo que es usted el que parece sordo.

AGAPITO. ¿Yo? ¿Por qué?

DOÑA CÁNDIDA. Porque no se entera usted de lo que se le dice.

AGAPITO. Usted perdone. (Voy a ver si me fijo bien en el derecho.) *Dirígese de pronto a Julia, mirándola con mucha atención y descaradamente.*

JULIA. (¡Ay, mamá, qué mirada!)

DOÑA CÁNDIDA. (¡Si parece que te quiere hipnotizar!)

AGAPITO. (Tan sano como el otro.) ¿Usted no padece de la vista?

JULIA. ¡No, señor!

AGAPITO. *Muy turbado.* Verá usted... lo digo porque... porque como yo soy boticario... (¿A que me apeo por las orejas?...) Como yo soy boticario... estoy deseando que alguna de ustedes enferme... para regalarles las medicinas.

DOÑA CÁNDIDA. (¡Qué bruto!)

AGAPITO. (¿No lo dije? ¡Si soy lo más gaznápiro!...)

ESCENA XII

DICHOS y DON FRUTOS

DON FRUTOS. *Por la primera derecha, con mucha precaución.* ¿No está por aquí?

DOÑA CÁNDIDA. ¿Quién, Apeles? No.

AGAPITO. Está en su alcoba. *Gritando.* ¡Apeles!

DON FRUTOS. ¡Chist! ¿Le he mandado a usted que lo llame?

AGAPITO. Yo, por servir a usted... (¿Quién será este caballero?)

DON FRUTOS. ¡Me iba usted a hacer un flaco servicio!

JULIA. *A don Frutos.* (Este es el boticario de marras.)

ESCENA XIII

DICHOS y DON POMPEYO

DON POMPEYO. *Por la primera izquierda.* (Mi mujer jura y perjura que es inocente.) *Reparando en don Frutos.* ¡Oiga! ¿Usted aquí?... ¡Esto es escandaloso!

DON FRUTOS. ¿Que yo esté aquí?

DON POMPEYO. No, hombre, no... ¡Escandaloso!

DON FRUTOS. Pero ¿qué le ocurre a usted?

DON POMPEYO. ¡Que me he encontrado en las botas de mi costilla una carta amorosa, firmada por un tal Apeles Sacatrapos!

DOÑA CÁNDIDA. ¿Sacatrapos?

JULIA. ¿Sacatrapos?

DON FRUTOS. ¿Sacatrapos?

DON POMPEYO. ¡Sacatrapos!

DON FRUTOS. ¡Ah, tunante!

JULIA. ¡Ah, pillo!

DOÑA CÁNDIDA. ¡Pero ese hombre no tiene vergüenza!

DON FRUTOS. ¡Absolutamente ninguna!

AGAPITO. (¡Qué raro es todo esto!)

JULIA. ¡Infame!... ¿Está usted seguro de que es él?

DON POMPEYO. ¡Y tan seguro!

AGAPITO. ¡Vaya! (Lo desbanqué.)

JULIA. (¡Adiós marido!)

DON FRUTOS. (¡Adiós ilusiones!)

DOÑA CÁNDIDA. *A Julia.* (Niña, dirígele una miradita fulminante al boticario.)

JULIA. *Suspirando.* ¡Ay!

AGAPITO. ¿Por quién suspira usted?

JULIA. ¡Ay!

AGAPITO. ¡Ay!

DON POMPEYO. ¿Qué es esto? (¡No vaya a cambiarse la casaca!)

DON FRUTOS. ¡Qué simpático es este joven!

DON POMPEYO. Es un modelo de jóvenes: futuro esposo de mi hija.

DOÑA CÁNDIDA. ¿Cómo?

JULIA. ¿Qué?

DON FRUTOS. ¿Qué?

DON POMPEYO. Lo que ustedes oyen: ¡futuro esposo de mi hija!

DOÑA CÁNDIDA. ¡Si le ha escrito una carta a mi Julia!

AGAPITO. *A don Pompeyo.* Pero ¿usted no es el marido de esta señora?

DON FRUTOS. ¡El marido de esta señora soy yo!

AGAPITO. ¡Entonces no hemos dicho nada, señor Caracoles!

DON POMPEYO. ¡Por vida del diablo!

AGAPITO. Porque todo mi amor es hacia esta señorita.

DOÑA CÁNDIDA. Que por cierto le debe a usted una contestación. (Suspira, niña, suspira.)

DON POMPEYO. ¡Me he lucido! (Lo que es a mi hija no hay quien le diga «buenos ojos tienes».)

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS y APELES

APELES. *Por la segunda derecha.* Señores...

DOÑA CÁNDIDA. ¡Apeles!

JULIA. ¡Apeles!

DON POMPEYO. ¡Apeles!

DON FRUTOS. ¡Me gusta la frescura!

APELES. Dejen ustedes que me explique... Como nada me habían dicho de su mudanza de habitación, y yo vi unas botas a la puerta de la que ocuparon hasta anoche, creyendo que fuesen de Julia, introduje en ellas una carta de amor. Este caballero, que sin duda recogió las botas a que aludo, leyó el billete, forjó una historia... y ahí tienen ustedes la causa de todo este enredo.

DOÑA CÁNDIDA. Algo así estaba yo imaginando.

DON FRUTOS. Y yo.

JULIA. Y yo.

AGAPITO. Y yo...

DON POMPEYO. ¡Y yo!...

APELES. Y yo... nada tengo que añadirles a ustedes.

JULIA. *Suspirando.* ¡Ay!

AGAPITO. ¿Por quién suspira usted?

DOÑA CÁNDIDA. Por usted no es; de fijo.

AGAPITO. (¡Ya estoy callado para todo el día!)

APELES. Mal pudiera yo dirigirle cartas a la señora de este caballero, cuando amo a Julia y cuando ni siquiera conozco a esa señora.

DON FRUTOS. ¡Ah, pues si llega usted a conocerla!...

DON POMPEYO. ¿Qué va usted a decir, comisionista?

APELES. ¿Comisionista ha dicho?

DON FRUTOS. Sí... comisionista... Pero, es...

porque... *A don Pompeyo.* Usted me confunde... Yo... no soy yo... yo soy un hermano mío.

DON POMPEYO. ¡Pues no lo entiendo!

DON FRUTOS. Digo que usted me ha confundido con un hermano mío que es comisionista.

DON POMPEYO. ¡Pues son ustedes enteramente iguales!

DOÑA CÁNDIDA. Como que son gemelos.

DON FRUTOS. Tan gemelos, que yo mismo dudo algunas veces, al verme en el espejo, si soy yo o soy mi hermano.

DON POMPEYO. ¡Pero, hombre!...

DON FRUTOS. ¡Y tengo que ver mis tarjetas para cerciorarme de que soy yo!

DON POMPEYO. ¡Qué atrocidad!

APELES. Clara prueba de mi amor a Julita, es el admirable retrato que han visto ustedes.

DON FRUTOS. Tiene usted razón. Después de esa obra magistral, no hay sino ir a la Vicaría.

APELES. Choque usted, gran pintor.

DOÑA CÁNDIDA. *A don Frutos.* (Esa ha sido tu última pincelada.) *Al público:*

El juguete ha concluído;
si merece tus favores,
una palmada te pido
en nombre de los autores.

FIN DEL JUGUETE

Madrid, agosto, 1893.

EL TÍO DE LA FLAUTA

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO

Estrenado en el Teatro de la Comedia el 13 de marzo de 1897.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
LUISA	Srta. Suárez (N.)
DONA CASTA	Sra. Alvarez.
MERCEDES	Srta. Arévalo.
DON TERESO	Sr. Balaguer.
FRIDOLINO	— Ponzano.
DON PACO	— Valentín.
DON MELCHOR	— Moreno.

EL TÍO DE LA FLAUTA

Jardín de una fonda en un punto de la costa Cantábrica. Al foro, la fachada principal de la casa. Puerta en el centro y una ventana de antepecho a cada lado de ella. A la derecha del actor, un pabellón de la fonda, con puerta y balcón practicables. Dos veladores y bancos y sillas de hierro.

ESCENA PRIMERA

LUISA, DON PACO y DON MELCHOR

Luisa y don Melchor salen del pabellón de la derecha. Don Paco pasea.

LUISA. Anda, papá, vamos a dar una vueltecita por la playa. *Habla con ligero acento andaluz.*

DON MELCHOR. ¡Para vueltecitas está el horno!

DON PACO. *Saludando.* Seductora Luisita... Futuro y adorable papá político... ¿Adónde van ustedes tan de mañana?

LUISA. ¿Y usted, adónde va?

DON PACO. Yo no voy a ninguna parte...

LUISA. En eso estaba yo.

DON PACO. A no ser adonde me lleve el imán de tus ojos.

DON MELCHOR. ¡Mira, niña, si hemos de dar esa vuelta, sobre la marcha, que no es cosa de esperar a que el sol nos abrase!

LUISA. Pues sobre la marcha.

DON PACO. Yo, en cuanto venga el correo, iré en busca de ustedes.

LUISA. ¿El correo? ¿Espera usted, quizás, carta de *su sobrina*?—Vamos, papá. (Y ten cuidado no te pinches con las guías de don Paco.)

DON MELCHOR. (¡Para mirarle las guías me tiene a mí don Paco!)

Se van por la izquierda.

ESCENA II

DON PACO

¡Con qué retintín ha dicho lo de mi sobrina! Indudablemente el lance de anoche me ha perjudicado no poco. Y quiera Dios que no dé al traste con una boda que tanto me conviene.

ESCENA III

DON PACO y FRIDOLINO

FRIDOLINO. *Por la derecha. Al reparar en don Paco, exclama:* ¡Diablo! ¿Usted?

DON PACO. ¡Hola, mi amigo!

FRIDOLINO. ¿Usted aquí? Pero ¿está usted aquí ahora?

DON PACO. *Palpándose.* ¡Caramba! ¡A mí me parece que estoy aquí!

FRIDOLINO. (¿Cómo se llama este viejo verde?) ¿Desde cuándo acá no nos vemos, querido?

DON PACO. Lo menos va para dos años.

FRIDOLINO. Y ¿no ha vuelto usted a Zumarragarragurri?

DON PACO. De allí he llegado anoche precisamente. He venido acompañando—¡pásmese usted!—a mi futura esposa y a mi futuro suegro.

FRIDOLINO. *Asombrado.* Pero ¿va usted a casarse? ¿Es de veras? ¡Ca!

DON PACO. Lo mismo me dicen todos. Nadie puede creer que yo abandone el campo de mis amorosos devaneos.

FRIDOLINO. Y ¿quiere usted decirme quién es la venturosa criatura que tiene la suerte de cargar con usted?

DON PACO. Una andalucita que da la hora. Bella, joven, rica y sin más familia que su padre.

FRIDOLINO. ¿Y el padre también da la hora?

DON PACO. No; el padre dará solamente los *cuartos*, y con eso me basta.

FRIDOLINO. ¿Conque joven, y bella, y rica, y andaluza, y...? (Bueno, pues no dura éste una semana.) Y ¿me ha dicho usted que llegaron ustedes anoche?

DON PACO. Anoche mismo. Por cierto que estuvo a punto de romperse la boda.

FRIDOLINO. ¿Y eso?

DON PACO. Se me cayó de la cartera, en presencia de mi media naranja y de su padre, el retrato de mi última conquista.

FRIDOLINO. ¡Cáspita!

DON PACO. Julieta; una americana con el marido ausente, que corta la respiración. Y menos mal que tuve el aplomo necesario para decirles que era la retratada una sobrina mía, a quien quiero como a las niñas de mis ojos.

FRIDOLINO. ¡No está mala sobrina!... ¡Tunante! *Con cierto misterio.* Y... ¿sigue usted con ella?

DON PACO. No; la dejé hace un mes; porque se fugó con un telegrafista.

FRIDOLINO. ¡Bonito modo de dejarla!

DON PACO. Y usted, pollo, ¿no me cuenta ninguna aventurilla amorosa?

FRIDOLINO. Ya sabe usted que soy muy encogido... En esta playa y en esta fonda estoy cortejando por lo fino a una joven que me gusta mucho: Merceditas... Pero la pretendo sin entusiasmo, ¿eh? Porque me trae como loco una pelicastaña a quien vi el verano pasado en Biarritz, y de la cual perdí la pista sin haber llegado a decirle «buenos ojos tienes». Y es que a mí me falta carácter...

DON PACO. Ahí está el quid. A las mujeres les agradan los hombres corridos...

FRIDOLINO. ¿Corridos, eh?

DON PACO. Hábleles usted de aventuras, de pendencias, de desafíos... Y esta es otra: en la mesa siempre junto a ellas. Y el lenguaje de los pies que ande listo.

FRIDOLINO. ¡Sopla!

DON PACO. Y si hay papá, mucho cuidado con el papá, porque se dan juanetes. Otrosí: el cigarro que no se le caiga a usted de la boca.

FRIDOLINO. Eso es lo malo: que no fumo.

DON PACO. ¿No fuma usted? ¡Es usted hombre al agua! Lo primero es fumar, oler a tabaco. Y luego, si a mano viene, algún que otro pellizquito, ¿sabe usted?

FRIDOLINO. ¡Ay, qué bueno!

DON PACO. ¿Vamos hacia la playa?

FRIDOLINO. Iré con usted un momento; necesito volver aquí en seguida.

DON PACO. El correo no llega, por lo visto, y ya estarán en el agua muchas ninfas. ¡Me muero por ver curvas!

FRIDOLINO. Y que tengo yo unos gemelos que alcanzan hasta el menor detalle. *Riendose.* ¿Cuándo se baña, cuándo se baña su futura de usted?

DON PACO. ¡Oiga!

FRIDOLINO. Y eso que el dedicarse a ver curvas tiene sus quiebras. Contemplando curvas estaba yo el domingo, cuando de pronto llega uno y me dice: «¿Le sería a usted lo mismo mirarme a mí?» Yo le respondí que no, con toda

franqueza. Pero no me valió. ¡Era el marido de la de las curvas!... hombre muy recto, por las trazas, el cual, enarbolando un garrote, me hizo comprender que dejar las curvas era el camino más derecho.

DON PACO. *Dirigiéndose con Fridolino hacia la izquierda.* Pues mire usted, amigo: si a mí me sucede ese lance... ¡yo dejo al marido en la playa! Créame usted a mí: allí lo dejo.

FRIDOLINO. Eso hice yo: dejarlo allí... y venirme corriendo a la fonda.

Se van por la izquierda charlando.

ESCENA IV

DOÑA CASTA y MERCEDES

Salen por el foro en traje de calle. Doña Casta trae un periódico en la mano.

MERCEDES. Me había parecido oír la voz de Fridolino.

DOÑA CASTA. Tenemos que resolver antes que venga. Yo en toda la noche no he logrado pegar los ojos. Mis preocupaciones y los ronquidos del vecino de junto, que parece una noche de truenos, me han impedido en absoluto dormir. Nuestra situación es comprometida.

MERCEDES. No hay que darle vueltas.

DOÑA CASTA. Principia el período de las fies-

tas con toda brillantez, y no podemos presentarnos en ninguna parte por falta de recursos.

MERCEDES. El dinero que ha pedido papá a Madrid ha de llegar pronto.

DOÑA CASTA. Por pronto que llegue, vendrá tarde. Yo he pensado, en vista de que la encerrona se impone, y de que al menos ante Fridolino, tu pretendiente, no debemos cantar la palinodia, hacer lo que en otra ocasión semejante hicimos con tu ex novio Pepe Cabritilla. ¿No matamos de parto aquella vez a una parienta imaginaria para justificar nuestro retraimiento con el luto?

MERCEDES. Sí.

DOÑA CASTA. Pues démosle ahora la puntilla a un pariente.

MERCEDES. Mira, tienes razón. Pero se me figura que aunque tal pariente no existe, mejor que matarlo es tenerlo más muerto que vivo: que llega el dinero, sana el hombre como por ensalmo; que no llega, se muere.

DOÑA CASTA. Magnífico. Y el luto nos escuda de infinidad de chismes y cuentos, que da *esgrima* oír.

MERCEDES. Grima, mamá, grima.

DOÑA CASTA. Para que veas si soy previsora: rebuscando entre los papeles de tu padre he dado con este periódico, en el que viene una noticia que ni mandada hacer para fundar en ella nuestro ardid. Oye: *Lee*. «Se encuentra gravemente enfermo, en Cabrejillo de Abajo, nuestro particular

amigo don Francisco López.» Aquí lo tienes; éste va a ser el nuestro. Así se le da al caso una verosimilitud abrumadora.

MERCEDES. Yo, con que Fridolino lo crea, tengo bastante.

DOÑA CASTA. ¡Toma! Por Fridolino va todo esto.

MERCEDES. Como que es una gran proporción. Y su padre uno de los accionistas más fuertes del Banco de España.

DOÑA CASTA. Eso creo; que no ha tenido en su vida un mal catarro.

Sale Fridolino por la izquierda.

MERCEDES. Aquí está él.

DOÑA CASTA. ¿El padre?

MERCEDES. No, el hijo.

DOÑA CASTA. Pues el Espíritu Santo nos ayude. Siéntate y aflígete.

Se sientan.

ESCENA V

DICHAS y FRIDOLINO

FRIDOLINO. *Saludando.* Doña Casta... Merceditas... (¡Qué linda está hoy!)

DOÑA CASTA. *Fingiendo aflicción.* Fridolino...

MERCEDES. *Lo mismo.* Hola, Fridolino.

FRIDOLINO. Las encuentro a ustedes cariacontecidas...

DOÑA CASTA. *Suspirando.* ¡Ay!

MERCEDES. *Lo mismo.* ¡Ay!

FRIDOLINO. ¿Qué es ello? ¿Qué les pasa?

DOÑA CASTA. ¡Ay!

MERCEDES. ¡Ay!

FRIDOLINO. Bueno, pero ¿qué *¡hay!*... puede saberse?

DOÑA CASTA. *Dándole el periódico.* Lea usted, lea usted.

MERCEDES. Lea usted, Fridolino.

FRIDOLINO. *Lee.* «Se encuentra gravemente enfermo, en Cabrejillo de Abajo, nuestro particular amigo don Francisco López.»

DOÑA CASTA. ¡Ay!

MERCEDES. ¡Ay!

FRIDOLINO. ¿López? ¿López? Algo me suena el apellido. ¿Conocen ustedes a este López?

MERCEDES. Es tío... de mamá.

DOÑA CASTA. ¡Es mi tío!

FRIDOLINO. ¿Sí? ¡Válgame el Señor, doña Casta!

DON TERESO. *Dentro, cantando.*

A la Habana me voy,
te lo vengo a decir...

MERCEDES. *Levantándose.* (¡Cielos, papá!)

DOÑA CASTA. *Lo mismo.* (¡Mi esposo!)

ESCENA VI

DICHOS y DON TERESO

DON TERESO. *Por la derecha, cantando y rebosando alegría.*

...que me han hecho sargento
de la Guardia civil...

DOÑA CASTA. (¡Demonio de hombre!)

MERCEDES. ¡Papá, papá, parece mentira!

DON TERESO. ¡Hola, pollo!

FRIDOLINO. (No, pues éste no lo ha sentido gran cosa.)

DOÑA CASTA. *Cogiéndole un pellizco a don Tereso.* (¡Aflígete, aflígete!)

DON TERESO. (¡Canastos!)

MERCEDES. (¡Aflígete, papá!)

DON TERESO. *Muy sorprendido.* (¿Que me aflija?... ¡Bueno!) *Empieza a hacer pucheros.*

FRIDOLINO. Don Tereso, ¿qué le ocurre a usted? (El recuerdo del pariente, sin duda.)

DON TERESO. ¡No sé, mi amigo! ¡Estoy que no sé lo que me pasa! (Y no lo sé, como no me lo diga mi consorte.)

FRIDOLINO. Lo creo: cuando se quiere bien a una persona...

DON TERESO. ¿Eh?

DOÑA CASTA. *A don Tereso.* (¿Tú te acuerdas de Cabritilla? Pues aplica el plan a Fridolino.)

DON TERESO. (¡Agua va! Ya mataron de parto a otra parienta.)

FRIDOLINO. Pero ¿quién sabe si se salvará todavía?

DOÑA CASTA. No, no se salva; se muere sin remedio.

DON TERESO. (¿Luego *vive* aún?)

FRIDOLINO. Y... ¿qué es lo que tiene?

DON TERESO. Pues... ¡casi nada! Empiece usted porque hace unos días ha dado a luz un hermoso niño...

FRIDOLINO. ¡Atiza!

DOÑA CASTA. *Volviendo a pellizcar a don Tereso.* (¡Toma!)

DON TERESO. (¡Caracoles!)

MERDEDES. *A don Tereso.* (¡Papá, si ahora se trata de un pariente!)

DON TERESO. (¡Pues, hija, haberlo dicho!)

FRIDOLINO. Pero bueno, pero bueno... pero pregunto yo...

DON TERESO. No, no pregunte usted nada, Fridolino... Ya sabe usted que no sé lo que me sucede...

FRIDOLINO. Ya, ya se le nota.

Van sentándose sucesivamente.

MERCEDES. ¡Pobre tío Paco!

DOÑA CASTA. ¡Pobre Paquito!

DON TERESO. ¡Pobre Paquete! Yo siempre le he llamado Paquete, ¿sabe usted?

FRIDOLINO. Veo, veo por su aflicción que lo aprecian ustedes mucho.

DON TERESO. ¡Muchísimo! ¿Usted no nos ha oído nunca hablar del tío Paco?

FRIDOLINO. Yo he oído hablar bastante del tío Paco, el de la rebaja, pero ése no será.

DON TERESO. ¡No, hombre!

DOÑA CASTA. No, señor, no es ése.

MERCEDES. Al nuestro lo esperábamos de hoy a mañana.

FRIDOLINO. Pues no hay que desesperar; puede que aún se cure, y que venga.

DON TERESO. No, no viene; usted verá cómo no viene.

FRIDOLINO. Pero ¿lo saben ustedes de buena tinta?

DOÑA CASTA. Ya lo ha visto usted: de tinta de imprenta.

Pausa. Todos se muestran afligidísimos.

FRIDOLINO. (Trataré de consolarlos.) Sin embargo, un tío es un tío... Si se hubiera muerto don Tereso, menos mal...

DON TERESO. ¿Cómo menos mal?

FRIDOLINO. Menos mal que se acongojaran ustedes.

DON TERESO. Sí; sobre todo yo.

FRIDOLINO. Pero lo que es por un tío... Ya ve usted, el otoño pasado se me murió a mí media docenita de tíos.

DOÑA CASTA. (Este tiene los tíos como los calcetines, por medias docenas.)

FRIDOLINO. Además, si el de ustedes es vie-

jo, lo natural es que las líe... mejor dicho, que...

MERCEDES. No, si aún es joven.

DOÑA CASTA. En los sesenta y tantos *fresa*.

FRIDOLINO. ¿Fresa?

MERCEDES. Frisa, mamá, frisa.

FRIDOLINO. Y ¿reside ahora en ese pueblo, en Cabrejillo?

DON TERESO. Allí reside: en medio del campo.

MERCEDES. Le gusta mucho la vida del campo.

DOÑA CASTA. A todas horas está hablando de los pastores de la *Alcarria*.

MERCEDES. De la Arcadia, mamá.

DON TERESO. Tiene costumbres verdaderamente pastoriles: se pasa días enteros recostado sobre la verde yerba y tocando la flauta.

DOÑA CASTA. (Estamos creando un carácter angelical.)

MERCEDES. Como que por la música delira.

DON TERESO. Pero particularmente por la flauta. No la deja un instante. En fin, la última vez que estuve a verle, me recibió afeitándose y tocando la flauta al mismo tiempo.

FRIDOLINO. (Esa no cuela.)

DOÑA CASTA. Y ¡qué bien la *tiñe!*

MERCEDES. La tañe.

DOÑA CASTA. Y ¡qué bien la tañe!

DON TERESO. Y ¡cómo toca aquel hombre el piano de manubrio!

MERCEDES. *Llevándose a los ojos el pañuelo.* ¡Pobrecito!

DOÑA CASTA. *Lo mismo.* ¡Me da el corazón que ya no existe!

DON TERESO. (¡Como que no ha existido nunca!)

FRIDOLINO. Aunque se trata nada más que de un tío, me han llegado ustedes a conmover.

DOÑA CASTA. ¡Pero qué tío, Fridolino, qué tío!

MERCEDES. ¡Qué ocurrente!

DON TERESO. ¡Qué gracioso! Siempre estaba de broma. *Suelta la risa, pero recordando de pronto su situación, afecta aflicción bruscamente.*

MERCEDES. ¡Qué caídas las suyas!

DON TERESO. ¡Ah, sí, qué caídas!

DOÑA CASTA. ¡Qué golpes!

DON TERESO. (Es claro: consecuencia de las caídas.)

DOÑA CASTA. (Vamos al grano.) Oiga usted, Fridolino: nosotros, como usted ve, no estamos para nada. ¿Hará usted el favor de decirles a las de Tijereta lo que nos ocurre, y que no nos esperen esta noche para ir al teatro?

FRIDOLINO. *Levantándose.* Voy ahora mismo. (¡Gracias a Dios que me puedo largar!)

DON TERESO. *Levantándose también.* ¡No es puñalada de pícaro, Fridolino!

FRIDOLINO. No importa. *Despidiéndose.* Pues, doña Casta, yo siento muy de veras que se muera el tío ese... no, ese... tío... tampoco... el tío ese de la flauta... Pero ya se sabe que tenemos todos que

pasar por el aro, y hoy se muere don Tereso...

DON TERESO. ¡Dale, bola!

FRIDOLINO. Mañana se muere usted, pasado yo, y así sucesivamente... Conque, adiós, don Tereso... Adiós, Merceditas... *Dándales la mano.* Adiós, doña Casta... Así es el mundo... ¿qué le vamos a hacer? ¡Por allá nos aguarde muchos años!... Vaya, pues... ¿Me he despedido de usted, don Tereso?... *Vuelve a darles la mano a todos.* Adiós, Merceditas... Doña Casta... Bueno, pues... ¡Ah! Cumpliré el encarguito: tendré mucho gusto en decirles a las de Tijereta que su tío de usted está dando las boqueadas. *Vase por la izquierda.*

ESCENA VII

DOÑA CASTA, MERCEDES y DON TERESO.

DOÑA CASTA. *Levantándose y recogiendo el periódico.* Se la tragó.

MERCEDES. *Levantándose también.* ¡El bueno de Fridolino tiene unas tragaderas excelentes!

DON TERESO. Pero, vamos a ver: ¿a qué ha venido esta comedia? ¡Esto de que a mí no se me entere de nada, me va cargando! ¿Qué necesidad tenías de haber estropeado a ese flautista de todos los demonios? Y si es que tienes deseos de crear personajes para acabar con ellos a la postre, ¡escribe un folletín!

DOÑA CASTA. Mira, Tereso, eso es una pata de gallo.

DON TERESO. Pero, señor, ¿no habíamos convenido en que si venían los cuartos de Madrid, todo marcharía como una seda?

DOÑA CASTA. ¿Y han venido, por ventura, esos cuartos?

DON TERESO. ¡Sí que han venido!

DOÑA CASTA y MERCEDES. *Llenas de júbilo.* ¿Que han venido?

DOÑA CASTA. ¿Has estado en la lista de Correos?

DON TERESO. ¡Claro! De ahí el que llegara tan alegre.

MERCEDES. Y ¿de cuánto es la letra, papá?

DON TERESO. De cuatro mil reales.

DOÑA CASTA. ¿De cuatro mil reales? ¡Eso más que letra es un alfabeto!

MERCEDES. ¿Ves, mamaíta? Ya sanó el tío Paco, sin más ni más.

DOÑA CASTA. Bueno: a ver la letra.

DON TERESO. Al punto. *Buscándosela en los bolsillos.* ¡Diablos!... ¿Dónde la he metido yo?... ¡Ay, qué letrita de mis pecados!...

DOÑA CASTA. ¿Qué?

DON TERESO. Nada, que le da al tío Paco calentura...

MERCEDES. ¿No la encuentras?

DON TERESO. ¡Sube, sube la fiebre!

DOÑA CASTA. ¡Pero, hombre!

DON TERESO. ¡No me atolondréis!... ¡Ya está... ya está otra vez más muerto que vivo!... *Transición.* ¡Ah, vamos!... ¡Aquí, aquí la tenéis!... ¡Sanito está el tío Paco como una manzana!

MERCEDES. ¡Ay, creí que no llegaba a verla!

DON TERESO. ¡Sí, tonta; si viene a la vista!

DOÑA CASTA. Pues a cobrarla hoy mismo, ¿sabes?

MERCEDES. Anda, mamá, que hay que buscar a Fridolino al instante, para enterarle de la mejoría.

DOÑA CASTA. Y después nos iremos de tiendas.

MERCEDES. Hasta luego, papá.

DOÑA CASTA. Hasta luego.

DON TERESO. Divertirse.

Doña Casta y Mercedes se van por la derecha.

ESCENA VIII

DON TERESO

No saben ellas que me han tocado cuarenta duros a la lotería, y que me los pienso gastar con la incomparable Julieta. Bastante me importa a mí que reviente o deje de reventar ese tío Paco. A mi americanita me atengo, en vista de que está por mí desde el punto y hora en que llegó, hace quince días. Esta mañanita hemos paseado juntos, playa arriba y abajo, y he causado la envidia de

más de dos pollos, de esos que no llevan chaleco. Pero lo más notable es la insistencia con que nos han perseguido un papá y una niña, que vinieron anoche a esta fonda y que paran en ese pabellón. *Señalando al de la derecha.* ¡Es mucha Julietita! Y ¡cómo estaba hoy con la falda blanca y la blusa roja escotada! ¡Cómo estaba yo, por supuesto! Al lado de esa americanita me siento pollo; pollo, porque sudo como un pollo con sólo verla. ¡Y es que es una americana de invierno!—Vamos arriba. Pídole a Dios que no se entere mi esposa de mi calaverada. *Vase por el foro.*

ESCENA IX

LUISA Y DON MELCHOR

LUISA. *Por la izquierda, con don Melchor.* ¡Ay, Jesús, qué sofocadísima estoy! Yo me quedo aquí un rato, papá, que nuestra habitación es un chicharrero. ¿Y tú?

DON MELCHOR. ¡Yo que he de ser un chicharrero!

Sale Fridolino por la izquierda y se detiene en el foro hasta que don Melchor se va.

LUISA. Digo si te quedas aquí.

DON MELCHOR. ¡Para quedarme aquí vengo yo!

LUISA. Entonces ¿te irás arriba?

DON MELCHOR. ¡Para irse arribita está este cura!

LUISA. Bueno, pues haz lo que te dé la gana, papá.

DON MELCHOR. ¡Apañado está el día para hacer yo lo que me dé la gana! *Entra en el babellón de la derecha.*

LUISA. ¡Jesús con papá, que parece un fonógrafo *enfadao!*

ESCENA X

LUISA Y FRIDOLINO

FRIDOLINO. (¡Qué fortuna haber encontrado a mi pelicastaña!)

LUISA. *Pasea. Fridolino la sigue.* (Estoy segura completamente: era Julieta, la del retrato. La que dice don Paco que es sobrina suya.)

FRIDOLINO. (¡Vaya un andar y una cinturita!)

LUISA. (Y el que iba con ella presumo yo que será su esposo. Nada, de esta hecha le descubro una maca al demonio del viejo, y papá le da la absoluta. *Se sienta.*

Fridolino se sienta también cerca de ella.

FRIDOLINO. (Seguiré los consejos de don Paco.) Con permiso de usted.

LUISA. Es usted muy dueño.

FRIDOLINO. Muchas gracias. (Lo primerito es oler a tabaco. Que le dé el olor cuanto antes.) *Saca un puro enorme.* ¡Ejem!

LUISA. (¡Ave María, qué puro! ¡Parece el palo de una silla!)

FRIDOLINO. (¡Ya, ya le echó el ojo! *Trata de encenderlo.* En mi vida las he visto más gordas. *Por el cigarro.* Ni más gordos. *Logra encenderlo y fuma.* El toque creo que está en tragarse el humo. *Empieza a toser.* ¡Esto es horrible! *Sigue tosiendo.* ¡Horrible!) ¿Le molesta a usted el humo, señorita?

LUISA. No, señor; a mí, no.

FRIDOLINO. (A mí, sí.)

Asómase don Tereso a la ventana de la izquierda del foro, leyendo un periódico.

LUISA. (¡Qué gestos hace! ¡Si parece que está en las últimas!)

FRIDOLINO. Usted no me recordará a mí, seguramente.

LUISA. No, no, señor... (Tiene mucha nuez y pocas entradas, pero no es feo.)

FRIDOLINO. (¡Ay! Este me saca a mí las asaduras.)

LUISA. Con todo, tengo idea de haberlo visto a usted en alguna parte.

FRIDOLINO. (No habrá sido en ningún estanco.) ¿De veras no le incomoda a usted el humo?

LUISA. No, señor; de veras.

FRIDOLINO. (¡Qué lástima!) Mire usted que al preguntárselo no me induce el puro... el puro cumplido.

LUISA. Ya, ya estoy yo en que es otro puro el que lo induce a usted.

FRIDOLINO. ¿Lo dice usted por este buen mozo?

LUISA. Por ése lo digo. ¿Tira o no tira todavía?

FRIDOLINO. Ya hace un rato que tira: ¡córcholis, si tira! (De espaldas.) Pero yo lo tiro porque no quiero molestarla a usted... *Arroja lejos el cigarro.* (Y porque hasta las lágrimas se me han saltado ya.)

LUISA. Y yo lo agradezco de veras, aunque no me moleste.

FRIDOLINO. (¡Qué sudores! Estaba por tomar un contraveneno.)

LUISA. ¡Ja, ja!... Y es que hay ciertos puros que obligan, por lo visto, a ser galante... *Se levanta y pasea.*

FRIDOLINO. (¡Valiente pulla! Hasta ahora sólo me sale a la perfección lo de ser hombre corrido; porque estoy más corrido que una mona.)

LUISA. *Fijándose en don Tereso.* ¡Calle!

FRIDOLINO. *Levantándose.* ¿Qué?

LUISA. ¡El marido de la sobrina de marras!

FRIDOLINO. Y ¿cuál es la de marras?

LUISA. ¡La del retrato!

FRIDOLINO. ¿La de qué retrato?

LUISA. Pero ¡si yo no hablo con usted!

FRIDOLINO. Usted perdone; yo creía que sí...

LUISA. ¿Conoce usted a ese caballero?

FRIDOLINO. ¿Habla usted ahora conmigo?

LUISA. Sí, señor.

FRIDOLINO. Pues le conozco bastante: se llama don Tereso.

LUISA. Y ¿es casado ese don Tereso?

FRIDOLINO. Sí.

LUISA. ¿Con quién?

FRIDOLINO. Con su señora.

LUISA. ¡Claro! Y ¿es guapa su señora?

FRIDOLINO. Medianeja.

LUISA. ¡De seguro es la misma que paseaba con él! Esto es providencial. Porque no hay quien me quite de la cabeza que el tal parentesco es un mito.

FRIDOLINO. (¿Habla sola?)

Retírase de la ventana don Tereso.

ESCENA XI

DICHOS y DON PACO

DON PACO. *Por la izquierda.* ¡Luisita incomparable!

LUISA. ¡Don Paco!

DON PACO. ¿Cómo te había de ver en la playa?

FRIDOLINO. (¡Se llama Luisita!) ¿Qué es esto? ¿Se trataban ustedes ya?

DON PACO. ¡Hola, Fridolino!

LUISA. (¡Fridolino! Tiene nombre de tela barata.)

DON PACO. Usted, por lo que se ve, conoce a mi futura.

FRIDOLINO. *Perplejo.* ¿Su fu... su fu... fu... fu... tura?

LUISA. (¡Que siempre ha de andar el viejo publicando!...)

FRIDOLINO. (¡Ni otro puro me hace peor efecto!)

LUISA. Don Paco... (Ahora las vas a pagar todas juntas.) Tengo que darle a usted una noticia... excelente. Aquí está.

DON PACO. ¿Quién está aquí?

LUISA. Su sobrina de usted: la del retrato.

DON PACO. ¡Cáscaras! (¡La americanita!)

LUISA. (¡Cáscaras! ¡La cara que ha puesto!)

DON PACO. ¿Mi sobrina? ¡Eso no es posible!

LUISA. ¡Vaya si es posible! La mismita del retrato. Este caballero conoce a su marido.

DON PACO. ¿A su marido?

FRIDOLINO. ¿Yo?

LUISA. ¿No conoce usted a ese don Tereso?

FRIDOLINO. *Con interés creciente a cada pregunta que hace.* Pero, pero, pero ¿don Paco es tío de la señora de don Tereso?

LUISA. Sí, señor.

DON PACO. Yo explicaré lo que hay... porque... es un parentesco tan singular... (¡Dios me asista!)

FRIDOLINO. ¿Se va usted a morir de un momento a otro?

DON PACO. ¡Canario!

FRIDOLINO. ¿Le llaman a usted el tío Paco?

LUISA. ¡Naturalmente!

FRIDOLINO. ¡Ay, qué alegrón voy a proporcionarles!

DON PACO. ¿A quiénes?

FRIDOLINO. A su sobrina, a don Tereso... Especialmente a su sobrina.

LUISA. (¡Ah! Pero ¿es verdad lo de la sobrina?)

FRIDOLINO. Aguarde usted, hombre. ¡Lo que van a gozar cuando le vean! *Llamando.* ¡Don Tereso! ¡Don Tereso!

DON PACO. ¡No lo llame usted!

LUISA. ¿Que no lo llame?

FRIDOLINO. ¡Si le quieren a usted entrañablemente!... ¡La de elogios que me han hecho de sus habilidades! Y entre paréntesis: ¿sigue usted tan aficionado a la flauta? Vuelvo, vuelvo...

Vase corriendo por el foro.

ESCENA XII

LUISA y DON PACO; después, DON TERESO y FRIDOLINO

DON PACO. ¿A la flauta?

LUISA. Pero ¿es usted flautista, don Paco?

DON PACO. (¿Qué va a sucederme a mí, Dios del cielo?) Lo peor es que yo... ¿sabes, Luisita?... estoy citado con un individuo...

LUISA. (Este se quiere eclipsar. Aquí hay misterio.) Bueno, pero no está bien que se vaya usted

ahora... ¿Qué dirían sus parientes? Unos parientes tan cercanos....

DON PACO. (¡Es que yo no creía que estuviesen tan cerca!)

DON TERESO. *Dentro, gritando.* ¡Le digo a usted que no es posible!

FRIDOLINO. *Tirando de don Tereso.* Venga usted acá... ¿No decía usted que no? Aquí tiene usted al tío Paco.

LUISA. *A don Paco.* ¿Lo ve usted?... El marido de su sobrina.

Los dos se miran asombrados.

DON TERESO. (¿Qué apostamos a que es éste otro enredo de mi mujer?)

DON PACO. (Y ¿cómo me las compongo yo ahora?) Don... don Tereso...

DON TERESO. Don... don Paco...

LUISA. ¡Vaya unos cumplidos!

DON PACO. *Queriendo demostrar confianza.* ¡Te... Te... Teresín!

DON TERESO. *Lo mismo.* ¡Pa... Pa... Paquete!

LUISA. Pero ¡qué turbación más rara!... ¿Para cuándo son los abrazos?

FRIDOLINO. *Empujando a don Tereso hacia don Paco.* ¡Vamos, hombre!...

DON TERESO. (¡Este me da un bufido!)

DON PACO. (¡Este me atiza un coscorrón!)

Se abrazan recelosos y se separan violentamente.

DON TERESO. ¡Je, je!

DON PACO. ¡Je, je!

FRIDOLINO. Lo que menos esperaba usted era encontrar aquí al tío Paco.

DON TERESO. Sí, señor: lo que menos. Palabra de honor.

DON PACO. A mí me gustan las cosas así...

DON TERESO. (A mí un poquito más claras.)

DON PACO. Porque yo me conozco... ¿estamos?... yo me conozco... y....

DON TERESO. (Sí, ¡como tú no te conozcas... lo que es yo!...)

LUISA. Pero cualquiera pensaría que se tienen ustedes miedo.

DON PACO. ¿Miedo?

DON TERESO. ¿Por qué?

DON PACO. ¡Ven a mis brazos, Teresete!

DON TERESO. ¡Paquetillo!

Se abrazan, y prolongan el abrazo mientras hablan aparte lo que sigue.

DON PACO. (Caballero, trampa adelante. Es cuestión de faldas.

DON TERESO. Anda mi mujer en el ajo, ¿eh?

DON PACO. Cabalito.) (¡Qué poca vergüenza!)

DON TERESO. (¡Señor, que nunca ha de enterarme!...) ¡Je, je!

DON PACO. (¡Creo que me he salvado!) ¡Je, je! Pero, hombre, Tereso, cuidado si te conservas lindamente.

DON TERESO. Sí, no estoy del todo mal... Yo a ti, en cambio, te encuentro muy viejo, pero muy viejo...

LUISA. Muy viejo, muy viejo, ¿verdad?

FRIDOLINO. (¡Lo mató!)

DON TERESO. Yo, si te veo en la calle, no te conozco: puedes creerme. Y esta señorita ¿es hija tuya?

LUISA. No, señor.

DON TERESO. ¡Ah! vamos; nieta.

DON PACO. ¿Cómo nieta?

LUISA. ¿No es verdad que puede ser mi abuelo?

DON PACO. *Amostazado.* ¡Esta señorita es mi futura!

FRIDOLINO. ¡Ca!

DON PACO. ¿Qué?

DON TERESO. ¿Tu futura? Paquete, ¿vas a casarte al cabo de tus años?

DON PACO. ¿De mis años? *Furioso, pero queriendo disimularlo, y agarrando por las solapas a don Tereso.* ¿A usted... a *tú*... a usted no *te* han saltado nunca un ojo?

DON TERESO. ¡Je, je! Siempre has de estar de chanza... ¡Déjate de bodas! Tú necesitas cuidarte mucho... Buen caldo de gallina, buen vino de lo añejo, tu tresillo, tus solos de flauta...

DON PACO. ¿Otra vez la flauta, señor?

LUISA. Nada, don Paco, que es usted flautista y nos lo oculta.

DON PACO. ¿Yo flautista?

FRIDOLINO. Ahora lo va a negar, don Tereso.

DON TERESO. Hombre, Paquín, eso no es ningún delito: no lo niegues...

LUISA. Lo que noto, don Paco, es que no le pregunta usted a don Tereso por su sobrina.

DON TERESO. ¿Por qué sobrina?

DON PACO. Por tu señora, tonto... ¿Sigue tan barbiana?

DON TERESO. ¿Cómo tan barbiana?

LUISA. Yo he tenido el gusto de verla, y se conserva igual, igual al retrato.

DON TERESO. ¿A qué retrato?

LUISA. Al que don Paco tiene de ella.

DON TERESO. (¡Cuerno!) *Cogiendo por las solapas a don Paco.* ¿Que tú... que usted... *tienes* un retrato de mi señora?

DON PACO. *Bajo a don Tereso.* (Ya le daré a usted explicaciones más tarde.

DON TERESO. ¿Más tarde?

DON PACO. Aquí mismo, dentro de media hora.

DON TERESO. Sí, porque esto tendrá su explicación.)

DON PACO. ¡Je, je!

DON TERESO. ¡Je, je! Pero, señor, estamos en Babia. (Conviene disolver el grupo.) Yo voy en busca de mi costilla para decirle que has venido, que estás bueno... ¿comprendes?

FRIDOLINO. Sí, sí; y yo le acompaño a usted, don Tereso.

DON TERESO. Voy por mi sombrero y mi bastón. *Vase por el foro.*

LUISA. Yo también me voy.

DON PACO. Y yo.

LUISA. (A contarle estas cosas a papá. No me gustó nada la cara que puso don Paco al principio. Y la que le quedó, muchísimo menos. Y la que tiene ahora, menos todavía.) *Entra en el pabellón de la derecha.*

DON PACO. (Mi suegro... mi futura... mi sobrina... el otro... ¡Entre todos me van a volver el juicio!) *Vase por la izquierda.*

ESCENA XIII

FRIDOLINO, DOÑA CASTA y MERCEDES

FRIDOLINO. ¡Pobre don Paco! Es un hecho que le soplo la dama.

DOÑA CASTA. *Por la derecha, con Mercedes.* Dado a Barrabás estará tu padre.

FRIDOLINO. ¡Doña Casta!

MERCEDES. ¡Ah, Fridolino! Nos alegramos de hallarle a usted.

DOÑA CASTA. Sabrá usted que ha sanado el tío Paco.

FRIDOLINO. ¡No he de saberlo! Como que quizás lo alcance todavía...

DOÑA CASTA. ¿A quién?

FRIDOLINO. ¡Al propio tío Paco, que ha venido!

DOÑA CASTA. ¡Quéeeee?

MERCEDES. ¿Quéeeee?

FRIDOLINO. ¡Y que ha estado hablando con don Tereso!

DOÑA CASTA. ¿Quéeeee?

MERCEDES. ¿Quéeeee?

FRIDOLINO. ¡Lo traigo ahora mismo! *Vase corriendo por la izquierda.* ¡Tío Paco! ¡Tío Paco!

Doña Casta y Mercedes se miran atónitas.

ESCENA XIV

DOÑA CASTA y MERCEDES; después, DON TERESO

MERCEDES. ¡Mamá!

DOÑA CASTA. ¡Hija!

MERCEDES. ¿Tú has oído?

DOÑA CASTA. Fridolino está loco.

MERCEDES. Pero ¡si dice que el tío Paco ha estado con papá!

DOÑA CASTA. Está loco tu padre.

MERCEDES. Pero, bien, ¿y ese tío Paco?...

DOÑA CASTA. Está loco el tío Paco. Alguien está loco, por fuerza.

MERCEDES. Y ¿no pudiera papá haber fraguado todo esto?

DOÑA CASTA. ¡Toma! Eso es lo más probable.

MERCEDES. Aquí sale papá.

DON TERESO. *Saliendo por el foro.* ¡Hola! ¿Vosotras aquí? Me evitáis el trabajo de ir a buscaros.

DOÑA CASTA. Bueno, vamos a ver...

DON TERESO. Eso digo yo: vamos a ver.

MERCEDES. Tenemos que hablarte.

DON TERESO. Y yo a vosotras.

DOÑA CASTA. Sí, porque ese tío Paco...

DON TERESO. Precisamente; ese tío Paco...

DOÑA CASTA. Tú dirás.

DON TERESO. No, la que tiene que decir eres tú.

DOÑA CASTA. ¿Yo?

MERCEDES. ¿Mamá?

DON TERESO. ¿También he de ser yo?

DOÑA CASTA. Nadie más que tú.

DON TERESO. ¡Pero si yo no lo he visto hasta hace un momento!

DOÑA CASTA. ¡Pero si nosotras no lo hemos visto nunca!

DON TERESO. ¿Nunca?

MERCEDES. En la vida.

DON TERESO. ¡Si me dijo ese tío Paco—¡mal tiro le den!—que se trataba de cosas tuyas!

DOÑA CASTA. Pues estás en un error *creso*.

MERCEDES. Craso.

DON TERESO. ¡Craso!

DOÑA CASTA. ¡Craso o *creso*, estás en un error!

DON TERESO. ¡No vuelvo de mi asombro!

DOÑA CASTA. Ni yo.

MERCEDES. Ni yo.

DON TERESO. ¿Ha bajado del cielo ese pariente?

MERCEDES. Sólo falta que se enrede el asunto, que descubra Fridolino el pastel, y que me quede yo aderezada y sin novio. Por supuesto, mamá, que de todo lo que pase tendrás la culpa tú. *Vase por el foro.*

DOÑA CASTA. ¿Yo? *A don Tereso.* De todo lo que pase tendrás la culpa tú. *Vase tras Mercedes.*

DON TERESO. ¿Yo? *Dando media vuelta como para encararse con otra persona.* De todo lo que pase tendrás la culpa... *Viendo que está solo.* Tendré la culpa yo. *Vase tras doña Casta.*

ESCENA XV

FRIDOLINO y DON PACO; después, DON TERESO

DON PACO. *Con Fridolino, por la izquierda.* Pollo, que me va usted a poner en un compromiso.

FRIDOLINO. ¡Calle! Se han largado. ¿Compromiso? ¿Por qué?

DON PACO. Porque yo me conozco... ¿entiende usted?... y no soy tal tío Paco.

FRIDOLINO. Entonces, ¿cómo es sobrina de usted la señora de don Tereso?

DON PACO. ¡Si no es mi sobrina!

FRIDOLINO. *Asombrado.* ¿No?

DON TERESO. *Saliendo a la ventana de nuevo.* (¡Oiga! El tío Paco y Fridolino... ¡A ver si saco en limpio alguna cosa!)

DON PACO. Grandísimo torpe, ¿no le hablé yo a usted hace un rato de cierta pájara con quien tuve un *belencillo*?

FRIDOLINO. Sí, señor; pero eso, ¿a qué viene? ¿Quién es esa pájara?

DON PACO. ¡Mi falsa sobrina! ¡La mismísima mujer de don Tereso!

DON TERESO. ¡Caracoles!

DON PACO. *Volviendose hacia la ventana.* ¿Qué?

FRIDOLINO. *Lo mismo.* ¿Qué?

DON TERESO. ¡Que verá usted ahora lo que es canela! *Vase.*

ESCENA XVI

FRIDOLINO y DON PACO; luego, DOÑA CASTA; después, DON MELCHOR

DON PACO. *Todo temblón.* ¿Ha oído usted, Fridolino?

FRIDOLINO. Él es el que ha oído, don Paco.

DOÑA CASTA. *Saliendo a la ventana de la derecha del foro.* (Juraría que gritaba Tereso...)

DON PACO. Pero, diga usted, ¿se trata de su esposa realmente?

FRIDOLINO. Claro que sí.

DON PACO. Yo me figuraba que sería... cualquier cosa. ¿Cómo me había de imaginar que fuera don Tereso el marido de esa lagarta que viene con él?

DOÑA CASTA. ¡Caballero!

FRIDOLINO. (¡Aprieta!)

DON PACO. *Volviendose hacia la ventana.* Señora.

DOÑA CASTA. ¡Usted será el lagarto!

DON PACO. ¡Señora!

DOÑA CASTA. *Retirándose de la ventana.* ¡Tereso! ¡Tereso!

DON PACO. ¿Quién es ese energúmeno?

FRIDOLINO. ¡La señora de don Tereso!

DON PACO. ¿Ese?

FRIDOLINO. ¡Esa!

DON MELCHOR. *Asomándose al balcon de la derecha.* (¿Qué diablos sucede?)

DON PACO. ¡Pues he estado en Belén! ¡Pero mi *belén* ha sido con la americanita, y de ella es el retrato que tiene el elefante de mi suegro!

DON MELCHOR. Conque elefante, ¿eh?

DON PACO. *Volviéndose hacia el balcón.* ¿Eh? *Al ver á don Melchor.* ¡Uh!

DON MELCHOR. ¡Pues le voy a dar a usted un *trompazo! Vase.*

ESCENA ÚLTIMA

FRIDOLINO y DON PACO; luego, DON TERESO; después, DOÑA CASTA y MERCEDES, DON MELCHOR y LUISA

DON PACO. ¡Ira de Dios! ¡Me escuchaba mi suegro! *Corre hacia la izquierda.*

DON TERESO. *Sale por el foro con un bastón y*

detiene a don Paco. ¡O me explica usted sus palabras o lo divido!

DON PACO. Con muchísimo gusto. Yo he pasado a los ojos de todos por tío de su señora de usted, porque hay quien ha creído que es usted el esposo de Julieta, una americanita de rompe y rasga, a la cual he dado yo por sobrina mía.

DON TERESO. ¡Ah! ¿Me han tomado por esposo de Julieta? ¡Qué barbaridad!

FRIDOLINO. Justo... Y don Paco creía que esa Julieta era doña Casta.

DON TERESO. ¡Qué ha de ser Casta esa Julieta!

DOÑA CASTA. *Por el foro, con Mercedes.* Tereso, Tereso, este caballero me ha llamado lagarta.

DON TERESO. Sí, pero ha sido por equivocación.

MERCEDES. ¿Lo ves, mamá?

DON MELCHOR. *Saliendo del pabellon de la derecha seguido de Luisa.* ¡Señor tarambana, sepa usted que no hay nada de lo dicho! ¡Se rompió la boda!

DON PACO. (¡Pues me has partido, inglés!)

LUISA. ¡Me alegro!

FRIDOLINO. ¡Y yo!

LUISA. ¿Usted se alegra?

FRIDOLINO. Y creo que sospechará usted el motivo. *Suspirando.* ¡Ay!

DOÑA CASTA. ¿Eh?

MERCEDES. *A doña Casta.* (¿Has oído, mamá? Me da el corazón que me ha plantado el hijo del accionista.)

DOÑA CASTA. *A Mercedes.* (Eso veo. ¡Qué infamia! ¡Mentira parece qne tenga el papá tan *buenas acciones!*)

FRIDOLINO. ¡Ah! ¿Qué han sabido ustedes del verdadero tío Paco de la flauta?

DOÑA CASTA. Que está rebosando salud.

FRIDOLINO. Pues que sea enhorabuena.

DON TERESO. ¿Enhorabuena? Aguarde usted. *Al público:*

Felicitándome están,
y aunque al punto aceptaría
el parabién que me dan,
saber primero querría
si ustedes aplaudirán.

FIN

Madrid, setiembre, 1895.

EL PEREGRINO

ZARZUELA CÓMICA EN UN ACTO
DIVIDIDO EN DOS CUADROS

Estrenada en el Teatro del Duque, de Sevilla, el 6 de mayo de 1898.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MARUJA.....	SRTA. MIRALLES.
SOTILLO.....	SR. PALMADA.
ANTOÑUELO.....	— MARTELO.
SEÑÓ JUAN.....	— TOJEDO.
TELESFORO.....	— JEREZ.
PERICO.....	— GARRO.
VENTERO.....	— TORRBS.

Licenciados del Ejército y aldeanos.

NOTA. La *responsabilidad* de los *cantables* corresponde al autor de la música.

Hay que partir la carga. Los del libro ya tienen bastante con lo demás.

EL PEREGRINO

CUADRO PRIMERO

Alrededores de un pueblo aragonés. Hacia la derecha del actor, un ventorrillo.—La acción empieza a la caída de la tarde

ESCENA PRIMERA

Coro de Licenciados del Ejército. Después ANTOÑUELO

Música

CORO. *A telón corrido.*

Dicen las aragonesas
que tienen la voluntad
bravía como la jota
y firme como el Pilar.

Al levantarse el telon salen los Licenciados por la izquierda. Algunos traen guitarra.

UNOS. Yo estoy loco de contento,
yo reviento
de placer,

porque el día que esperaba
y anhelaba
logro ver.

OTROS. La licencia me consiente
libremente
descansar,
y a olvidarme me convida
de la vida
militar.

TODOS Y hoy, ya libre, bajo el cielo
y en el suelo
que amo yo,
digo pestes del servicio
que de quicio
me sacó.
¡Dios permita que reviente
el teniente
coronel,
y que críe dinamita
la garita
del cuartel!

—

ANTOÑUELO. *Por la izquierda, tambien de licenciado y con galones de cabo.*

¡Pararse, muchachos,
bebamos dos copas
a la salusita
de las güenas mosas!
¡Ventero, ventero!

Sale éste a la puerta del ventorrillo, vase al oír la siguiente frase, y a poco vuelve a salir con vasos de vino, que beben los Licenciados mientras canta Antoñuelo.

¡Yo pago una ronda!

CORO. Pues viva tu rumbo,
y siga la broma,
y ten la guitarra,
y témplala y toca.
Y a ver si te oímos
cantar unas coplas
«a la salusita
de las güenas mosas».

ANTOÑUELO. Pos venga ar momento,
y ayá van dos coplas
a la salusita
de las güenas mosas.

Coge una guitarra y se dispone a cantar.

—

Anda ya y repica a gloria
campanita de la torre,
que voy a ver a mi novia.

—

CORO. Repica a gloria,
campanerito
de la parroquia,

—

ANTOÑUELO. Es mi reina mi morena,
y de servir al rey dejo
para servir a mi reina.

CORO. Yo también tengo
mi reinecita
dentro del pecho.

Vase el Ventero.

—

Valen rubias un tesoro
y morenas valen más.
¡Tienen gracia por arrobas!
¡Por quintales tienen sal!

CORO. ¡Vivan rubias y morenas,
ANTOÑUELO. la alegría del lugar,
y vamos en busca de ellas,
compañeros, hacia allá!

Todos, menos Antoñuelo, se encaminan a la derecha y se alejan cantando.

CORO. Yo voy loco de contento,
yo reviento
de placer,
porque el día que esperaba
y anhelaba
logro ver...

Cesa la música.

ANTOÑUELO. Vayan ustés con Dios. Hasta la vista. Voy a vé lo que debo.

Al ir a entrar en el ventorrillo sale Sotillo de él, y ambos se detienen.

ESCENA II

ANTOÑUELO y SOTILLO

SOTILLO. *Distraído.*

Pues muerte aquí te dare,
porque no sepas que sé
que sabes flaquezas mías...

¡Antoñuelo!

ANTOÑUELO. ¡Sotiyo! ¿tú? ¿Te has güerto loco?

SOTILLO. ¿Cómo te va?

ANTOÑUELO. Me va bien. ¿Y tú, cómo lo pasas?

SOTILLO. Que sea enhorabuena, señor licenciado.

ANTOÑUELO. ¿Qué hases por estos arrabales?

SOTILLO. Te lo diré, porque es difícil que lo aciertes. Desde que traspasé mi barbería de Zaragoza ando metido a empresario teatral de tres por un cuarto, y voy de continuo de aquí para allá, recorriendo todos estos pueblos aragoneses.

ANTOÑUELO. ¿Hablas en serio, Sotiyo?

SOTILLO. Como lo oyes. Mi familia forma casi toda la compañía: mi suegro, mi suegra, mi mujer—que es la primera actriz—, mis cuñados, mis chiquillos... Se reparte una obra: pues mi suegro hace el barba, mi suegra hace *la barba*...

ANTOÑUELO. ¿Y tú, no hases na?

SOTILLO. Yo hago de todo. Soy empresario, representante de la empresa, director artístico,

autor, actor, pintor, apuntador, segundo apunte, tramoyista, jefe de la *claque* y director de orquesta.

ANTOÑUELO. ¡Sopla!... Y dime, güena piesa, ¿tienes muchos chiquiyos ya?

SOTILLO. No; hasta ahora no tengo más que ocho. Menedemo, que es el primero de la dinastía; Eutiquiano, Amandino, Filadelfo, Nemorato, Vitálico y Magnisio, que son gemelos, y Onesífero, que es el chiquitín...

ANTOÑUELO. (¡Camará, qué nombres! ¿En donde le habrán bautisao los niños a éste?) Y ¿son tos varones?

SOTILLO. Todos. Niña sólo tuve una: Tirifila.

ANTOÑUELO. ¿Tiri... qué?

SOTILLO. Tirifila. Se murió a poco de bautizada.

ANTOÑUELO. (¡No podía menos!)

SOTILLO. Pero es particular que siendo todos varones salgan más bien a su madre que a mí. El corte de cara, la subida de ojos, el modo de rascarse... Todo, todo es de ella. Mío tienen muy poco.

ANTOÑUELO. ¡Mira que er modo de rascarse!... Veo que er cambio de ofisio no te ha variao el humó. No hay quien te dé una pena.

SOTILLO. Ni falta, querido Antoñuelo. ¿Y a ti, quién te la da, con el canuto de licenciado en el bolsillo y camino ya de tu tierra?

ANTOÑUELO. Pos, sin embargo, estoy más quemao que las ánimas.

SOTILLO. Tú dirás por qué.

ANTOÑUELO. Y de este pueblo no me voy como no me vaya bien acompañao.

SOTILLO. ¡Hola, hola!

ANTOÑUELO. ¿Te acuerdas de aqueya Maruja, más bonita que una onsa de oro, con quien en Saragosa entré en relasiones?

SOTILLO. Sí; que por cierto tenía un tío muy bruto... criado de un marqués o de un duque...

ANTOÑUELO. Cabá. Ese duque o ese marqués le dió a ese tío la plasa de jardinero y guarda de aqueya finca que ves ayí... *Señalando hacia la derecha.* Y ayí vive con mi morena desde hase dos meses.

SOTILLO.

Allí está... dadme el laúd...
En trova triste y llorosa,
en endecha lastimosa...

ANTOÑUELO. ¿Sí, eh? Pa versitos está este cura. ¿Tú no sabes que er viejo se ha empeñao en casarla con un hijo suyo que vive ahora en América, y que a mí no me pué vé ni pintao?

SOTILLO. No, no sabía nada.

ANTOÑUELO. Pos ya lo sabes. Y aquí me tienes que no sé cómo componérmelas pa hablá de *ocurtis* con la muchacha y cantarle aqueyo de:

Vente conmigo y haremos
una chosita en er campo
y en eya nos meteremos.

SOTILLO. ¡Bah! Por poco te apuras. Yo te prometo resolverte el conflicto.

TELESFORO. *Dentro, gritando.* ¡Ay, ay, ay!...

SOTILLO. ¿Qué es eso?

ANTOÑUELO. ¿Quién aúya?

TELESFORO. ¡Ay, ay!...

SOTILLO. Si es allí, que le están dando una paliza a uno...

ANTOÑUELO. Es verdá... Vamos a defenderlo.

Vanse corriendo por la derecha, y vuelven a salir poco después con Telesforo, que viene molido a palos, con el traje manchado de merengue y un cucurucho apabullado en la mano.

ESCENA III

DICHOS Y TELESFORO

TELESFORO. *Llevándose la mano a distintas partes del cuerpo y dando alaridos.* ¡Ah!... ¡oh!... ¡uh!...

ANTOÑUELO. ¡Hombre, vaya por Dios!

TELESFORO. Señores, tantas gracias... Yo siento en el alma... ¡ah!... siento en el alma... ¡ah!...

SOTILLO. ¿Qué en el alma? ¡en el cuerpo es donde lo siente usted!...

ANTOÑUELO. Pero ¿habráse visto mayó cobardía?... ¡Tres hombres contra uno!

TELESFORO. ¿Tres?

ANTOÑUELO. ¡Tres!

TELESFORO. No; es que yo creía que eran más. Si me lo dice usted antes, me los como. A mí me parecieron diez o doce... ¡Ah!... Y a todo esto sin expresarles mi gratitud... Permítame usted que le abrace, señor licenciado. *Va a abrazarlo, y estorbándoselo el cucurucho, se lo da a Sotillo.* Hágame usted el favor... *Abraza a Antoñuelo y coge nuevamente el cucurucho, que le entrega al propio Antoñuelo cuando trata de abrazar a Sotillo y que vuelve a coger después.* Gracias... A usted también debo... Hágame usted el favor... Gracias...

SOTILLO. (¡Qué *combinaciones!)*

ANTOÑUELO. Y ahora esplíquenos usté, si gusta, lo que le ha susedío.

TELESFORO. ¡Claro que sí! ¿Cómo negar a mis salvadores?... ¡Ah!... *Bajando la voz.* Oigan ustedes. En este pueblo son muy brutos... Ustedes serán forasteros, ¿eh?

SOTILLO. Sí, señor.

TELESFORO. Pues son muy brutos.

ANTOÑUELO. ¿Cómo?

TELESFORO. Digo los del pueblo. Y el más bruto de todos vive allí. *Señalando hacia la derecha.*

ANTOÑUELO. ¿Ayí? A vé, a vé...

TELESFORO. Y, cosas de este mundo, tiene una sobrina... que ¡hasta allí!

ANTOÑUELO. ¿Hasta dónde, compadre? (¡Se trata de Marujal)

SOTILLO. *Haciendo señas a Antoñuelo.* Déjalo que siga

TELESFORO. Es una criatura ideal. Junto a ella el dulce de huevo palidece. Les advierto a ustedes que yo soy confitero.

ANTOÑUELO. Ya, ya lo hemos conosío...

TELESFORO. A verla iba con este cucuruchito de merengues... Porque es mi sistema de conquistar, ¿sabe usted? Se me muestra una esquiva: pues una docenita de merengues; continúa desdeñosa: dos docenitas de merengues; prosigue el desvío: tres docenitas de merengues... Y así...

ANTOÑUELO. ¿Hasta que le da un cólico?

TELESFORO. ¡Oh! Tengo yo mucho partido, no crea usted.

SOTILLO. ¡Lo que debe usted de tener son muchos merengues!

ANTOÑUELO. (¡Este es tonto!)

TELESFORO. A lo que iba. Llego hace poco allá seguro de que el señor Juan, el tío, estaba de caza; me cuelo en el jardín, sale Marujita, le ofrezco el cucurucho, y cuando me decía que no lo aceptaba — porque, eso sí, disimula pérfidamente la pasión que le inspiro...

ANTOÑUELO. ¿La disimula, eh?

TELESFORO. Plaf, plaf, plaf, se oye el pisar de la jaca del otro cafre. Y allí fué Troya. Que dónde te metes, que dónde me meto... que me va a reventar... hasta que se me ocurrió esconderme dentro de una pila que hay en una rinconada del jardín, y que no sé por qué está seca hace días... Entra bramando el señor Juan, olfatea, huele los

merengues... se huele que yo los he llevado... y yo me huelo lo que iba a caer sobre mí... Efectivamente: se va como un hipnotizado a la pila, me saca de ella por el cogote a tiempo que llegan los ganapanes que ustedes han visto, y va y les dice: «¡Eh! ¡a perra chica pago el palo!»... Caen sobre mí como la langosta... y a buen seguro que se han ganado cien realitos uno con otro.

SOTILLO. Cierto que ha sido un pie de paliza...

ANTOÑUELO. ¡Una mano e palos!...

TELESFORO. ¿Qué mano ni qué pie? ¡Ha sido una paliza de cuerpo entero!

SOTILLO. ¡Bah! En esas palizas está la salsa de las aventuras.

TELESFORO. Pues las prefiero en seco. Que le den a usted salsa a diario...

SOTILLO. A mí, no; que se la den a usted, que va por las tajadas...

TELESFORO. Lo que más me duele de todo, salvo la salsa, es que se me haya estropeado con los merengues este traje de lana dulce...

ANTOÑUELO. To será que sea un poco más durse la lana...

TELESFORO. Por cierto, señores, que quiero demostrarles a ustedes mi agradecimiento convidándolos a tomar unos vasos de vino.

SOTILLO. *Frotándose las manos.* No esperaba yo menos de usted.

TELESFORO. Y que para luego es tarde. ¡Ventreo! ¡ventero!

Va a la puerta del ventorrillo, sale el Ventero y hablan bajo los dos. Mientras tanto, Sotillo y Antoñuelo sostienen aparte el diálogo que sigue:

ANTOÑUELO. Ahora más que nunca nesesito hablá con Maruja.

SOTILLO. Confía en mí. Se me ha ocurrido un plan soberbio. Yo mismo voy a convencer a ese señor Juan de que te debe casar con ella.

ANTOÑUELO. Será difísi.

SOTILLO. Ya lo verás.

Vase el Ventero.

TELESFORO. Ahora nos servirán ese vinillo.

SOTILLO. Muchas gracias... (Hubiera preferido un arroz con pollo.) De manera que tenemos en usted al primer conquistador de la comarca.

TELESFORO. Algo, algo... En fin, como prueba, voy a contarle a usted...

ESCENA IV

DICHOS y el VENTERO

VENTERO. *Saliendo con una bandeja llena de vasos de vino.* Aquí está la gracia de Dios.

TELESFORO. Bebamos, pues.

Cada uno coge un vaso y beben, volviendo a dejarlos en la bandeja.

VENTERO. Ni en palacio lo prueban como éste.

ANTOÑUELO. Sí que es superió.

SOTILLO. Riquísimo.

VENTERO. Pues de salud sirva, señores.

TELESFORO. Oigan ustedes. *Le da a cada uno otro vaso de vino y él coge otro para sí.* Es tanta y tan grande la impresión que yo causo en el sexo débil, que en punto a hacer conquistas no hay quien me ponga el pie delante. Hace dos o tres días que han llegado a este pueblo unos cómicos de la legua...

SOTILLO. ¿Sí? ¿Y qué?

TELESFORO. *Bajando la voz y con misterio.* ¡Que ya me entiendo con la primera actriz!

SOTILLO. ¡Caracoles!

Se bebe de un trago el vino y pone el vaso en la bandeja.

ANTOÑUELO. ¡Caracoles! *Hace lo mismo.*

TELESFORO. ¿Qué ocurre?

SOTILLO. ¡Que yo soy su marido!

TELESFORO. ¡Caracoles!

Bebe y hace lo que los otros. Luego trata de huír: Sotillo lo persigue, Antoñuelo persigue a Sotillo y los tres dan vueltas en torno del Ventero, que no sabe qué hacer.

SOTILLO. ¡Y que le voy a romper a usted un alón!

TELESFORO. ¡Caracoles! *¡Salsa, salsa* tenemos!

ANTOÑUELO. Vaya, no perderse ninguno.

TELESFORO. Comprenda usted que yo... (¡Esta es la mía!) *Vase corriendo por la derecha.*

SOTILLO. ¿Y se me va sin un mal garrotazo?... Aguarda un momento... *Corre tras Telesforo.*

ANTOÑUELO. ¡Espera!... ¡Y dise que tiene un plan marnífico!... No se me escape... *Corre tras Sotillo.*

VENTERO. ¡Eh! ¡eh! ¡recontra! Pero ¿quien paga el gasto? ¡Eh, eh, eh! *Corre tras Antoñuelo.*

FIN DEL CUADRO PRIMERO

CUADRO SEGUNDO

Jardín de la casa en que vive el señor Juan, situada en las inmediaciones del pueblo. Tapia al foro cubierta de hiedra, con verja de entrada en el centro, que tiene campanilla y cadena para llamar. A la izquierda del actor, la fachada anterior de la casa: puerta grande, y dos ventanas altas sin reja. Junto a la primera de éstas, una escalerilla de mano. A cada lado de la puerta y a conveniente altura, un farol. Delante de la tapia, macetas con flores. Varias sillas toscas. Es de noche. Los faroles de la casa están encendidos.

ESCENA V

MARUJA

Música

Yo no sé qué te pasa,
corazón mío,
que el llanto y la tristeza
das al olvido,
y jugueteas
como si no supieses
lo que son penas,

y alegre saltas
como cuando tu dueño
conmigo hablaba...

—

Yo no sé si presientes,
cuando así juegas,
que el fin de tus pesares
debe estar cerca,
y satisfecho
quieres prestarme un poco
de tu contento,
para que goce
mientras no viene el dueño
de mis amores...

—

Corazón mío,
la ausencia es aire
que apaga el fuego chico
y aviva el grande.

Cesa la música.

ESCENA VI

MARUJA, SEÑÓ JUAN y PERICO

SEÑÓ JUAN. *Dentro.* ¡Maruja, Maruja!

MARUJA. ¡Estoy aquí, tío! ¡en el jardín!

SEÑÓ JUAN. *Saliendo de la casa.* Pues te andaba yo buscando por allá dentro.

PERICO. *Por la derecha.* Señó Juan, ¿hay que

hacer alguna cosa de urgencia? Porque si no, me largo ahora mismo.

SEÑÓ JUAN. ¿Has llenao ya la pila como te encargué?

MARUJA. Apuesto a que está todavía sin gota de agua.

PERICO. ¡Toma, sin gota de agua está desde hace días!... Pero es porque tengo que llenála... Si no tuviera que llenála... ya estaría llena... y estando llena... ¡claro que no tendría yo que llenála! ¿Tú me entiendes?

MARUJA. El que no te entiendes eres tú. Saca agua más que aprisa y pon la pila hasta los bordes, que hay que regar las flores al instante.

SEÑÓ JUAN. Y que evitar que vuelva a meterse en ella el confitero.

PERICO. *Riéndose.* ¡Ju, ju!... ¡La gracia que me hizo a mí que se encontrase usté al confitero dentro de la pila!...

MARUJA. Pues no sabes tú la gracia que le hizo al confitero.

SEÑÓ JUAN. Bueno, déjate de historias. Anda a tu obligación.

PERICO. ¡Toitico hay que hacerlo aprisa en esta casa! *Vase muy despacio por la derecha.*

ESCENA VII

MARUJA, SEÑÓ JUAN y SOTILLO

MARUJA. Ese demonio de Perico no se encuentra bien más que durmiendo.

SOTILLO. *Aparece en la verja del foro disfrazado de peregrino y llama.* A la paz de Dios.

SEÑÓ JUAN. ¿Eh?

MARUJA. ¿Qué?

SEÑÓ JUAN. ¿Quién es?... Abre, chica.

Maruja lo hace y entra Sotillo, dejando la verja entornada.

SOTILLO. ¿Puedo pasar, hermanos?

SEÑÓ JUAN. Adelante.

SOTILLO. (Yo pensé que no me dejarían pasar con esta facha.) Perdonen, ¡oh hermanos míos! si con mi inopinada presencia vengo a turbar el sosiego de esta santa casa.

SEÑÓ JUAN. Aquí estamos tos pa servirle, señor peregrino.

MARUJA. Siéntese.

SOTILLO. (¡Vaya si es linda la criatura!)

SEÑÓ JUAN. Tome una silla.

SOTILLO. Gracias. *A Maruja.* (Yo no soy yo: ¡yo soy un enviado de Antoñuelo!)

MARUJA. (¡Virgen del Pilar!)

SOTILLO. *Sentándose.* Ya requiere mi cuerpo algún descanso.

SEÑÓ JUAN. Y ¿para dónde bueno camina su mercé?

SOTILLO. Para... para el Polo Norte.

MARUJA. (¿Quién será este peine?) Y ¿a qué va al Polo Norte, hermano?

SOTILLO. Probablemente á helarme.

SEÑÓ JUAN. Eso del Polo cae un poco más arriba de Alcubierre, ¿no es verdá?

SOTILLO. Por ahí, por ahí...

MARUJA. *Quitándole el bordón, que dejará a un lado.* Pero deme acá su mercé la *pica,* no le incomode.

SOTILLO. Entre las blancas nieves de aquellos apartados lugares hay un santuario escondido, al que he hecho voto de visitar. Hace quince días que salí de mi pobre ermita, situada en la más alta cumbre de Despeñaperros, donde paso la miserable vida enteramente consagrado al Altísimo.

MARUJA. ¡Toma! ¡Y tan altísimo!

SEÑÓ JUAN. ¡Cómo que eso es vivir hecho una cigüeña!

SOTILLO. Hecho una cigüeña: cabalmente. Y dígame, hermano: ¿tendrá usted en su casa un jergón disponible, donde pueda descansar este mísero cuerpo hasta que alumbre el día?

SEÑÓ JUAN. ¡Miá jergón! ¡Cinco camas tengo yo pa su mercé!

SOTILLO. Gracias. No duermo más que en una.

MARUJA. Pero se le pueden poner los colchones de todas, y así no pierde su mercé la costumbre de estar en alto.

SOTILLO. ¡Je, je! Tiene buen humor la mocita. ¿Es hija de usted?

SEÑÓ JUAN. ¡Al contrario!

SOTILLO. ¿Usted es hijo suyo?

SEÑÓ JUAN. No, señor; tío.

SOTILLO. ¡Pues no veo la *contrariedad* por ninguna parte!

MARUJA. Una cosita se le está ocurriendo a la sobrina.

SOTILLO. Algo bueno será, como si lo viera.

MARUJA. El señor peregrino, antes de retirarse a dormir, digo yo que querrá comer alguna friolerilla...

SOTILLO. *Suspirando con íntimo gozo.* (Me ha conocido en la cara que tengo hambre.) Mi voto es tan estrecho que sólo me permite catar ciertos y determinados manjares... ¿estamos?

MARUJA. Yo pensaba servirle unas cuantas lonjitas de carne...

SOTILLO. Distingo. ¿Es carne de membrillo la que me ofrece?

MARUJA. ¡Quiá de membrillo! ¡Mechada!

SOTILLO. Perfectamente. Porque santo y bueno es evitar las tentaciones de la carne, pero de la carne mechada, de ninguna manera.

MARUJA. (Yo voy a soltar la risa.) Luego, un poquito de jamón no vendrá mal...

SOTILLO. ¿Jamón? Distingo. ¿Es jamón de la tierra?

SEÑÓ JUAN. ¡Acá no lo gastamos del cielo!

SOTILLO. Es que si fuese inglés, ni olerlo podría.

SEÑÓ JUAN. ¿Por qué no?

SOTILLO. Porque lo natural es que fuera un jamón protestante.

MARUJA. ¿Protestante?

SOTILLO. Al menos no sería muy católico.

MARUJA. ¿De suerte que, siendo del país, tampoco le están vedados los jamones?...

SOTILLO. Tampoco. Las jamonas ya son harina de otro costal.

MARUJA. Le pondré también unos entremesicos... y de postre un poco de dulce de huevo.

SOTILLO. Distingo. Los huevos serán de gallina, ¿verdad, joven?

SEÑÓ JUAN. *Algo amostazado.* ¡Otra! Pues ¿de qué los come su mercé allá en sus alturas? ¿De cigüeña, quizás?

SOTILLO. No, señor; de gallina, de gallina. Eso iba a decir: que si son de gallina puedo aceptar el dulce sin reparo alguno.

SEÑÓ JUAN. ¡Ah, ya! Y de bebidas, ¿qué prefiere, vino o agua?

SOTILLO. Distingo: las dos cosas.

SEÑÓ JUAN. Bueno, muchacha, prepara la mesa en un vuelo y pon en ella de to lo que hay. ¡Pa algo tiene señó Juan su despensa tapizá con chorizos y con jamones!

SOTILLO. ¡Esos son tapices!

SEÑÓ JUAN. Llama a Perico pa que te ayude.

MARUJA. Voy ahora mismo. *Llamando.* ¡Perico!

ESCENA VIII

DICHOS Y PERICO

PERICO. *Por la derecha.* Ea, ya está la pila rebosando agua... Mu fresquita que sale.

MARUJA. Ven conmigo.

PERICO. ¿Ande vamos a ir? *Reparando en Sotillo y gritando.* ¡Buenas noches!

SOTILLO. *Sorprendido.* ¡Muy buenas!

PERICO. (¿A que viene este espantapájaros a darme que hacer?)

MARUJA. Vamos al comedor.

Entra en la casa seguida de Perico.

SOTILLO. Vaya usted con Dios, princesa.

SEÑÓ JUAN. (¡Rediez! ¡qué peregrinico más espabilao!) *Siéntase.*

ESCENA IX

SOTILLO Y SEÑÓ JUAN

SOTILLO. Es un pedazo de gelatina esa chicuela. Y, a propósito: ¿no piensa el hermano en casarla?

SEÑÓ JUAN. ¿No hi de pensar? ¡Si esa sería mi

mayor gloria! Casarla bien, y verme el día de mañana con cuatro o cinco retoñicos a la vera.

SOTILLO. ¡Ah! los pequeñines son un encanto, pero dan muchísima guerra generalmente.

SEÑÓ JUAN. ¡Qué guerra han de dar!

SOTILLO. ¡Dígamelo usted a mí que tengo ocho!

SEÑÓ JUAN. ¡Ave María Purísima!

SOTILLO. Que tengo ocho... no me ha dejado usted concluir... que tengo ocho... hermanos... con ocho hijos cada uno... Total: ocho por ocho, sesenta y cuatro sobrinitos. Conque ya ve usted si...

SEÑÓ JUAN. Muchos me paicen.

SOTILLO. Bien; siguiendo con la muchacha: ¿tiene novio?

SEÑÓ JUAN. Hasta cierto punto; pero como si no... (Si éste me ayudase a convencerla...) Miste: a ella le tiran los pantalones coloraos; la gente de tropa.

SOTILLO. ¿Sí, eh?

SEÑÓ JUAN. El primer novio que le salió fué un cabo que era muy borrachín y to el dinero se lo gastaba en juergas.

SOTILLO. Sería un cabo de gastadores.

SEÑÓ JUAN. Justamente. Y ahora está encaprichá con un sirvergüenza...

SOTILLO. ¿Cabo también?

SEÑÓ JUAN. También.

SOTILLO. Bueno, ¿y usted qué hace?

SEÑÓ JUAN. ¡Atar cabos! ¿qué quiere su mercé que yo haga? Pero llevo muy a mal el noviajo ése. Porque si a ella se le ha puesto entre ceja y ceja casarse con el melitar, a mí se me ha puesto casarla con un hijo mío que está en el otro mundo. Y a cabeza dura no hay quien me gane.

SOTILLO. Mal hecho. Las naturales inclinaciones no deben torcerse. *El señó Juan trata constantemente de interrumpir a Sotillo, y éste no lo deja.* ¿Le gusten los pantalones colorados? ¡pues pantalones colorados!... ¡Respetemos ante todo los caprichos del amor terreno!... ¡No hay mejor partido que un cabo que lleve con gracia el uniforme, aunque no tenga vergüenza ninguna!... ¡Que eso está por ver!... ¿Se quieren? ¡pues que se casen!... ¡Yo procuraré que se casen!... ¡Y se casarán!... *Echando bendiciones.* ¡Ya están casados!

SEÑÓ JUAN. (¡Pues me ha salío el tiro por la culata!... Hablemos de otra cosa.) Bien está, señor peregrino; pero ¿no le parece a su mercé que tarda mucho Maruja?

SOTILLO. Sí, sí me parece que tarda demasiado.

SEÑÓ JUAN. Con su permiso, voy a ver... Vuelvo al instante. *Al entrar en la casa exclama:* (¡Se conoce que salió de la ermita con toa la cuerda!)

ESCENA X

SOTILLO y ANTOÑUELO

SOTILLO. *Levantándose.* Pues, señor, esto marcha como una seda. Ahora me pongo yo de acuerdo con Maruja, y cuando el viejo esté en siete sueños y venga el otro... *Aparece Antoñuelo en la verja mirando receloso hacia dentro.* Pero ¡calle! ¡si el otro ya está aquí!

Música

Por la Virgen, querido Antoñuelo,
no te atisbe y descubra un soplón...

Con el temor de ser sorprendido va y viene de la puerta de la casa a la verja, donde permanece Antoñuelo.

ANTOÑUELO. La impasiensia, Sotiyo, me mata,
por sabé si soy ya vensedó.

SOTILLO. Viento en popa camina el asunto,
y no puedo decirte ahora más,
a no ser que tu linda Maruja
me parece una chica ideal.

—

ANTOÑUELO. Sotiyo del arma,
si venses ar fin,
te juro por eya
que me hases feliz.

SOTILLO. Y yo te aseguro,
simpar Antoñuelo,

que me han ofrecido
manjares selectos,
y que estoy febril...
pues ya el olorcillo
me da en la nariz.
Vete, por tu vida;
mira que si no
pierdes tú la novia
y la cena yo.

—

ANTOÑUELO. Bien está qué te atraques de todo;
pero güeno, Sotiyo, es también
que en er vino te pongas a raya,
no descubras, borracho, er pasté.

SOTILLO. Ya sé yo lo que tengo que hacerme,
y descuida, Antoñuelo, por mí,
que el desquite, si bebo por uno,
yo lo busco engullendo por mil.

—

ANTOÑUELO. Pos mucha prudensia
y mucho való,
y pesquis y labia
y mala intensión.

SOTILLO. Adiós, y procura
después, cuando vengas,
tener ese pesquis
y aun esa prudencia
que exiges de mí,
o pésimamente
saldremos de aquí.

Vete más que aprisa.

ANTOÑUELO. Quédate con Dios.

Vase corriendo.

SOTILLO. Que me encuentre el tío
como en oración.

Siéntase en actitud de recogimiento. Cesa la música.

ESCENA XI

SOTILLO y SEÑÓ JUAN

SEÑÓ JUAN. *Saliendo de la casa.* ¡Oiga! ¿Se ha dormido el hermano?

SOTILLO. No, señor; oraba en silencio.

SEÑÓ JUAN. Pues la mesa ya está dispuesta, conque cuando guste su mercé...

SOTILLO. (¡Si yo pudiera llevarme en esta manga algo para mis chiquitines!...)

SEÑÓ JUAN. Qué, ¿no se anima?

SOTILLO. *Levantándose.* Trabajillo me cuesta; no crea usted... Me asaltan tales temores de quebrantar el voto...

SEÑÓ JUAN. ¡Otra que Dios! Déjese de melindres. Hay que tener la manga un poco más ancha.

SOTILLO. ¿Más ancha? *Aludiendo a la suya.* No es preciso: me basta con ésta.

SEÑÓ JUAN. ¡Je, je! ¡Qué cosicas *se trae* el hermano!

SOTILLO. (¡Pues si tú supieras las *cosicas* que se piensa llevar!...)

ESCENA XII

TELESFORO y PERICO

TELESFORO. *Por el foro, con una carta y un cucurucho de merengues mayor que el que saca en el primer cuadro. Llamando en voz baja.* ¡Perico!... ¡Perico!... Quiera Dios que no esté en la calle. Entremos, ¡qué diablo! Veo que el amor me protege... Sin duda a Marujita le dió el corazón que yo vendría y dejó entornada la verja... *Avanza con mucha cautela hacia el proscenio.* Sin embargo, hoy ha sido mal día para mí... Primero, el señó Juan me encontró en esa endemoniada pila, y por encargo suyo me molieron a palos. En vano traté de disculparme... Él no tiene más argumentos que sus puños, y como son mucho más débiles mis argumentos... con dos o tres *razones* en las narices me convenció en seguida. Luego, el cómico me dió una carrera en pelo, que me río yo... Digo, no, no me río... ¡qué he de reírme! Gracias a que de su furia me libré por pies... Pero, vamos al grano. En esta carta le propongo a Maruja que se fugue conmigo esta misma noche. Y se fugará... La señal de que accede será que ponga luz en esas ventanas. Si viniera Perico... *Se acerca receloso a la puerta de la casa y vuelve a llamar en voz baja.* ¡Perico!... ¡Perico!... ¡Periquete!... ¡Sal en un periquete! ¡Hombre, aquí sale! Me he salvado.

PERICO. *Saliendo de la casa.* ¿Quién anda aquí?

TELESFORO. ¡Chssss!... calla.

PERICO. ¡Otra! ¡El confitero!

TELESFORO. ¡Chssss!... no seas bruto. Oye, ¿se han recogido ya?

PERICO. Van a recogerse.

TELESFORO. Está bien: toma una peseta. (Es un perro chico, pero de noche todos los gatos son pardos. Y los perros también.)

PERICO. Gracias.

TELESFORO. Y toma además esta carta y este cucurucho y lleváselos a Maruja a su alcoba.

PERICO. Y si ella se ha acostao ya ¿se los doy a su tío?

TELESFORO. No seas bárbaro, hombre.

PERICO. ¡Ju, ju!...

TELESFORO. Y cuidadito con lo que se habla. Ten paciencia, que el resultado de todo esto pronto lo sabrás.

PERICO. Sí; será que te den otra paliza.

TELESFORO. ¿Paliza a mí? Tú verás cómo no vuelven a decir en el pueblo que soy hombre de pocas agallas... ¡Brrrrrr!... ¿No te parece a ti que por mis venas corre sangre de tigre?

SEÑÓ JUAN. *Dentro, gritando.* ¡Maruja, Maruja!

TELESFORO. ¡Horror! ¡El señor Juan se acerca!

PERICO. ¡Ju, ju!

TELESFORO. ¡Huyamos!

SEÑÓ JUAN. *Como antes.* ¡Maruja!

TELESFORO. ¡Dios de Israel! ¡que viene! *Tropezando en la tapia.* ¡Ay! ¡Me he desbaratado la nariz! *Vase corriendo por la verja.*

ESCENA XIII

PERICO

¡Ju, ju!... Me gusta el tigre... Vamos a ir apagando los faroles... *Mientras lo hace, con ayuda de la escalerilla, habla lo que sigue.* Y éste es el quinto encargo que me da... Y lo pienso cumplir como los otros... Los merengues había de tirálos el señó Juan, y la carta se la había de guardar Maruja sin leéla... Pues me guardo la carta yo... y convido con los merengues a mi Pilarica... Y en pago de la peseta, le evito a ese tigre que lo pongan verde otra vez. ¡Ajajá! *En la segunda ventana aparece luz.* Ya está el peregrino en su cuarto... ¡Y qué manera de comer chuletas, porra! Lo que es ése, si le cosieran la boca y le pusieran delante un solomillo, se golvía loco... En fin, Perico, déjate de mormuraciones y anda a ver a la novia, que esa es tu cuenta... ¡Cómo nos vamos a poner el cuerpo de merengues! *Vase por la verja y la cierra desde fuera con llave.*

Apágase la luz de la ventana.

ESCENA XIV

SOTILLO y ANTOÑUELO; luego, MARUJA

SOTILLO. *Asomándose a la segunda ventana.* Ya creo que puedo bajar sin temor alguno. Aquí hay una escalerilla que me viene como pedrada en ojo de boticario... Haremos antes la señal convenida. *Silba.* Y ahora, abajo.

Empieza a bajar por la escalera.

ANTOÑUELO. *Apareciendo en lo alto de la tapia.* La artura der terreno por esta parte me ha fasilitao la subía... *En voz baja.* ¿Sotiyo?

SOTILLO. *Lo mismo.*

¿Quién mis voces ha escuchado?
¿Es Clotaldo?...

ANTOÑUELO. No, soy yo: Antoñuelo.

SOTILLO. Ya lo sé. *Acabando de bajar.* Admirable.

ANTOÑUELO. Abajo. *Descuélgase por la tapia al jardín.* Vamos a vé, Sotiyo de mi arma, entérame de to.

SOTILLO. *Mirando al cielo.*

¡Hermosa noche, ay de mí!
Cuántas como ésta tan puras...

ANTOÑUELO. Hombre, déjate de versos ahora... que estoy rabiando de curiosidá... ¿Has visto tú na en er mundo como mi Maruja?

SOTILLO.

Era hermosa, era discreta,
que aunque enemigas las dos...

ANTOÑUELO. ¿Quiés cayarte, asaúra?

SOTILLO.

En ella hicieron las paces
hermosura y discreción.

ANTOÑUELO. Pero ¿me vas a aguá la noche?

SOTILLO. ¡Ah! te advierto que a tu suegro le he dado un recorrido como para él solo. ¡Está que echa chispas!

ANTOÑUELO. Y una de las que echa la has pescao tú.

SOTILLO. Sí; te confieso que estoy algo achispado; no lo quiero negar...

ANTOÑUELO. Sería inúti.

MARUJA. *Saliendo de la casa y hablando en voz baja también.* Señor Sotillo...

ANTOÑUELO. *Corriendo hacia ella con alegría y abrazándola.* ¡Marujita de mi arma!

MARUJA. ¡Antoñuelo!

ANTOÑUELO. ¡Bendita seas tú, y tu madre, y tu agüela!...

MARUJA. ¡Las ganas que yo tenía de verte, chiquio!

SOTILLO. Ya, ya se conoce...

ANTOÑUELO. Pos ¿y yo a ti, morena?

SOTILLO.

Se abrazan *como de día*
con esta luna tan clara...

Y yo no soy mármol de Carrara precisamente.

MARUJA. Por Dios, señor peregrino, póngase a vigilar ahí en la puerta...

SOTILLO.

En defensa de una dama,
cualquiera que tenga honor...

ANTOÑUELO. Vaya, ¡estamos frescos! Digo, tú ¿qué has de está?

SOTILLO. ¡Es que tu futura lo merece todo! ¡Me ha preparado unas chuletas excelentes!... Así, no exagero: parecían bandurrias.

ANTOÑUELO. Güeno: haz er favó de tené cuidao... por tu salú.

SOTILLO.

Bien; me retiro a la puerta:
si veis mi conducta incierta,
como os acomode obrad.

Vase.

ESCENA XV

MARUJA, ANTOÑUELO y CORO DE ALDEANOS con guitarras. Óyese tocar la rondalla, que se va acercando.

ANTOÑUELO. ¡Qué mona ha tomao ése! ¿A vé?... Oye, Marujita, ¿qué música es esa que suena?

MARUJA. Es la rondalla. Casi todas las noches vienen los mozos del pueblo a darme música...

ANTOÑUELO. ¿Sí, eh?

MARUJA. Y a mi tío se lo lleva el diablo.

ANTOÑUELO. No caerá esa breva, presiosa.

Hablan bajo con mucho entusiasmo. Aparece en el foro la rondalla.

Música

CORO. Templemos las guitarras
mejor de lo que están,
que aquí vive la moza
más guapa del lugar.

ANTOÑUELO. Pos esa mosa güena
la quiero yo pa mí.

MARUJA. Y jura tu morena
que sólo es para ti.

—

ANTOÑUELO. Yo no sé qué tienen
tus ojiyos negros,
que no estoy a gusto
cuando no los veo;
y cuando me miran
como saben eyos...
¡me yevan en globo
de la tierra ar sielo!

MARUJA. Y cuando lo miran
como saben ellos,
dice que lo llevan
de la tierra al cielo.

—

CORO. Toquemos bajito
con mucho compás,
y al punto la jota
vamos a cantar.

—

ANTOÑUELO. Porque sus miradas
yegan aquí dentro,
y un mar de cosquiyas
corre por mi cuerpo,
y er corasonsito
baila hasta er jaleo.

MARUJA. Antonio del alma,
¡ay cuánto te quiero!

—

CORO. Dicen las aragonesas
que tienen la voluntad
bravía como la jota
y firme como el Pilar.

—

MARUJA. Cuando estás ausente,
cuando no te veo,
a la vera tuya
corre el pensamiento,
porque a mis penitas
sirve de consuelo
el estar contigo
aunque estés muy lejos.

—

ANTOÑUELO. Porque a sus penitas
sirve de consuelo
el está conmigo
aunque esté muy lejos.

—

CORO. Suenen las guitarras,
suenen más y más,

y otra nueva copla
vamos a cantar.

—

MARUJA. Como la noche y el día
son la ausencia y el amor;
que por la noche se vive
con la esperanza del sol.

—

ANTOÑUELO. Ya que el sol alumbra
todo nuestro sielo,
ya que con mis brasos
siño yo tu cuerpo,

ANTOÑUELO. / MARUJA.
ya que tú me quieres,
ya que yo te quiero,
ya que estamos juntos
no nos separemos.

—

TODOS. Tiene la jota una gracia
como ninguna canción:
que sirve para la guerra
y sirve para el amor.

—

ANTOÑUELO. ¡Maruja de mi vida
vámonos los dos!

ANTOÑUELO. / MARUJA.
¡Tú reinas y dispones
en mi corazón!

Cesa la música.

ESCENA XVI

DICHOS y SOTILLO

SOTILLO. *Saliendo despavorido de la casa.* ¡Alto el fuego!

ANTOÑUELO. ¿Qué pasa?

SOTILLO.

... Ya has podido
conocer por el silbido
que viene aqui la serpiente.

MARUJA. ¿Qué silbido?

ANTOÑUELO. ¿Qué serpiente, hombre?

SOTILLO. ¡Tu suegro, que viene a más andar! ¡Súbete por esa escalera a mi cuarto!

ANTOÑUELO. ¡Güena la hemos hecho!

MARUJA. ¡Haz lo que te dice Sotillo!

ANTOÑUELO. Pero ¿y tú?

MARUJA. Déjame a mí... Sube...

Antoñuelo obedece.

ANTOÑUELO. ¡Por vía e los moros!

MARUJA. ¡Ay, qué compromiso si te viera!...

SOTILLO. ¡A escape, que voy yo detrás! ¡Salta por la ventana! *Antoñuelo lo hace. Sotillo sube aprisa la escalera.*

¡De mis pasos en la tierra,
responda el cielo, no yo!

MARUJA. *Yéndose por la derecha.* Yo por aquí me escondo.

ESCENA XVII

SOTILLO y SEÑÓ JUAN; después, MARUJA

SEÑÓ JUAN. *Saliendo de la casa con una luz.* ¿Quién anda aquí?

SOTILLO. *Que está en los últimos peldaños de la escalera.* (¡Me partió!)

SEÑÓ JUAN. *Reparando en él.* ¿Qué veo? ¿Quién es?

SOTILLO. Yo... yo... Soy yo...

SEÑÓ JUAN. ¿El señor peregrino?

SOTILLO. Sí... a mí me parece que soy yo...

SEÑÓ JUAN. Pero ¿cómo está usté...?

SOTILLO. Bien ¿y usted?

SEÑÓ JUAN. Vamos, no comprendo... ¿Quiere decirme su mercé lo que hace ahí encaramao?

SOTILLO. La... la digestión. Aquí se digiere admirablemente.

SEÑÓ JUAN. ¡Cosa más rara!

SOTILLO. Si he de hablarle a usted con sinceridad, le diré que estoy orando.

SEÑÓ JUAN. ¿Orando?

SOTILLO. Es costumbre que tengo allá en la ermita. Me gusta orar en los puntos más eminentes, con el fin de acercarme al cielo lo más posible... Ocasiones hay en que cojo el cielo con las manos.

SEÑÓ JUAN. Lo creo. Pues a mí me sacó de tino la rondalla, y venía a decirles cuatro frescas

bien dichas a esos mozos. Fortuna suya ha sido que ya se han marchao.

SOTILLO. No les haga usted caso. Acuéstese, señor Juan, y descanse.

SEÑÓ JUAN. Gracias, hermano. Buenas noches. *Se retira y vuelve a salir al oír la frase de Sotillo.*

SOTILLO. ¡Maldita sea tu estampa!

SEÑÓ JUAN. ¿Eh? ¿Decía usted algo?

SOTILLO. *Haciendo que reza.* ¡Maldita sea tu estampa, oh repugnante Satanás! ¡Mil y mil veces maldita sea tu estampa! Padre nuestro, que estás en los cielos...

SEÑÓ JUAN. (¡Ah, que está rezando!) *Vase.*

SOTILLO. ¡Ay! respiro.

Salta por la ventana, se retira y la cierra.

MARUJA. *Saliendo por la derecha y entrando sigilosamente en la casa.* Quiera Dios que a mi tío no le haya dao la tentación de entrar en mi cuarto. Escamaíco me parece que va...

ESCENA XVIII

TELESFORO

Pausa. En la primera ventana aparece luz. Por detrás de la tapia se ve elevarse un cucurucho mayor que los anteriores, y al punto a Telesforo, que lo trae, y que montado en ella se detiene un

momento. ¿No lo dije yo?... Allí está la luz deseada... Su vista me da ánimos para acometer la aventura. Quisiera yo haber visto a don Juan Tenorio en un pasito como éste, y con un Comendador tan bruto como el mío... Bajemos. *Va poco a poco descolgándose, hasta que salta al jardín.* Se me van a estrujar los merengues... Ea, ya estamos aquí... ¡Qué oscuro está esto!... Hasta la luna se oculta para llevarme la contraria... *Tropieza en una silla.* ¿Eh?... Ah, vamos, es una silla... Dejaremos aquí los merengues... *Lo hace.* Y sacaremos esto otro... *Saca un revólver.* ¡Nada!... el niño no es templado. Al que se meta conmigo lo dejo seco. Y eso que no me gusta jugar con estas armas... *Volviendo la cara con horror.* Es muy particular que siempre que entro aquí me empiezan a temblar las pantorrillas... *De pronto se vuelve, se para en actitud cómica mirando el cucurucho, y se encamina con precaución a él apuntándole con el revolver.* ¿Eh?... *Respirando al cabo con desahogo.* ¡Ah! ¡es el cucurucho de los merengues! *Secándose el sudor de la frente.* Me había parecido el señor Juan. Cierto que tenía que estar sentado y en mangas de camisa... Pero vaya usted a reflexionar. En fin, no perdamos instante. Me estará esperando intranquila. Subamos, pues. *Coloca convenientemente la escalera y empieza a subir, con el revólver empuñado y temblando de miedo.* ¿Eh?... *Volviendo la cara de repente.* ¿Quién anda ahí?... Alguno se va a encontrar un tirito... *Sigue subien-*

do y al llegar a conveniente altura se detiene. Me guardaré el revólver a fin de no asustarla. Aunque no hay temor: está descargado... y además lo he puesto en el seguro... Para estar bien seguro... *Se lo guarda y llama a la ventana con los nudillos.* Se me antoja que la oigo respirar... Sí... sí... y se acerca... ¡Ay! ¡Tengo en el corazón el horno de los rosquetes!... Ya está aquí... Voy a darle un abrazo... *Abre los brazos, se asoma el señó Juan de improviso a la ventana, y lo abraza Telesforo, sin tiempo para reconocerlo.* ¡Amor mío!

ESCENA XIX

TELESFORO y SEÑÓ JUAN

SEÑÓ JUAN. ¿Eh? ¿Quién? ¡Ah, ladrón!

TELESFORO. *Apartándose horrorizado.* ¡Caracoles!

SEÑÓ JUAN. ¡Hazte cuenta de que ha llegao tu última hora! *Vase.*

TELESFORO. *Bajándose convulso y azorado de la escalera.* ¡Ay, ay!... Ya, ya me la he hecho. ¡Más *salsa!* ¡más *salsa!*... ¡Huyamos!... *Corre a la verja, y al ir a saltar retrocede más asustado aún.* ¡Cristo! ¡Dos prójimos de los que me zurraron la badana! ¡Yo no salto, no salto!

SEÑÓ JUAN. *Dentro.* ¡No te me escaparás!

TELESFORO. ¡Que viene!... San José bendito,

¿dónde me meto?... ¡Ah, qué rayo de luz! El señor Juan creerá que yo me he ido a la calle... ¡Pues a la pila, a la pila, que está seca! *Desaparece por la derecha corriendo, y un momento después se oye el ruido que produce al caer en el agua, de que se supone llena la pila.* ¡Ay, ay!... ¡favor! ¡que me ahogo! ¡Ay, ay!...

SEÑÓ JUAN. *Saliendo con una luz.* ¿Quién grita?

TELESFORO. ¡Ay, ay! ¡Socorro! ¡que me muero! ¡Ay!

SEÑÓ JUAN. *Mirando hacia la derecha, por donde se va.* ¡Si es él, que se ha bañao!

ESCENA XX

DICHOS, PERICO y CORO DE ALDEANOS Y ALDEANAS

PERICO. *Por la verja, que abre con llave, seguido de los mozos y mozas del pueblo.* ¿Qué diablos pasa aquí? En la plaza se oyen los gritos.

SEÑÓ JUAN. *Saliendo por la derecha con Telesforo, que viene chorreando agua y todo tembloroso.* ¿No te dije que había llegao tu última hora?

TELESFORO. *Estornudando.* ¡Ah... chís! ¡Ah... chís! ¡Ah... chís!...

Perico coge la luz que tiene el señó Juan.

Música

CORO. ¿Qué es lo que pasa?
¿Qué pasará?

El confitero
mojado está.

TELESFORO. *Seco* de un tiro
me dejarán.

SEÑÓ JUAN. Lo he sorprendido
como a un ladrón.

CORO. ¡Jesús, qué espanto!

TELESFORO. ¡Jesús, qué horror!

CORO. Pero sepamos
qué quiso hacer...
¡La mosca muerta! ¡vamos!...
¡fíese usté!

TELESFORO. Yo, si me dejan,
lo contaré.

—

CORO. Cuéntelo pronto,
cuéntelo usté,
que algo muy grave
sin duda es.
Diga en seguida
qué quiso hacer...
¡La mosca muerta! ¡vamos!...
¡fíese usté!

TELESFORO. Yo, si me dejan,
lo contaré.

—

SEÑÓ JUAN. Por la escalera
logró subir,
y en la ventana
lo sorprendí;

y cuando vine
luego tras él,...
¡hecho una sopa,
me lo encontré!

—

CORO. Por la escalera
subió hasta arriba,
y en la ventana
le echó la vista;
y cuando luego
fué y lo cogió,
¡hecho una sopa
se lo encontró!

—

TODOS. ¿Quién lo pensara
de este infeliz?
Por Marujita
debió venir.
Es un Tenorio
como no hay dos,
y todo lo hace
por el amor.

PERICO. *Después de buscarse en los bolsillos la carta que le entregó Telesforo.*

Para Maruja
me dió un papel.
Aquí lo tengo;
tómelo usté.

Le da la carta al señó Juan.

CORO. Será curioso.
¿Qué le dirá?
TELESFORO. (No tiene entrañas
ese animal.)
SEÑÓ JUAN. Si es lo que pienso,
lo he de matar.
TELESFORO. Mi última hora
llegó por fin.
¡En qué conflicto
me encuentro aquí!
SEÑÓ JUAN. Alumbra, chico,
que no se ve.
Perico le obedece.
Y haya silencio,
¡voto va a diez!
si lo que dice
queréis saber.
Cesa la música.

SEÑÓ JUAN. *Leyendo.* «Bomboncito de licor, yema de coco, merengue de fresa...»

PERICO. Pero ¿eso es un anuncio de la confitería?

Risas en el Coro.

SEÑÓ JUAN. ¡Callarse, porra! *Sigue leyendo.* «Esta noche iré por ti para que nos fuguemos...» ¿Eh?... ¡Lo ahorco! *Abalanzándose a Telesforo, que huye.*

TELESFORO. ¡Por Dios, señor Juan, aguarde usted a que me seque!

El Coro vuelve a reír. En lo sucesivo comenta lo que oye.

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS y MARUJA; luego, ANTOÑUELO; después, SOTILLO

MARUJA. *Saliendo de la casa.* Pero ¿se puede saber qué ocurre?

SEÑÓ JUAN. ¡Ah, tú! ¡Ven acá! ¿Conque te me ibas a escapar con el confitero?

MARUJA. ¿Yo? ¡No tengo tan mal gusto!

TELESFORO. (¡Pues el desprecio a mi físico era lo único que me faltaba!)

MARUJA. Ya sabe usté que yo no quiero más que a un hombre...

SEÑÓ JUAN. ¡Maruja!

MARUJA. Y que ese hombre será mío.

ANTOÑUELO. *Saliendo de la casa.* Y aquí estoy yo pa cortá por lo sano, señó Juan.

SEÑÓ JUAN. ¿Cómo? ¡Antoñuelo!

PERICO. ¡Un sordao!

SEÑÓ JUAN. ¿Qué burla es ésta?

TELESFORO. (Menos mal si me dejan tranquilo.) *Recoge el cucurucho de los merengues y empieza a comérselos.*

ANTOÑUELO. Burla, ninguna. Que la muchacha está por mí, que yo estoy por la muchacha y que si usté tiene la cabesa muy dura es nesesario que se dé un ungüento pa que se le ablande. *Habla con Maruja.*

SEÑÓ JUAN. (Cuando dice una moza tijeretas han de ser... ¡Por vía e los demonios!)

SOTILLO. *Saliendo.* Pero ¿qué significa tal escándalo, hermanos míos? No me dejan dormir...

SEÑÓ JUAN. Dispense el señor peregrino, pero lo que aquí ocurre no es pa menos. ¡A punto he estao yo de matar a un hombre!

SOTILLO. ¡Eso, nunca! Humildad... Perdón, perdón para todos...

TELESFORO. Eso es lo que yo digo. Perdón general, como en las comedias.

SOTILLO. ¡Oiga! ¡El confitero! ¡Ah, canalla!

TELESFORO. *Tirando el cucurucho horrorizado.* ¡El cómico! *Huye perseguido por Sotillo por entre el Coro.*

SOTILLO. ¡Lo mato!

MARUJA. ¡Otra! ¿Qué es esto?

SEÑÓ JUAN. ¿Qué sucede?

SOTILLO. ¡Que lo mato!

TELESFORO. ¡Si lo que antes le conté era mentira!

Unos sujetan a Telesforo y otros a Sotillo.

SEÑÓ JUAN. Pero, hermano, ¿y esa humildad?

SOTILLO. ¡Qué humildad ni qué remolacha! ¿Usted sabe lo que me ha dicho de mi mujer?

SEÑÓ JUAN. ¿De su mujer?

ANTOÑUELO. ¡Apaga y vámonos!

SOTILLO. ¡Como que ni yo soy tal peregrino, ni Cristo que lo fundó!

SEÑÓ JUAN. ¿Otro engaño?

SOTILLO. No soy sino un amigo de Antoñuelo, que se prestó a servirle en este caso para que pudiese hablar con Maruja.

MARUJA. Y usté, que es tan generoso, lo perdonará. Y a mí también.

ANTOÑUELO. Y a mí.

TELESFORO. Y a mí. *A Sotillo.* Y usted a mí, por no ser menos.

SOTILLO. Con tal que el señor Juan nos perdone a todos...

SEÑÓ JUAN. Pues por mí, que no quede.

TELESFORO. Tiene el corazón más blando que el tocino del cielo.

SEÑÓ JUAN. Por eso no me vale tener la cabeza dura como un guijarro.

Música

TODOS. De nada sirven
tantos perdones
si el suyo niegan
estos señores.

Al público:

Y les pedimos
con humildad
que imiten todos
al señó Juan.

FIN

Madrid, junio, 1894.

LAS CASAS DE CARTÓN

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO

Estrenado en el Teatro de Lara el 14 de abril de 1899.

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
DOÑA MILAGROS.....	Sra.	Valverde.
ROSA.....	Srta.	Lasheras.
NATI.....	—	García Senra.
PURI.....	—	Feros.
DON MATÍAS.....	Sr.	Balaguer.
QUIROGA.....	—	Larra.
JACOBO.....	—	Ramírez.
MACHUCA.....	—	Valle.

LAS CASAS DE CARTÓN

Gabinete de confianza en casa de don Matías, en Madrid. Puerta en el foro y dos a la izquierda del actor, con cortinas. A la derecha, ninguna. A un lado de la puerta del foro una consola y al otro un costurero. Entre las dos de la izquierda una máquina de coser. Hacia la derecha una mesa camilla. Colocados convenientemente un reloj de pared, un almanaque, un sofá de rejilla y varias sillas de clases diversas. En la camilla una bandeja con botella y copa de agua, un libro y un periódico. Es de noche. Por la derecha de la puerta del foro se supone que se va a la calle, y por la izquierda al interior de la casa.

ESCENA PRIMERA

ROSA y DON MATÍAS

Rosa sentada a la izquierda, bordando.

DON MATÍAS. Lo que es este entrar y salir constante del médico estoy decidido a que concluya. ¿Qué tiempo hace que llegó Jacobo a Madrid?

ROSA. Anteayer hizo un mes.

DON MATÍAS. Pues hasta la fecha salimos a visita diaria. Dime tú si hay bolsillo que resista...

ROSA. Y ¿qué remedio? ¿Vas a decirle que se vaya?

DON MATÍAS. Eso es salir por los cerros de Ubeda. ¿Cómo voy, después de haberle brindado hospedaje...? Porque tú lo viste: apenas supe por el ordinario de Cañaverales que el hijo de Gregorio venía a estudiar a Madrid, me faltó tiempo para ofrecerle incondicionalmente mi casa. Y Gregorio aceptó sin reparo. Hizo lo que debía: es un camarada de la niñez; nos hemos visto nacer el uno al otro; me debe la vida, por más señas... Ya sabes cómo fué...

ROSA. Sí, papá, sí.

DON MATÍAS. Él estaba ya sobre el abismo· llegué yo, lo vi, dí un grito de espanto...

ROSA. Si lo sé de memoria.

DON MATÍAS. Bueno, pues... ¿por dónde iba yo?... ¿Qué estaba yo diciendo? ¡Ah! sí; que no hay que pensar en indicarle a Jacobillo que nos deje. Lo que hay que evitar es que sus aprensiones tomen vuelo. Y el mejor camino es no mandar por el médico a cada paso.

ROSA. Dices muy bien; porque si esas aprensiones tuviesen fundamento...

DON MATÍAS. ¡Toma! Si yo lo viese con un calenturón y que se lo ·llevaba Pateta, junta de doctores habría en mi casa. Así me debería la vida dos veces.

ROSA. ¿También te debe la vida Jacobo?

DON MATÍAS. Es natural. ¿No ves tú que se la

salvé al padre antes que él naciera? Y de aquí en adelante me la deberán todos los Iparraguirres que vengan al mundo. Pero no me distraigas. Iba a decirte que se me ha ocurrido darle gato por liebre a Jacobo.

ROSA. Cállate, papá, que va a oírte. *Se levanta y deja el bastidor sobre el costurero.*

DON MATÍAS. ¡Si creo que está estudiando en su alcoba!

ROSA. Pero se pueden enterar las vecinas.

DON MATÍAS. ¿Qué vecinas?

ROSA. Las nueve niñas de doña Milagros, que no quitan la oreja del tabique.

DON MATÍAS. ¿De qué tabique?

ROSA. *Señalando al de la derecha.* De éste y del otro del comedor. Hoy me lo ha dicho la cocinera. Como son tantas, siempre hay alguna de ellas escuchando.

DON MATÍAS. ¡Hombre, vaya una gracia! ¡Es claro! ¡Así se presentan a lo mejor metiéndose en cosas que ni en sueños les hemos dicho! ¡Si supiera yo dónde pone la oreja la mamá, ya le daria curiosidad con un martillo y un buen clavo! *Vase por la primera puerta de la izquierda.*

ESCENA II

ROSA y JACOBO. Luego, MACHUCA dentro

ROSA. Ya se enfadó papá. Por supuesto, que tiene razón... porque ¡mire usted que poner escuchas como si esto fuera un campo de batalla!...

JACOBO. *Por la segunda puerta de la izquierda, mirándose la lengua en un espejito de bolsillo.* ¡Demonio, no me gusta nada la lengua!

ROSA. Pues cualquiera creería que le gusta a usted mucho, porque no hace más que mirársela a todas horas...

JACOBO. ¡Ah! ¿me observaba usted?... Pero ¡qué burlona es usted, Rosita!

ROSA. Pero ¡qué aprensivo es usted, Jacobo!

JACOBO. No lo crea usted. Estoy deshecho. Ayer salí de la Puerta del Sol al mismo tiempo que el tranvía del barrio de Salamanca, con la idea de llegar antes al cocherón...

ROSA. Y ¿no llegó usted antes?...

JACOBO. Sí llegué, ¡pero con un palmo de lengua fuera!

ROSA. ¡Lo creo! ¡Jesús qué hombre más gracioso!

JACOBO. ¿Gracioso yo?

ROSA. Sí, señor, graciosísimo.

JACOBO. Vaya, convénzase usted de lo contrario. *Le da un abanico que saca del bolsillo interior de la americana.*

ROSA. ¡Ah! ¡Los versos pedidos! Deme usted acá... *Lee para sí, haciendo demostraciones de entusiasmo y satisfacción.* ¡Ay! ¡Preciosos, preciosos! No esperaba yo menos de usted... Muchísimas gracias.

JACOBO. Quite usted, por Dios...

ROSA. Ahora mismo se los voy a enseñar a papá. Porque son lindísimos, ¡pero lindísimos!... Y sobre todo *muy sentidos*... ¡pero *muy sentidos!*... Vuelvo, vuelvo al instante. *Vase por la primera puerta de la izquierda.*

JACOBO. ¡Caramba con la niña! Nada, que me tengo que ir a Cañaverales. Si no, entre ésta y las de ahí junto me van a volver loco. Por de pronto adonde me voy es a la calle... *Asomándose a la puerta del foro y llamando.* ¡Machuca! ¡Machuca!

MACHUCA. *Dentro.* ¡Señorito!

JACOBO. ¡Tráete mi capa, mi sombrero y el paquete que está en la mesa!

MACHUCA. *Dentro.* ¡Va!

JACOBO. ¡Diablo! no se me quita este perro gusto de la boca... *Vuelve a sacar el espejito y a mirarse la lengua.* Mal, muy mal... Y ¡qué paliducho me estoy quedando!...

ESCENA III

JACOBO y MACHUCA

MACHUCA. *Por el foro, con el sombrero y la capa de Jacobo, y un rollo de papeles de música en la mano.* Sí, sí, mírese usté la lengua... Aquí está esto.

JACOBO. Dame. *Coloca el rollo de papeles de música en la camilla.*

MACHUCA. *Poniendole la capa.* Ya se lo he dicho a usté, señorito: usté no se pone bueno del todo mientras no tomemos el tren para Cañaverales.

JACOBO. ¡Chits!... baja la voz... *Uno y otro continúan hablando en voz baja.* De memoria lo sé, Machuca. ¿Para qué me mandaría mi padre a Madrid?

MACHUCA. ¡Toma! Con el pretexto de los estudios, pero en realidad para quitarle a usté de la cabeza el noviazgo con la señorita Gloria.

JACOBO. Como si ella y yo tuviésemos la culpa de que su familia y la mía no se puedan ver ni pintadas.

MACHUCA. Injusticias, señorito, injusticias. Y lo peor de todo, es que don Matías no lo deja a usté irse... por lo que usté sabe...

JACOBO. Pues está fresco. Cada día me es más indiferente la hija; ya ves tú.

MACHUCA. Mire usté, a mí se me ocurre una

cosa como remedio: ¿por qué no le hace usté el amor a una de las niñas de aquí junto?

JACOBO. ¿Qué estás diciendo, hombre? ¡De ésas sí que estoy hasta la coronilla!

MACHUCA. Sí, pero es que en cuanto don Matías sepa que tiene usté aquí una novia que no es su hija, ¡él mismo lo empaqueta a usté para el pueblo!

JACOBO. ¡Pues tienes razón!... No había yo caído...

MACHUCA. Es claro que usté enamorará de mentirijillas...

JACOBO. ¡Y aun no enamoraré! La cuestión es hacérselo creer a don Matías.

MACHUCA. ¡Justamente!

JACOBO. ¡Ay, secretario de mi alma, qué talento te ha dado Dios!

MACHUCA. Oiga usté: don Matías creo que está ahí en su escritorio: vamos a empezar a hablar del caso en voz alta...

JACOBO. ¡Vamos! ¡Vamos! *Loco de alegría.* Verás tú: ¡pasado mañana amanecemos en Cañaverales!... *Deja la capa y el sombrero sobre una silla.*

MACHUCA. *Alzando la voz y procurando dirigirla hacia la izquierda.* ¿Conque esas tenemos, señorito? ¿Conque está usté enamorado de la señorita Nati?

JACOBO. *En voz baja.* Hombre, ya me has colgado a Nati, que es la más cursi. *En voz alta.* Sí, querido Machuca, sí. ¿A qué negarlo? ¡Estoy ena-

morado de Nati como un burro! ¡No pienso más que en Nati! ¡Vivo para Nati!

MACHUCA. *En voz baja.* Duro, duro en Nati. *Acércase poco a poco con sigilo a la primera puerta de la izquierda.*

JACOBO. ¿Tú te has fijado bien en los ojos de Nati? ¿Y en la boca de Nati? ¿Y en la gracia de Nati?

MACHUCA. *Después de asomarse a la puerta.* Baje usté la voz.

JACOBO. ¿A mí qué me importa que se enteren?

MACHUCA. No, si lo malo es que no se enteran, porque no hay nadie ahí en el escritorio.

JACOBO. ¿No, eh? ¡Qué lástima! Pero, en fin, adelante con los faroles.

MACHUCA. ¡Ya lo creo! Yo le contaré la cosa a la cocinera, y ella se encargará de correr la voz.

JACOBO. ¡Dios mío de mi alma! ¡Te levanto una estatua en el pueblo, si aunque sea dentro de ocho días hablo por la ventana con mi novia!

MACHUCA. Me parece que han llamado; voy a ver quién es. *Encamínase al foro.*

JACOBO. Déjate tú de eso: tú eres criado mío. Que abra la cocinera si quiere.

MACHUCA. No; si es que también me voy yo para abajo. *Se va por el foro.*

ESCENA IV

JACOBO, ROSA, NATI y PURI; después, DOÑA MILAGROS dentro

ROSA. *Por la segunda puerta de la izquierda.* A papá le han gustado extraordinariamente. ¡Una locura!

JACOBO. ¿Sí, eh?

ROSA. ¡Muchísimo! No podía menos. Y en seguida ha empezado con unas bromas y unas tonterías...

JACOBO. ¿Sí?

NATI. *Por el foro, con Puri.* Que sea enhorabuena, hija de mi alma.

PURI. Que sea enhorabuena.

ROSA. ¡Hola! No esperaba esta visita tan agradable...

JACOBO. Y ¿a qué santo es la felicitación, puede saberse?

NATI. Quiere usted que le regalemos el oído, ¿verdad? A ver ese abanico, Rosa.

PURI. A ver esos versos.

ROSA. ¡Ah! ¿Son los versos el motivo de...? Pero ¿por dónde saben ustedes?...

NATI. Hija, estas casas de Madrid son de cartón. Aunque una no quiera, se entera de cuanto ocurre en la del vecino.

JACOBO. Tiene usted razón; lo he observado.

PURI. Mire usted; ahora mismo se estaban dando otra paliza los del entresuelo.

NATI. No, no es otra; es la misma que empezó esta mañana.

ROSA. Yo oigo todas las noches cuando se quita las botas el gordo de ahí arriba.

JACOBO. ¿El del segundo, eh? ¡Y cuidado que estornuda ese hombre!

PURI. Debe de padecer catarro crónico.

ROSA. Para mí que comercia en rapé.

NATI. Bueno, bueno, a ver el abanico.

ROSA. Tómalo.

Se lo entrega a Nati, que lo lee para sí al mismo tiempo que Puri.

NATI. *Devolviendole el abanico a Rosa.* ¡Ay, qué cosa tan linda!

PURI. ¡Ay, qué versos tan bien puestos!

NATI. *A Jacobo.* Un favorcito tengo que pedirle a usted.

JACOBO. Concedido.

NATI. ¡Ya lo sabía yo! Quiero unos versos en mi abanico, como los de Rosa.

PURI. Y yo otros.

NATI. Y Agri querrá otros en cuanto los lea.

PURI. Y quien dice Agri, dice Trini.

NATI. Pues ¿y Loli?

PURI. ¡Digo! Y Primi.

NATI. Y Emi.

PURI. Y Feli.

NATI. Y Pauli.

JACOBO. (¡Cielos! ¡Qué nube!)

NATI. Este invierno nos tiene usted que dar una velada.

ROSA. Este invierno nos vamos a divertir en grande.

NATI. Nos iremos a casa, que hay piano.

JACOBO. Hombre, éste precisamente es un regalillo... *Desenvolviendo el rollo que dejó sobre la camilla.* No sé si lo conocerán ustedes...

ROSA. ¿Un regalillo?

NATI. (Será para mí.)

PURI. A ver...

JACOBO. «El Beso.» Es un vals-polka delicioso.

ROSA. *Cogiendolo.* ¡Digo si lo conocemos! Muchísimas gracias... ¿Para qué se ha molestado usted?

JACOBO. (¡Oigal)

NATI. *Quitándoselo rápidamente a Rosa.* Yo se lo agradezco a usted infinito... ¡Es tan expresivo este vals!

ROSA. (¡Qué osadía!)

JACOBO. (¡Me gusta!)

PURI. *Quitándoselo a Nati.* Un millón de gracias... Ya ve usted... hace un siglo que yo no toco...

ROSA. (¿Habrá descaro?)

JACOBO. (¡Señor, si era para mi Gloria! ¡Si se lo iba a llevar al ordinario ahora mismo!)

ROSA. *Volviendo a cogerlo.* Dame acá, Puri.

(¡Bueno estaría que se lo apropiasen las muy desvergonzadas!) *Lo pone sobre el costurero.*

NATI. *A Puri.* (¿No te parece que el obsequio ha sido a m

PURI. *A Nati.* (No, mujer, a mí: yo toco más que tú.)

ROSA. No ha podido usted elegir cosa más de mi gusto que «El Beso».

NATI. ¡Ah! «El Beso» tiene unos motivos encantadores.

ROSA. «El Beso» es lo más dulce que puede darse.

JACOBO. Yo celebro de veras haber acertado tan de lleno... (Tendré que comprar otro.) Y si ustedes no disponen lo contrario... me voy a la calle. *Poniendose la capa y el sombrero.* ¿Qué tal la noche?

NATI. Fresca, fresca: abríguese usted. *Embozándolo.* No dirá usted que no se le cuida...

Se oyen golpecitos en el tabique de la derecha.

PURI. Nati, mamá nos llama.

JACOBO. ¿Por dónde?

NATI. Por aquí, por este tabique... ¿Ve usted? Lo que decíamos...

ROSA. Ese tabique es el diablo.

NATI. *Con intención.* No lo sabes tú bien. *Acercándose al tabique de la derecha y hablando en voz alta.* ¿Mamá?

DOÑA MILAGROS. *Dentro.* Sí, yo, yo. La sopa está en la mesa.

NATI. Ya vamos.

DOÑA MILAGROS. No tardéis mucho, que es de arroz y papá se enfada si se le ponen los granos largos.

NATI. Bueno. Ande usted, Jacobo, vámonos juntos. Así nos deja usted en el mismo portón...

JACOBO. Tendré mucho gusto en dejarlas a ustedes...

NATI. ¡Ay, qué amable!

JACOBO. Pasen ustedes.

NATI. Hasta luego, Rosita.

PURI. Adiós, hermosa.

ROSA. Adiós.

Se marchan los tres por el foro.

ESCENA V

ROSA y DON MATÍAS

ROSA. ¡El diablo se las lleve! ¡Cuidado si son entrometidas y fastidiosas! Y sin comerlo ni beberlo querían quedarse con el regalo de Jacobo.

DON MATÍAS. *Por la primera puerta de la izquierda.* En el comedor se oye todo, hija: como si no hubiera tal tabique.

ROSA. ¿Has estado escuchando?

DON MATÍAS. Más de cinco minutos. Allí está don Estanislao charlando de toros con su futuro yerno. No entiende una palabra. ¡Mira que decir que el *Habichuela* no se tira bien!

ROSA. ¡Papá, por Dios! ¿Quién piensa ahora?...:

DON MATÍAS. También han hablado algo de Jacobillo.

ROSA. ¿Sí?... Voy a oír, voy a oír lo que dicen. *Vase por la primera puerta de la izquierda.*

DON MATÍAS. ¡Estamos aviados! Y éste de aquí, ¿será tan *acústico* como el otro? A ver si me entero... *Se acerca al tabique de la derecha y aplica el oído.*

ESCENA VI

DON MATÍAS y QUIROGA

QUIROGA. *Por el foro.* ¡Matías!

DON MATÍAS. *En voz baja.* Matías han dicho. Lo he percibido claramente. *Se pega más al tabique.*

QUIROGA. ¿Qué diablos hará?

DON MATÍAS. *Como antes.* Qué diablos hará. Como un eco.

QUIROGA. ¡Tiene gracia!

DON MATÍAS. Tiene gracia. Se oye lo mismo que si hablaran en esta habitación.

QUIROGA. Pero ¿te has vuelto loco, Matías?

DON MATÍAS. *Volviéndose hacia Quiroga con sorpresa, y muy enojado después.* ¿Qué? ¡Ah! ¿Eres tú?... ¿Eras tú quien hablaba?

QUIROGA. Yo mismo.

DON MATÍAS. ¡Mira qué chispa tienes, hombre! ¡Mirá qué oportuno te ha hecho Dios!

QUIROGA. ¿Te incomodas?

DON MATÍAS. ¡Hago lo que me da la gana! Para eso estoy en mi casa... es decir... Sí... en mi casa... ¡en *colaboración* con doña Milagros!

QUIROGA. No entiendo ni jota.

DON MATÍAS. Ni falta que te hace. Dispensa. ¿Cómo te va desde que no nos vemos? Ya sé que has tenido de parto a tu señora. *Se sientan.* ¿Han sido dos, como de costumbre?

QUIROGA. ¡No, hijo de mi alma! ¡Han sido tres!

DON MATÍAS. Pero hombre, Santos, ¡tu señora es un tren botijo!

QUIROGA. No me he dado un tiro por falta de dinero para el revólver.

DON MATÍAS. Parece mentira que seas tú agente de matrimonios. Y, a propósito, ¿qué tal va esa agencia?

QUIROGA. De mal en peor.

DON MATÍAS. ¿A cuántos has *casado* esta semana?

QUIROGA. Vais a tener que dejar de llamarme el *cura*: ¡a uno nada más!

DON MATÍAS. ¿Nada más? Pues, hombre, yo puedo proporcionarte un negocito... A ver si casas a mi huésped.

QUIROGA. ¿A qué huésped?

DON MATÍAS. Al hijo de un íntimo amigo mío, a quien tengo en casa. Ahora te hablaré.

QUIROGA. Habla lo que gustes.

DON MATÍAS. Tú no me negarás que, a no ser por mí, que te coloqué en esa agencia de matrimonios, te hubieses tirado al estanque.

QUIROGA. Desde luego.

DON MATÍAS. No me negarás, por lo tanto, que me debes la vida.

QUIROGA. ¿Cómo he de negar una cosa tan clara?

DON MATÍAS. La vida... la vida y cuatro duros. Pero, en fin, de los cuatro duros no se hable. Sí, son cuatro: primero te dí dos... ¿recuerdas? Por más que ya digo que... Y luego otros dos... cabalmente... Aunque te repito que no hay que hablar de ello... Y no sé cuándo me los piensas pagar... Pero ya se sabe que de eso ni me acuerdo siquiera.

QUIROGA. (Del Padre Cobos.) Pues yo juraría que no te debo cuatro, sino tres y medio. Porque un medio hay.

DON MATÍAS. Podrá ser; pero no es el medio de cobrarte, seguramente.

QUIROGA. Hombre, Matías, ponte en mi situación; mi mujer es una ruina; no hay dos cristianos que se casen... y hacen bien; no gano un céntimo...

DON MATÍAS. Pero, señor, ¿no te estoy diciendo que no te preocupes? Vamos al grano. Sabrás que ese mozalbete a quien tengo en casa... es hombre de posibles.

QUIROGA. *Frotándose las manos.* No me digas más: ¿con quien lo *embarco*?

DON MATÍAS. Poco a poco... Mi intención, que

a nadie he declarado, es *embarcarlo* con mi hija Rosa. ¿Qué te parece?

QUIROGA. Que veo que barres para dentro.

DON MATÍAS. Tú me ayudarás, ¿eh?

QUIROGA. Dalos por casados. Ya sabes quién soy yo. Sobre que Rosita es una monada y ese pollo no será un pasm rote.

DON MATÍAS. ¿Qué ha de ser? Si yo presumo que ya hay algo entre ellos... Aguarda; en su cuarto ha de estar. Voy a presentártelo.

Se levantan.

QUIROGA. Sí, hombre, que venga... Verás tú que labia la mía hablando del amor conyugal.

DON MATÍAS. Ahora vuelvo. *Vase por la segunda puerta de la izquierda.*

ESCENA VII

QUIROGA y ROSA

ROSA. *Por la primera puerta de la izquierda.* ¡Ah, que está aquí el *cura!* ¡Gracias a Dios que viene usted a vernos, señor Quiroga!

QUIROGA. Hola, criatura incomparable.

ROSA. ¿Y papá?

QUIROGA. Ha ido por el huésped para presentármelo.

ROSA. ¿Por Jacobo? Si Jacobo ha salido...

QUIROGA. ¡Diantre! Pero ¿ese joven está en la calle mejor que en casa?

ROSA. Por lo visto.

QUIROGA. No, pues no eran esas mis noticias...

Se oye gritar a don Matías.

ROSA. ¿Grita papá?

ESCENA VIII

DICHOS y DON MATÍAS

DON MATÍAS. *Por la segunda puerta de la izquierda, con una carta en la mano, todo nervioso y descompuesto.* ¿En dónde se ha metido?... ¡Lo mato! ¡Lo mato!

ROSA. ¿Qué te pasa, papá?

QUIROGA. ¿Qué es eso, hombre?

DON MATÍAS. ¡Lo mato! Es un golpe muy rudo para mí. ¡Lo mato!

ROSA. ¿Quieres explicarte?

DON MATÍAS. No acierto... no acierto a decirlo... ¿Qué pensáis que es Jacobo? Imaginad lo peor: una atrocidad cada uno.

ROSA. ¡Ay, Jesús! ¿Tal vez anarquista?

QUIROGA. ¿Jugador?... ¿Borracho?...

DON MATÍAS. ¡Ca!...

ROSA. ¿Protestante?

DON MATÍAS. ¡Ca!...

QUIROGA. ¿De la ronda secreta?

DON MATÍAS. ¡Ca!...

ROSA. Pues entonces...

DON MATÍAS. ¡Ca... ca... casado!

ROSA. ¿Casado?

QUIROGA. ¿Casado?

DON MATÍAS. ¡No podía romper a decirlo! Aquí está la prueba: esta carta, sin concluir, sorprendida sobre su mesa.

ROSA. A ver... ¡Sí; su misma letra! ¡Dios mío, casado! Ya me temía yo que nos ocultaba alguna cosa. Siempre que le hablaba de novias se ponía como un tomate y variaba de conversación...

Pasean los tres agitadísimos.

DON MATÍAS. ¡Casado!

QUIROGA. ¡Casado!

ROSA. ¡Casado, papá, casado!

DON MATÍAS. ¡Casado, hija, casado!

QUIROGA. ¡Casado!

ROSA. ¡Casado!

DON MATÍAS. ¡Casado!

ESCENA IX

DICHOS, NATI, PURI y DOÑA MILAGROS

Salen una detrás de otra por el foro.

NATI. ¿De veras es casado?

PURI. ¿Es casado?

DOÑA MILAGROS. Pero ¿es posible que sea casado?

DON MATÍAS. *Furioso.* ¿Eh? ¿Qué invasión es ésta?... ¡Rayo en el tabique!

ROSA. (Va a haber que decirle a la cocinera que no les abra.)

DON MATÍAS. Y ¿cómo no viene el resto de la colección?

DOÑA MILAGROS. Porque se han quedado todas con Hipo.

QUIROGA. ¿Con hipo todas? ¡Qué angustia!

DOÑA MILAGROS. Con Hipo, con Hipólito, mi futuro yerno.

DON MATÍAS. ¡El tiempo que pierde usted por partir los nombres, doña Mila!

ROSA. Dejarse ahora de... Veamos lo que dice la carta. Anda, lee...

La colocación de los personajes es la siguiente, de derecha a izquierda: don Matías, Rosa, Quiroga, doña Milagros, Nati y Puri. La carta, según el diálogo indica, va pasando por todas las manos.

DON MATÍAS. *Leyendo.* «Mi querida esposa...»

Asombro general.

ROSA. ¿Eso dice? A ver. «¡Mi querida esposa!»

QUIROGA. «¡Mi querida esposa!»

DOÑA MILAGROS. «¡Mi querida esposa!»

NATI. «¡Mi querida esposa!»

PURI. «¡Mi querida esposa!»

DON MATÍAS. *Pasando junto a Puri.* Pero ¿a ustedes qué diablos se les da? ¡Venga la carta! *Lee.* «Mi querida esposa...» Y que es su letra... ¡cuerno, si es su letra!

PURI. *Volviendo a coger la carta.* Sí, sí, su letra!

NATI. ¡Su letra!

DOÑA MILAGROS. ¡Su letra!

QUIROGA. ¿Su letra?

ROSA. ¡Su letra!

DON MATÍAS. *Pasando junto a Rosa.* ¡Por vida del ir y venir!

DOÑA MILAGROS. *Dándole distraída un pellizco a Quiroga.* (¡Bandido!)

QUIROGA. *Gritando.* ¡Ay!

DON MATÍAS. ¿Qué pasa, hombre?

QUIROGA. ¡Que esta señora me ha dado un pellizco!

DOÑA MILAGROS. Dispense usted, Quiroga; creí que era mi esposo, ¿sabe usted?

QUIROGA. ¡Pues vaya una equivocación, señora mía!

ROSA. ¿Acabamos o no?

QUIROGA. Trae acá: verás tú cómo yo la leo. *Coge la carta y lee.* «Mi querida esposa...» Bien mirado, aún no hay fundamento para alarmarse. La carta está sin concluir y por tanto sin firma. Y a juzgar por este principio, acaso pueda ser... ¿qué diré yo?... una broma a cualquier amiguita.

NATI. Sí, quizás sea una broma.

DOÑA MILAGROS. Pues es una broma de pueblo.

ROSA. Siga usted, Quiroga.

DON MATÍAS. Sigue.

QUIROGA. *Leyendo.* «Mi querida esposa: celebro mucho que te halles cada día mejor, desde que saliste de tu cuidado.»

DON MATÍAS. ¡Qué bromista!

DOÑA MILAGROS. Cuidado, Quiroga.

QUIROGA. Cuidado he dicho.

DOÑA MILAGROS. Digo que tenga usted cuidado, porque están mis niñas delante.

DON MATÍAS. ¡Señora, que se pongan detrás!

QUIROGA. *Leyendo.* «... de tu cuidado.» Punto y aparte. «Has de saber...»

DOÑA MILAGROS. Y pone has con hache.

NATI. ¡Como si fuera el as de oros!

QUIROGA. «Has de saber para tu gobierno, Basilisa...»

ROSA. ¡Basílisa! ¡Vaya un nombre prosaico!

QUIROGA. «...que quiero que al nuevo rorro, por ser el quinto varón que me das...»

DON MATÍAS. ¡Continúan las bromitas!

DOÑA MILAGROS. ¡El quinto!

QUIROGA. ¡Mira que el quinto!

DON MATÍAS. ¿Es bromear, eh? Pues los cinco me deben la vida.

QUIROGA. ¿Los cinco?

DON MATÍAS. La vida nada más, ¿estamos?

DOÑA MILAGROS. ¡Tener cinco varones! ¡El sueño dorado de Esta!

QIROGA. ¿De quién?

DOÑA MILAGROS. De Esta.

QUIROGA. ¿De cuál?

DOÑA MILAGROS. De Esta... de Estanislao... Mi marido se llama Estanislao.

DON MATÍAS. Y ¿qué tenemos que ver?... ¡Adelante, hombre!

QUIROGA. «... le pongamos por nombre Urcifinio.»

ROSA. No siga usted; ¿a qué hemos de saber ya más?

DOÑA MILAGROS. Lo que es yo, si sigue, me retiro con las niñas.

DON MATÍAS. ¡Sigue!

DOÑA MILAGROS. *Dándole otro pellizco a Quiroga.* (¡Toma!)

QUIROGA. ¡Ay!

DON MATÍAS. ¿Otra vez?

DOÑA MILAGROS. Perdone usted, Quiroga; creí que era Esta.

QUIROGA. ¡Señora, pues es *este*, fíjese usted bien!

DON MATÍAS. Dame tú la carta y se acabó la presente historia.

QUIROGA. Ya no dice nada de particular; que Gasparín tiene escarlatina y que Trifoncito está echando las muelas... Toma. *Le da la carta.*

DON MATÍAS. (¡Esta la concluye de escribir en Cañaverales el mozo ése!)

ROSA. *A Nati y a Puri.* Lo he visto y no lo creo. Me parece imposible que sea casado un hombre que tan obsequioso se muestra conmigo.

NATI. Mira, si lo dices por lo del vals, te engañas; porque el regalo fué a mí a tiro hecho.

PURI. A mí sí que fué, que soy la que más toca.

DON MATÍAS. ¡Pero, señor, que no hemos de poder tratar aquí nada sin ustedes! ¡Es mucho sino!

NATI. *A doña Milagros.* (Vámonos, mamá, que está la atmósfera muy cargada.) *Cogiendo a Puri del brazo.* Vente, Puri, que le estorbamos a don Matías.

DON MATÍAS. No me estorban ustedes, porque yo me largo con ésta allá dentro. ¡Hasta grosero hay que volverse! Vente, Rosita.

ROSA. ¡Ay, a mí me va a dar algo! *Vase con don Matías por la primera puerta de la izquierda.*

NATI. *Yéndose con Puri por el foro.* (¡Mire usted que ser casado ese hombre después de lo que he oído yo por el tabique!)

DOÑA MILAGROS. Un momento, Quiroga. Sabrá usted que mi Trini se casa.

QUIROGA. ¿Se casa?

DOÑA MILAGROS. Sí, señor; y yo quiero que usted y su agencia corran con todo.

QUIROGA. Señora, tanto honor... Me considero resarcido con creces de las caricias a Esta.

DOÑA MILAGROS. Bueno, véase usted con Hipo.

QUIROGA. ¿Yo con hipo? ¿Con hipo yo? ¿Para qué?

DOÑA MILAGROS. Si Hipo es Hipólito, el novio de Trini.

QUIROGA. ¡Ah, ya! Me había olvidado... Perfectamente. Luego pasaré...

DOÑA MILAGROS. Pues hasta luego.

QUIROGA. A los pies de usted, señora.

DOÑA MILAGROS. *Que al irse por el foro tropieza con Machuca, que sale.* ¿Va usted ciego, hijo mío?

MACHUCA. Señora, usté dispense.

ESCENA

QUIROGA y MACHUCA

QUIROGA. (Hola: éste ha de ser Jacobo, el novio fallido.) Felices noches.

MACHUCA. Dios guarde a usté.

QUIROGA. (¡Qué mala traza tiene!) ¿Cómo va, mi querido señor? ¿Se encuentra bien en los Madriles? ¿Ha estado usted en algún teatro? ¿Ha visto alguna corrida de toros? ¿Y el Museo? ¿Y el Retiro? ¿Y la Puerta del Sol?

MACHUCA. Que se quite la Puerta del Sol donde esté la calle Real de Cañaverales.

QUIROGA. Bueno; que se quite. (Es un animal de bellotas. ¡Y que Matías quisiera casar a su hija con este ganso!) ¿Y de su Basilisa, ha sabido usted? ¿Y de Urcifinito? ¿Y de los otros cuatro? ¿Cómo está Gasparín de la escarlatina? ¿Qué tal va echando las muelas Trifoncito?

MACHUCA. ¿Eh? (Pero ¿cómo se habrá enterado este tío brujo?)

QUIROGA. Supongo que habrá ganillas de volver a verlos...

MACHUCA. Usté calcule... la tierra de uno y la gente de uno, tiran, tiran...

QUIROGA. ¿De qué tira su gente de usted?

MACHUCA. Eso usté lo sabrá, si también tiene chicos.

QUIROGA. ¿Si tengo chicos? ¡Pues apenas pica el sol! Sólo que los míos no son todos varones, como los de usted.

MACHUCA. (¡Otra! ¿También sabe eso?)

QUIROGA. Los míos van alternando varones y hembras. Un niño, una niña; un niño, una niña... Es una prole que está *en verso*.

MACHUCA. ¿Sí, eh?

QUIROGA. Catorce tengo ya. Un soneto. Y le estoy temiendo más que a un dolor al estrambote. En fin, con permiso de usted me retiro. Despídame de Matías, ¿eh? (Voy a buscar a Hipo.) Dígale que volveré en pasando un rato. Y mil gracias, ¿eh? Santos Quiroga y M. del Padul, representante de la agencia matrimonial intitulada «El Dulce Himeneo», Colmillo, 7. *Retrocediendo hacia el foro y haciendo una cortesía a cada frase.* Servidor de usted... Muy señor mío... Tanto gusto... Beso a usted la mano... Hasta otro instante... Que vaya bien... Beso a usted la... (¡Ah, que ya lo he dicho!) Adiós. *Vase por el foro.*

MACHUCA. *Yéndose también por el foro, hacia la izquierda.* ¡Recontra! ¡Él se lo dice todo! Y ¿cómo conocerá a mi gente?

ESCENA XI

DON MATÍAS y JACOBO; después, ROSA

DON MATÍAS. *Por la primera puerta de la izquierda.* ¡Pobre muchacha! ¡Qué chasco se ha llevado! Pues ¿y yo? ¡Vamos, que tener cinco hijos y consentir que le pague el médico!... ¿Dónde se habrá metido Quiroga? Se habrá ido ya cansado de esperarme.

JACOBO. *Por el foro, embozado en la capa.* Señores, hace un frío de todos los diablos.

DON MATÍAS. *Fijándose en Jacobo.* Embozado primero.

JACOBO. Aquí no lo sentirán ustedes, pero yo vengo tieso.

DON MATÍAS. ¡Generación raquítica! (Así; durito.)

JACOBO. Diga usted, don Matías: el primer síntoma de la pulmonía ¿cuál es?

DON MATÍAS. Estorbar.

JACOBO. ¿Cómo?

DON MATÍAS. ¿Crees que ya la traes entre pecho y espalda?

JACOBO. ¡No lo permita Dios!

DON MATÍAS. ¡Como tienes esas aprensiones tan necias! (Así, así.)

JACOBO. Don Matías, ¿se enfada usted?

DON MATÍAS. Pero oye, ¿va a ser cosa de andar siempre bailándote el agua?

JACOBO. (¡Qué grosero!) *Sale Rosa por la primera puerta de la izquierda y coge el bastidor.* Hola, Rosita... ¿Va usted a bordar?

ROSA. ¡Ah! que está usted aquí. No, señor, ¿no ve usted que voy a freír espárragos?

JACOBO. ¿Eh?

ROSA. ¡Qué pregunta más sosa!

DON MATÍAS. ¡Más estúpida, hubiera dicho yo! (¡Así; en crudo!)

JACOBO. Vaya, hasta luego; veo que están ustedes de mal humor... y la pagan conmigo. Me voy a mi cuarto a seguir la carta de Muchuca. *Llamando desde la puerta del foro.* ¡Machuca! *Vase por la segunda de la izquierda.*

Don Matías y Rosa, como asaltados por una misma idea, se miran con angustia.

ESCENA XII

ROSA, DON MATÍAS y MACHUCA; después, JACOBO

ROSA. ¿Has oído, papá?

DON MATÍAS. ¡He oído!

ROSA. ¡Hemos obrado de ligero!

DON MATÍAS. Me parece... *Sale Machuca por*

el foro y se encamina a la segunda puerta de la izquierda. ¡Chsss! ¡Venga usted! *Lo coge por un brazo.*

MACHUCA. ¿Qué pasa?

ROSA. *Con mucha ansiedad.* ¿Es usted casado?

DON MATÍAS. *Lo mismo.* ¿Sabe usted escribir?

ROSA. ¿Tiene usted cinco hijos?

DON MATÍAS. ¿Se llama el menor Urci... rábanos?

MACHUCA. Se llamará Urcifinio, Dios mediante.

DON MATÍAS. ¡Ciertos son los rábanos!

MACHUCA. ¿Qué rábanos?

DON MATÍAS. ¡Los toros!

MACHUCA. ¿Qué toros?

ROSA. (¡La erramos esta vez! ¡Pícara carta!)

JACOBO. *Por la segunda puerta de la izquierda.* ¿Han visto ustedes por casualidad una carta que había sobre mi mesa...?

DON MATÍAS. *Con risa forzada.* ¡Ja, ja, ja! ¿Que si hemos visto...? *A Rosa.* (Ríete, ríete.) ¿Que si hemos visto encima de tu mesa...? (¡Ríete!)

ROSA. ¡Ja, ja, ja!

DON MATÍAS. ¡Ja, ja, ja! *A Machuca, creyendo que es Rosa.* (¡Ríete, ríete!)

MACHUCA. ¿Eh?

DON MATÍAS. ¡Ja, ja, ja!

ROSA. ¡Ja, ja, ja!

JACOBO. ¿De qué se ríen ustedes?

DON MATÍAS. Pero ¡qué tontísimo te ha hecho Dios!

ROSA. ¿No ha comprendido usted que bromeamos?

DON MATÍAS. *Dándosela.* Aquí tienes la carta.

JACOBO. Y ¿para qué la cogió usted?

DON MATÍAS. ¡Toma! ¡Para que la echaras de menos y embromarte! A Rosita se le ocurrió...

JACOBO. ¿A usted, Rosita?

DON MATÍAS. ¿Cómo usted? ¿Qué es eso de usted? ¡Tú por tú! ¡Entre muchachos huelgan los cumplidos! A tu edad... a tu edad tuteaba yo a la madre de esta... Es verdad que llevábamos ya seis años de casados.

JACOBO. (¡Canario con la bromita de la carta!) Bueno, Machuca, luego terminaremos. Toma, y espérame en mi cuarto. *Le da la carta.*

Machuca se va por la segunda puerta de la izquierda.

DON MATÍAS. *A Rosa, de repente, lleno de júbilo.* (Nos ha tocado el premio gordo, hija mía.

ROSA. ¿Por qué?

DON MATÍAS. ¡Porque la gente de aquí junto cree ya que Jacobo es casado, y nos deja en paz!

ROSA. ¡Tiene usted razón!)

ESCENA XIII

DICHOS, DOÑA MILAGROS, NATI y PURI

Salen por el foro radiantes de alegría y van entregándole a Jacobo sus abanicos. Jacobo los deja sobre la camilla.

NATI. Mi abanico.

PURI. El mío.

DOÑA MILAGROS. El de Trini, el de Feli, el de Primi, el de Agri, el de Emi, el de Loli y el de Pauli.

DON MATÍAS. ¡Ira de Dios! ¡Ese tabique!... ¡Me mudo! ¡Tú, Rosita; mañana a buscar cuarto!

ROSA. (¡Nuestro gozo en un pozo!)

JACOBO. (¡Estoy divertido!)

DOÑA MILAGROS. Usted perdone, pero no era cosa de dejar a ninguna de ellas sin sus versitos. Y como da la casualidad de que son nueve...

JACOBO. Vamos, como las musas.

DOÑA MILAGROS. ¿Qué es eso de las musas?

NATI. Mamá, las musarañas.

DOÑA MILAGROS. ¡Ah! ¿las musarañas eran nueve?

DON MATÍAS. Sí: ¡por eso está usted siempre pensando en las musarañas! (Las quitaré de aquí.) Con que vámonos al comedor, que Jacobo va a estudiar ahora. *A Jacobo.* (Me las llevo para que te dejen en paz.)

ROSA. Sí, sí; vámonos. *A Jacobo.* (¿Ha visto usted qué plaga de niñas?) Vente, Puri.

DON MATÍAS. Vayan, vayan pasando.

Se van todos sucesivamente por la primera puerta de la izquierda.

PURI. *A Rosa.* Vámonos nosotras.

NATI. *A Jacobo.* (Tenemos luego que echar un parrafito.)

DON MATÍAS. Tome usted mi brazo; Nati. (A ésta hay que llevársela a remolque.)

Se va Nati con el.

DOÑA MILAGROS. *A Jacobo.* Ya me ha dicho Nati la conversación que tuvo usted antes con Machuca.

JACOBO. *Alarmado.* ¿Qué conversación?

DOÑA MILAGROS. Una... dedicada a ella. La oyó por el tabique.

JACOBO. ¿Por el tabique? ¿Qué está usted diciendo?

DOÑA MILAGROS. *Remedando a Jacobo.* «¡Yo no pienso más que en Nati!...» «¡Yo vivo para Nati!...» «¡Yo me muero por Nati!...»

JACOBO. ¡Demonio!

DOÑA MILAGROS. No te asustes, hombre. Te advierto que ni Esta ni yo nos oponemos. Puedes ir preparándolo todo.

JACOBO. (¡Qué barbaridad! ¡Y me tutea!)

DON MATÍAS. *Saliendo por donde se fue y llevándose a doña Milagros.* ¡Doña Milagros, por amor de Dios!...

DOÑA MILAGROS. Voy, voy... Hasta luego, Jaco. *Se va con don Matías.*

JACOBO. ¿Jaco, señora?... ¡Maldición! ¡Ha sido peor el remedio que la enfermedad!... Ahora si que no sé lo que va a pasarme, que me siento morir... *Dejase caer en una silla.*

ESCENA XIV

JACOBO y QUIROGA

QUIROGA. *Por el foro.* Pues señor, ese Hipo no parece por ninguna parte. *Reparando en Jacobo.* ¿Eh?

JACOBO. Cabailero...

QUIROGA. ¡Ah!... ¡Hombre, hay casualidades en el mundo!... Usted perdone, señor mío... ¿Por ventura es usted...? (¿Cómo le llamo yo?) ¿Por ventura es usted el feliz mortal que adora en una de las hijas de doña Milagros Rodríguez?

JACOBO. *Muy sorprendido.* ¿Qué? Pero ¿usted por dónde sabe?... ¿Han hecho correr ya esa especie?

QUIROGA. Luego ¿es usted, sin duda?

JACOBO. Yo...

QUIROGA. (Ya no te me escapas.)

JACOBO. (¡Esta *tribu* de aquí al lado es temible!) *Se sienta.*

QUIROGA. Pues bien, mi querido amigo... Sí, sentémonos. *Se sienta al lado de Jacobo.* Yo, para servir a usted, soy Santos Quiroga y M. del Padul, representante de la agencia matrimonial inti-

tulada «El Dulce Himeneo», Colmillo, 7, y tengo encargo especial de doña Milagros de verme con usted, para marchar de acuerdo en los pormenores, disposición y consumación del casamiento.

JACOBO. ¿Del casamiento? ¡Oiga!...

QUIROGA. Usted es el que ha de oír. La agencia, señor mío, se encarga de todo, absolutamente de todo, y principia por buscarle a usted apropiado domicilio y por amueblárselo con lujo asiático, si así lo desea, hermanando al más voluptuoso *confort*, el simbolismo adecuado a dos seres que se unen para siempre con cadena de flores.

JACOBO. (Vaya, lo mejor es no hacerle caso.) *Se levanta y pasea. Quiroga lo sigue.*

QUIROGA. Por ejemplo: la alcoba nupcial podemos ponerla de rosa; de rosa, como el porvenir de la amante pareja. El comedor de verde: esperanza: nunca faltará que comer... Y por ahí adelante.

JACOBO. (¡En mi vida me he visto en otra! ¡Hay que tomarlo a risa!)

QUIROGA. Llega por fin el suspirado día del enlace... Y aquí te quiero, agencia. Antes de la ceremonia, en la ceremonia y después de la ceremonia, tendrá usted murga a la puerta, chiquillos que griten... No debe usted escatimar: eso alegra mucho. Sin contar con que la murga la tendrá usted aunque no quiera.

JACOBO. Sobre todo si anda usted por allí. *Se sienta de nuevo.*

QUIROGA. *Sentándose tambien como antes.* Una vez casados, la agencia procura por hábiles medios evitar a los novios todo quebradero de cabeza, para que sólo piensen en la dicha presente y futura. Y ¡qué dicha, querido amigo! Descartando la miel hiblea que destila la luna de miel, que puede hacerse eterna, ¿sabe usted, por ventura, cómo se recibe al primer chico? ¿Sabe usted cómo cae el segundo chico? (¡Porque el tercero cae como una bomba!)

JACOBO. Eso, si hay chicos, digo yo.

QUIROGA. ¡Ah! ¡Los hay, los hay! Responde la agencia. ¿Y si en vez de uno, el sentimiento paternal se encuentra sorprendido con dos a un tiempo? ¡Ah, qué dicha! ¡qué encanto! ¿Y si se encuentra sorprendido con tres?

JACOBO. ¿Con tres? ¿Es posible?

QUIROGA. ¡Ya lo creo!

JACOBO. ¿Responde también la agencia?

QUIROGA. ¡Sí, señor! ¡Pues no faltaba más! Conque me parece que será muy oportuno pasar al terreno de los hechos cuanto antes.... *Saca su cartera.*

JACOBO. *Levantándose otra vez.* ¡Poco a poco! ¡Caramba! ¡Hasta aquí podíamos llegar!

QUIROGA. *Lo mismo.* Créame usted: es convenientísimo tenerlo todo hablado.

JACOBO. Pero ¿le queda a usted algo por hablar todavía?

QUIROGA. ¡Toma, toma! Si usted—es un ejemplo—se casa la semana que viene...

JACOBO. ¿Qué me he de casar yo?

QUIROGA. ¿No? Pues doña Milagros quiere que vayamos aprisa...

JACOBO. ¿Sí, eh?

DOÑA MILAGROS. *Por la primera puerta de la izquierda. Al ver a Quiroga exclama:* ¡Ay, el *cura,* aquí está el *cura!*

JACOBO. *Volviendose alarmadísimo.* ¿El cura ya?

QUIROGA. ¡Oh, señora mía!

ESCENA XV

DICHOS y DOÑA MILAGROS

JACOBO. ¿Viene con usted algún cura?

QUIROGA. ¡Qué disparate!

DOÑA MILAGROS. El *cura* le llamamos aquí a este señor. Y si has caído en sus garras, ya no te libra de ellas ni la *Mula* de Meco.

JACOBO. ¿Cómo?

DOÑA MILAGROS. Trátemelo usted bien, Quiroga... Ahora vuelvo yo. Voy por mi canastilla de labores... *Vase por el foro.*

JACOBO. Pero ¿por quién me han tomado ustedes a mí?

ESCENA XVI

JACOBO, QUIROGA y DON MATÍAS

DON MATÍAS. *Por la primera puerta de la izquierda.* Chico, ¿has visto qué gente?... *Reparando en Quiroga.* ¡Calle! ¿Tú aquí, Santos?

QUIROGA. Aquí me tienes otra vez... Por cierto, Matías, que tengo que hablarte...

DON MATÍAS. ¿Sí?

QUIROGA. Sí, hombre, sí... Ya conozco al célebre Jacobo, y te aseguro que, a no ser por el vil metal, no se concibe que quisieras casar a tu hija con semejante encuarte del tranvía.

JACOBO. ¡Oiga usted!

DON MATÍAS. ¡Oye tú!

JACOBO. ¡El encuarte lo será usted!

QUIROGA. ¿Yo, señor mío? Y ¿usted quién es para decirme?...

DON MATÍAS. ¡El propio encuarte!... digo, el propio Jaco... ¡Jacobo!... ¡Me ha contagiado doña Mila!

QUIROGA. ¿Usted?... ¡Ah! Mil perdones... Pero ¿quién era entonces otro individuo de su pueblo...?

JACOBO. Mi criado sería.

QUIROGA. ¡Acabáramos! ¿Cómo va, mi querido señor? ¿Y la esposa? ¿Y los niños? ¿Echa las muelas el pequeño?

JACOBO. Pero ¿qué niños, ni qué esposa, ni

qué muelas?... ¡Que aten a este caballero inmediatamente!

QUIROGA. ¿A mí?

DON MATÍAS. ¡A ti! ¡Ya lo creo! (¡Como que me va a comprometer!) *Empujándolo hacia la izquierda.* Entra aquí, hombre, y yo te enteraré de todo...

QUIROGA. Pero, oye; ¿la carta aquella?...

DON MATÍAS. *Bajo a Quiroga.* (¿Quieres callar?) ¡Que entres aquí te digo! *Le obliga a entrar por la segunda puerta de la izquierda. A Jacobo.* Chico, espera un instante, porque éste está chiflado...

JACOBO. Sí, ya veo...

Vase don Matías tras Quiroga.

ESCENA XVII

JACOBO; después, DOÑA MILAGROS y DON MATÍAS

JACOBO. ¡Dios mío de mi vida, que no venga otro tipo de esa ralea!... Y si viene, que no la tome conmigo. Estoy quebrantadísimo... estoy muerto. *Pausa.* Apagaré la luz y así creerán que me he marchado y que no hay nadie aquí. *Lo hace y se sienta al lado de la camilla.* ¡Gloria mía, qué deseos tengo de salir de esta jaula y de verme a tu lado! ¡Jesús, qué asedio de niñas! No saben ellas que yo no quiero más que a mi Gloria. Si no fuera por sus cartas, ya me habría muerto de triste-

za. Aquí tengo la última, que casi la estoy borrando con mis besos... *Saca del bolsillo una carta.*

DON MATÍAS. *Por la segunda puerta de la izquierda.* (¡Corcho! ¿Quién ha apagado aquí?)

DOÑA MILAGROS. *Por el foro, con una canastilla de labores.* (¡Ay, qué oscuridad!)

JACOBO. ¡Amor mío!

DON MATÍAS. (¿Eh?) *Se detiene.*

DOÑA MILAGROS. *Lo mismo.* (¿Es Jacobo?)

JACOBO. ¡Gloria mía!...

DON MATÍAS. (¿Con quién habla?)

DOÑA MILAGROS. (De seguro es con Nati.)

JACOBO. ¡Cómo gozo estrujando tus curvas contra mi corazón!

DOÑA MILAGROS. (¡Cáscaras!)

DON MATÍAS. (¡Ahora me explico que hayan apagado!)

JACOBO. ¡Preciosísima! *Le da un beso muy sonoro a la carta.*

DON MATÍAS. ¡Caracoles!

DOÑA MILAGROS. ¡Cielos!

JACOBO. *Levantándose de un salto.* ¿Quién anda ahí?

DON MATÍAS. ¡No se mueva nadie!

DOÑA MILAGROS. ¡Luz, luz en seguida!

JACOBO. (¡Dios mío!)

Don Matías, a tientas, enciende la luz.

DON MATÍAS. ¿Tú, Jacobo? ¿Con quién estabas?

DOÑA MILAGROS. ¿Por dónde se ha ido ella?

JACOBO. Yo diré... yo...

DON MATÍAS. ¡Habla, o te ahogo! ¿Era Rosa?

DOÑA MILAGROS. ¿Era Nati?

DON MATÍAS. ¡Por supuesto, lo vamos a saber ahora mismo! *Llamando.* ¡Niñas! ¡Niñas!

JACOBO. Pero ¿qué va usted a hacer, don Matías?

DON MATÍAS. ¡Ni una palabra más! ¡Rosa!

DOÑA MILAGROS. ¡Nati! ¡Puri!

ESCENA XVIII

DICHOS, ROSA, NATI y PURI

ROSA. *Con Nati y Puri por la primera puerta de la izquierda.* ¿Qué gritos son esos? ¿Sucede algo?

NATI. ¿Qué pasa?

DOÑA MILAGROS. Vamos a ver...

DON MATÍAS. ¡Cállese usted, doña Milagros! Vamos a ver. ¡La verdad! Este hombre...

ROSA. ¿Quién?

DON MATÍAS. Jacobo...

ROSA.
NATI. } ¿Qué?
PURI.

DON MATÍAS. ¿A cuál de ustedes tres le ha dado el beso?

ROSA.
NATI. } *Creyendo que se refiere al vals y señalándose cada cual a sí misma con mucho ahinco.* ¡A mí! ¡A mí! ¡A mí!
PURI.

Don Matías, doña Milagros y Jacobo se miran llenos de asombro.

DON MATÍAS. ¡Ave María Purísima!

DOÑA MILAGROS. ¡Jesús! *Déjase caer como desmayada sobre don Matías.*

DON MATÍAS. ¡Esto nos faltaba!

NATI. ¿Qué ha sido?

PURI. ¡Mamá!

ROSA. ¡Un poco de agua!

JACOBO. ¡Aire! ¡aire! *Le hace aire con uno de los abanicos.*

DON MATÍAS. ¡Señora, señora!

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS y QUIROGA

QUIROGA. *Por la segunda puerta de la izquierda.* ¿Pasa algo?

DON MATÍAS. Que a esta señora le ha dado un patatús.

QUIROGA. A ver... a ver... Calma. *Reconociendo a doña Milagros.* No hay que asustarse: está viva.

DON MATÍAS. ¡Vaya un notición! Venga un poco de aceite.

ROSA. ¿De aceite?

DON MATÍAS. ¡De vinagre!

DOÑA MILAGRÓS. *Incorporándose.* Pero, oiga usted, ¿me va usted a aliñar?

DON MATÍAS. Ella misma ha vuelto.

JACOBO. Pues ahora óiganme ustedes dos palabras. *El Beso* a que se refieren las niñas es un vals que les he regalado, y el beso que ustedes oyeron se lo dí a la última carta de mi novia.

DOÑA MILAGROS.
DON MATÍAS. } ¿De qué novia?

NATI.
ROSA.
PURI. } ¿De qué novia?

JACOBO. De una que tengo en Cañaverales, con quien, pese a quien pese, me voy a casar el día menos pensado. Quedan ustedes invitados a la boda.

QUIROGA. *Pasando al lado de Jacobo.* Si quiere usted, mi agencia puede encargarse...

JACOBO. ¡Déjeme usted en paz! Y sepan que mañana mismo me marcho de Madrid.

ROSA. (¡Adiós castillos en el aire!)

NATI. (¡Adiós ilusiones!)

PURI. (¡Adiós mi dinero!)

DON MATÍAS. ¡Mal cañonazo en el tabique, que es el que tiene la culpa de este rompimiento!

Al público:

Concede tu aprobación
a estos lances peregrinos,
a los que han dado ocasión
los tabiques y vecinos
de las casas de cartón.

FIN

Madrid, setiembre, 1895.

LA REJA

COMEDIA EN UN ACTO

Estrenada en el Teatro Cómico el 4 de diciembre de 1897

AL SEÑOR DON MIGUEL RAMOS CARRIÓN

En todos los momentos críticos de nuestra humilde carrera literaria; en aquellos en que la vocación flaquea y el espíritu se siente rendido ante la general indiferencia y la injusticia y la mala fortuna a veces, usted ha sabido alentarnos y nos ha dado muy oportunos y provechosos consejos.

Por eso hoy, cuando empezamos a ver convertidos en realidad nuestros deseos, siempre considerados legítimos y justos por usted, su nombre acude a nuestra memoria primero que otro alguno, y a usted le dedicamos esta obrita, sintiendo que la ofrenda, por lo insignificante, no corresponda a lo mucho que le debemos.

LOS AUTORES

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ROSARIO	MALILDE RODRÍGUEZ.
SOLITA	LUISA LASHERAS.
MARUJA	CARMEN ZAMORA.
DON BIENVENIDO	RICARDO MANSO.
LUIS	SEBASTIÁN AVILÉS.
FELIPE	JOSÉ RUBIO.
MERENGUE	JOSÉ PONZANO.
VERDEJO	JOAQUÍN PACHECO.
JOSÉ	MANUEL OLÍAS.

Rosario, *Maruja*, *Luis*, *Merengue* y *José* hablan con acento andaluz.

LA REJA

División de escena. A la derecha del actor, gabinete de la casa de don Bienvenido, en Sevilla. A la izquierda, la calle.—En el gabinete, a la derecha, dos puertas. Al foro, una consola, y sobre ella un par de floreros, reloj, quinqué y figurillas de porcelana. En la pared que divide la escena, y en primer término, una ventana grande con reja. En el alféizar, dos o tres macetas con flores. Cerrando el ángulo izquierdo de la habitación, un biombo desplegado. Sillas y mecedoras de rejilla; velador, cuadros y varias plantas. Sobre el velador, una caja con cigarros y un timbre.—Una callejuela frente a la ventana. Otra calle en el fondo, que se prolonga de izquierda a derecha, y en la cual, hacia este último lado, se supone la entrada a la casa de don Bienvenido.—El gabinete está alumbrado y la calle a oscuras.

Aparecen Felipe y Merengue en la calle. Solita en el gabinete, bordando.

FELIPE. ¡Ay, Dios mío! Tiemblo cuando me acerco a estos lugares... *Se aproxima a la reja y mira hacia el interior del gabinete.* ¿Es el papá... o es ella?... ¡Es ella! Torpe vista mía... ¿cómo has podido confundir?... *Se aparta de la reja.* Parece

una blanca paloma... una blanca paloma... Bueno, dejaré mi natural elocuencia para cuando tenga auditorio. *Llega a la callejuela y llama.* Ps, ps... ¡Merengue! ¿Le habrá dado ya al confitero la suspirada contestación a mi carta? ¿Accederá a la cita que le pido en la reja?

MERENGUE. *Por la callejuela.* Buenas noches, señor don Felipe.

FELIPE. ¡Hola! ¿Qué hay? *Merengue se sonríe.* Algo grato me indica esa sonrisa.

MERENGUE. Vea usted lo que hay. *Le da una carta.*

FELIPE. ¡Oh bienaventurado mortal! Ahora mismo me voy a leerla... Pero, diga usted, ¿ella se la dió?...

MERENGUE. A mí; en propia mano.

FELIPE. *Satisfecho.* Y ¿qué cara, qué cara puso?...

MERENGUE. Pues una cara, vamos, una cara así... *Hace un gesto cómico de mucha dulzura.*

FELIPE. ¡Quite usted, hombre! ¡Qué había ella de poner esa cara!

MERENGUE. Bueno; por el estilo. *Mirando hacia la callejuela, por donde se marcha.* ¡Voy! ¡Voy! — ¡Demonio de confitería! Hasta luego, señor don Felipe.

FELIPE. Hasta luego.—¿Qué me dirá? ¿Me abrirá las puertas del cielo o me mandará a freír espárragos? Vamos a ver: si llego a casa en jueves, acude a la cita. *Echa a andar hacia el foro.* Lunes,

martes, miércoles... *Detiénese y baja al proscenio.* Pero, no, no... Llevo las de perder; son seis días contra uno... Mejor es esto: me sale todo a pedir de boca si llego a mi casa en número par. *Echa a andar nuevamente hacia el foro, por cuya izquierda vase.* Dos, cuatro, seis, ocho, diez, doce...

Sale don Bienvenido por la primera puerta del gabinete, con el manuscrito de un expediente en la mano. Saca puesto un sombrero de copa, y después de mirar a varias partes como buscándolo, exclama:

DON BIENVENIDO. Niña, ¿tú has visto mi sombrero, que no lo encuentro por ninguna parte?

SOLITA. *Fijándose en don Bienvenido.* ¡Ja, ja, ja!...

DON BIENVENIDO. ¿De qué te ríes?

SOLITA. ¡De que lo tienes en la cabeza, papá!

DON BIENVENIDO. *Palpando el sombrero.* Ya decía yo que lo había puesto en algún sitio... ¡Ni que estuviese uno en Babia!... Y tú, ¿qué haces?

SOLITA. Ya lo ves: bordar.

DON BIENVENIDO. Así, así te quiero yo. Prefiero que te distraigas con estos dibujos a que... a que te metas en otra clase de dibujos.

SOLITA. ¿En cuáles?

DON BIENVENIDO. No te me vengas con preguntitas inocentes: sé todo lo que pasa.

SOLITA. Saber es.

DON BIENVENIDO. Hay quien ha visto hace algunas noches, pocas antes de venir yo, a un galancito medio incrustado en esa reja.

SOLITA. (El novio de Rosario.) Papá, ¡qué disparate!

DON BIENVENIDO. ¡Más arrepentido estoy de haberte mandado con mi hermana!...

SOLITA. Eso falta ahora, que te quejes, después de habernos echado el mochuelo.

DON BIENVENIDO. ¿El mochuelo?

SOLITA. Es claro. Te dan hace más de un mes en Madrid tu traslado a las oficinas de Sevilla; acto seguido me mandas aquí con Verdejo, a casa de la tía Teresa; nos ocupamos en buscar casa para nosotros, en recibir y colocar los muebles; estoy un mes entero trajinando... y llegas tú con tus manos lavadas el domingo, y a pesar de que hallas la casa como un ascua de oro, te figuras que esto ha sido una república hasta hoy, y que yo no he hecho otra cosa que pasarme las noches en la reja recitando los versos de *Don Juan Tenorio.*

Sale Maruja con una regadera pequeña por la segunda puerta, y va regando poco a poco las plantas y flores.

DON BIENVENIDO. Mira, déjate de bravatas. Sea de ello lo que fuere, Solita, vuelvo a repetirte que en ningún caso he de tolerar semejantes coloquios nocturnos.

SOLITA. ¡Es mucha oposición! ¡Una costumbre tan bonita!... Y todo ello porque no has llegado a penetrarte aún de la dulce poesía de la reja.

MARUJA. Eso dice Merengue.

DON BIENVENIDO. ¿Merengue?

SOLITA. Sí; el confitero de la callejuela.

DON BIENVENIDO. ¡La poesía de la reja!... De memoria me la sé yo... hace cuarenta años: mucho antes de que vieses tú la luz publica. La torcida enredadera... que sube; la pálida luna... que baja; el galán... que ni sube ni baja, pero que no se está quieto... y eso es lo malo precisamente, que no se está quieto.

SOLITA. Tú te burlas, sí; pero yo lo hallo tan encantador, tan artístico...

MARUJA. Eso dice Merengue.

SOLITA. El poético misterio de la noche, la tranquila soledad de la calle, la luna que brilla...

DON BIENVENIDO. ¿No digo yo?

MARUJA. (Pues a Merengue, mi novio, no le gusta que brille.)

SOLITA. La llegada del doncel, las tiernas palabras del doncel...

DON BIENVENIDO. Un estacazo del papá de la novia al doncel... Es inútil que te canses, niña. Así que tengas novio, colocaremos tres sillas aquí, o en el comedor, o en el patio; él se sentará en una, tú en otra y yo en la de en medio, a modo de reja.

SOLITA. Pues ¡nos vamos a divertir en grande!

MARUJA. Sobre todo la *reja*.

DON BIENVENIDO. Bueno; basta ya de palique.

SOLITA. *Dejando el bastidor y levantándose.* ¿Te vas a la oficina?

DON BIENVENIDO. Sí, hija, sí. Este primer mes

no puedo descansar de día ni de noche; está el negociado manga por hombro. Y lo que es este dichoso expediente va a costarme una enfermedad. *Quédase abstraído examinándolo.*

MARUJA. *A Solita, muy apurada.* (Señorita, que son las ocho y media.)

SOLITA. *A Maruja, lo mismo.* (Ya lo sé. Y si ahora se engolfa en sus papeles... Adelanta el reloj.)

Maruja lo hace.

DON BIENVENIDO. Es claro que hay que resolverlo con arreglo a lo que dispone el artículo... ¿qué? Ah, no es a mí... El artículo... no sé si es el 12 o el 420... *Suenan las nueve en el reloj.* ¡Diablo, las nueve ya! ¡Cómo vuela el tiempo esta noche!... *A Solita.* Oye, ¿y Verdejo?

SOLITA. (¡Verdejo!) *A Maruja.* Oye, ¿y Verdejo?

MARUJA. (¡Verdejo!) Ha debido de salir a dar una vuelta...

DON BIENVENIDO. Pues vete arreglando, niña, y así que vuelva, que te lleve a casa de tu tía. Está la infeliz sola todas las noches, y no se te ocurre...

SOLITA. Bueno, bueno; iré a acompañarla un ratito.

DON BIENVENIDO. Y, por de pronto, cada mochuelo a su olivo, que voy a cerrar.

SOLITA. Entonces, hasta después. Vente, Maruja.

Se van las dos por la primera puerta. Solita se lleva el bastidor y Maruja la regadera.

DON BIENVENIDO. *Cerrando la primera puerta con llave, y dejándola puesta.* Esta, por aquí. ¡Ajajá! Y la otra por fuera, y me guardo la llave en el bolsillo. Y que acudan trovadorcitos a la reja... En marcha, pues... *Deteniéndose.* Yo tenía que hacer algo antes de irme... ¿Qué diantres era, Bienvenido?... No me puedo acordar... Pero lo habre apuntado. *Acércase a la luz que está en la consola, deja sobre ésta el expediente, y dice lo que sigue, refiriéndose, respectivamente, a un puño de la camisa y a su cabeza.* Por fortuna, tengo la costumbre de apuntar aquí todo lo que no puedo llevar aquí. *Lee para sí en el puño.* Vamos, ya di con ello: escribirle a don Amable Tragaluz enviándole noticias de su sobrino. En la oficina lo haré. ¿Se me olvida algo?... Creo que no. ¿Llevo el sombrero puesto?... Sí. Pues andando. *Quita la llave de la segunda puerta, vase por ella y la cierra por dentro.*

Verdejo entonces asoma la cabeza por detrás del biombo.

VERDEJO. ¡Je, je!... *Sale del escondite, acércase a la puerta riéndose y se pone a escuchar. Luego llega a la reja y mira hacia la calle, a tiempo que aparece en ella don Bienvenido por la derecha del foro. Al sentirlo se retira, siempre riéndose, junto al biombo, hasta que don Bienvenido se va.*

DON BIENVENIDO. Ya no hay temor de que

hable ni siquiera un minuto por la reja. Dejando yo incomunicado el gabinete, bien me puedo marchar tranquilo. *Se encamina hacia la callejuela y de pronto retrocede y se va por la izquierda del foro.* Voy primero a casa de mi jefe a ver si quiere algo.

VERDEJO. *Mira de nuevo a la calle por la ventana, riendose, y abre las dos puertas con la llave de la primera.* ¡Je, je!... Ya estamos al cabo de la calle. El señor don Bienvenido y nosotros. ¡Las diabluras que idean las muchachas!... Sólo para esto me tienen un cuarto de hora escondido detrás de ese biombo, aguantando la respiración, como si estuviera en un puesto de perdices.

Vuelve Solita por la primera puerta, dispuesta para salir a la calle.

SOLITA. ¿Verdejo?

VERDEJO. Aquí está Verdejo.

SOLITA. Coge el sombrero. Ya has oído que me tienes que acompañar.

VERDEJO. Corriente. Pero a las diez... estaremos de vuelta... ¡Je, je!

SOLITA. Bueno, date prisa.

VERDEJO. Voy allá. *Vase por la segunda puerta.*

Sale Rosario por la callejuela seguida de José, y se va por la derecha del foro.

ROSARIO. Anda, José, que parece que te llevo a remolque.

JOSÉ. ¡Si corre usted más que una mala noticia!

SOLITA. ¡Y tanto como estaré de vuelta a las diez!... No quiero pensar que papá averiguara... Y eso que el lance es lo más natural de este mundo.

Llega Rosario al gabinete por la segunda puerta, con José, el cual se va cuando ella se lo manda.

ROSARIO. Hola, feísima.

SOLITA. Hola, horrible.

Se besan.

ROSARIO. Qué, ¿vas a salir?

SOLITA. Sí; por no verte.

ROSARIO. Me gusta la salida.

SOLITA. Como vienes a hablar por mi reja, quiero que te quedes hecha dueña absoluta de la casa.

ROSARIO. ¡Ay, no sabes tú lo muchísimo que yo te agradezco que me prestes la reja! Y Luis otro tanto. Vete, José. Me ha matado papá con mudarse a esa casa a estilo de Madrid. Y a Luis no se diga. Porque, hija, desde un segundo piso, una de dos: o tengo que hablar con Luis a grito pelado, como si fuera novia de todos los transeuntes, o así, por signos masónicos, haciendo letras con las manos... Y es un fastidio.

SOLITA. Yo te aseguro que el lenguaje de las manos lo detesto.

ROSARIO. Todo se vuelve inconvenientes. Lo que es en invierno se te hiela en seguida el abecedario.

SOLITA. Un novio tuve yo en Madrid que riñó

conmigo porque se le cuajaron las letras de sabañones.

ROSARIO. Y luego, esta es otra: quieres a lo mejor decir una cosilla algo tierna... algo dulce... de esas que sólo se dicen en voz baja... y lo que es en voz baja con las manos no la puedes decir. Y se te queda entre pecho y espalda. ¡Cuánto más sabroso y natural es el íntimo cuchicheo por la reja!

SOLITA. ¡Debe de haber una diferencia tan grande entre hablar con el novio por la ventana y querer hablar con él a vista de pájaro!...

ROSARIO. ¡Ya lo creo! ¡La diferencia que va de oler un perfume a contentarse con mirar el frasco desde lejos!

SOLITA. A propósito. ¿Tú te irás esta noche a las diez?

ROSARIO. Como siempre que vengo. ¿Por qué me lo preguntas? ¿Hay quizás moros en la costa?

SOLITA. No; cristianos.

ROSARIO. A ver, a ver, cuenta...

SOLITA. Tiene bien poco que contar: que me ha pedido que salga a la reja el joven que me sigue todas las tardes.

ROSARIO. ¿Ese tan corto de vista?

SOLITA. Ese.

ROSARIO. Pues mira... es guapo... es guapo... Lo que tiene que usa unas gafas con cristales tan gruesos que parece que lleva los ojos en un escaparate.

SOLITA. Bueno, deja...

ROSARIO. ¡Mi Luis ve tan bien!

SOLITA. Ayer, por medio de Merengue, me mandó una carta de siete caras.

ROSARIO. Y la de Merengue, ocho.

SOLITA. No te rías.

ROSARIO. ¡Mira que siete caras! Luis, a lo sumo, es hombre de dos caras. Pero ese tuyo, por las señas, escribe más que San Lorenzo.

SOLITA. ¿Más que San Lorenzo?

ROSARIO. *Con cierto recelo de equivocarse.* Sí... San Lorenzo... ¿no fué el *Tostado*?

SOLITA. ¡Ah, sí, es verdad, que murió en parrillas!

ROSARIO. ¿No te digo yo?... Continúa.

SOLITA. Bien poquito queda. Hoy mismo, y también por medio de Merengue, le he contestado cuatro letras... prometiéndole salir a la reja esta noche a las diez, para que me diga todo eso que dice que tiene que decirme. Por cierto que como es tan ilustrado las he puesto con un temor...

ROSARIO. ¡Qué tontería!

SOLITA. Es que me asaltan unas dudas ortográficas... Vamos a ver: tú, ¿cómo escribes aliciente?

ROSARIO. Mal, de seguro.

SOLITA. Yo lo he puesto con hache antes de la a y de la i. ¿Será eso una falta?

ROSARIO. Me da el corazón que es una sobra. Pero no te preocupes. La ortografía es una de las cosas más inútiles que se han inventado. ¡Mira que

la solfa de las comas y los puntos!... Yo cuando escribo no pongo nunca comas.

SOLITA. ¿No?

ROSARIO. No. ¿Para qué? Luis, que lee lo que escribo, se encarga de ponerlas cuando le falta la respiración.

Verdejo se asoma a la segunda puerta, sombrero en mano.

SOLITA. Ya, ya salgo, Verdejo; vé abriendo la cancela.

Vase Verdejo.

ROSARIO. ¿Te marchas ya?

SOLITA. Si tú no mandas otra cosa.

ROSARIO. Y ¿adónde, puede saberse?

SOLITA. A casa de mi tía. Papá se empeña en quitarme de aquí... Se le antojan los dedos huéspedes.

ROSARIO. Pero con cerrar estas puertas, ¿no le basta?

SOLITA. ¡Ya ves tú cómo no le basta!

ROSARIO. Tu papá, perdona la franqueza, debe de ser todo prosa. Y prosa mala. En cuanto lo conozca se lo digo.

SOLITA. Pero ¿aún no le conoces ni de vista?

ROSARIO. Ni de vista siquiera. Ni Luis tampoco.

SOLITA. Vaya, adiós. Ya sabes que Maruja se queda a tus órdenes.

ROSARIO. Gracias. El gandul de José ya estará en la taberna jugando al tute. Adiós.

Vase Solita por la segunda puerta.

ROSARIO. *Quitándose el sombrero, que deja sobre la consola.* ¡Qué fortuna ha sido para mí encontrar a esta amiga! Ninguna otra me hubiese prestado su reja para pelar la pava, aun estando aquí tan admitida esa costumbre. Ya no debe de tardar Luis... Me ha puesto en cuidado la esquelita que me mandó esta tarde... *Saca del bolsillo un papel y lo lee para sí junto a la luz.*

Solita y Verdejo salen a la calle por la derecha del foro y se van por la callejuela.

Por la izquierda del foro aparece don Bienvenido cuando han desaparecido Verdejo y Solita.

DON BIENVENIDO. El gorrón de mi jefe ya se ha ido al teatro... Como tiene palco de momio... *Va a marcharse por la callejuela y se detiene un momento a su entrada.* ¡Oiga! Solita y Verdejo salen de la confitería... Voy a unirme a ellos, y yo mismo la dejaré con mi hermana. *Llamando.* ¡Soledad! ¡Soledad! Ya me ha visto... ¡Aguarda un instante! *Vase por la callejuela.*

ROSARIO. Por más vueltas que le doy al papel, nada saco en limpio. *Lee.* «Conflicto en puerta. No faltes reja esta noche. Tú mi salvadera.» Salvadora habrá querido escribir; pero con las prisas... Vaya, rebajaremos la luz para no llamar hacia aquí la atención de la gente... *Lo hace.* Y nos sentaremos a esperar al galán. *Siéntase en el alféizar de la ventana.* ¡Qué hermosa está la noche!... Y hay luna; sólo que algunos nubarrones le impí-

den brillar... *Suspirando.* ¡Ay, Dios mío de mi alma!

Sale Luis por la izquierda del foro y se acerca a la reja.

LUIS. ¿Rosario?

ROSARIO. ¡Luis!

LUIS. Estás ahí ya. No te veía.

ROSARIO. Eso ibas ganando.

LUIS. ¿Ganando? Si yo no te viese a ti me tiraba al río.

ROSARIO. ¡Sopla!

LUIS. ¿Tienes calor?

ROSARIO. No.

LUIS. Como me dices que sople...

ROSARIO. Va por lo del río.

LUIS. No te burles. Estoy muy malo.

ROSARIO. De la cabeza; ya lo sé.

LUIS. No; que tengo fiebre; mira. *Le tiende una mano.*

Rosario le da una suya y él la coge y la besa.

ROSARIO. ¿Fiebre?

LUIS. Fiebre... por coger esta manita preciosa.

ROSARIO. ¿Qué haces, Luis?

LUIS. Creo que besarla... pero no lo puedo asegurar... ¡Estoy delirando!

ROSARIO. ¿Delirando?

LUIS. Sí... Lo de siempre... En cuanto te veo... ¡el delirio!

ROSARIO. Luis, ¿empezamos ya?

LUIS. ¡Hija, no hemos podido empezar antes!

ROSARIO. Hipocritón, suelta.

LUIS. ¡Ca! La tengo prisionera toda la noche.

ROSARIO. Mira que está un vecino en el balcón de enfrente.

LUIS. Que esté.

ROSARIO. Que va a vernos, Luis.

LUIS. Tiene dos nubes en cada ojo.

ROSARIO. ¿Y si nos oye?

LUIS. Que se tape las orejas.

ROSARIO. ¿Y si no se las tapa?

LUIS. ¡Pues peor para él!

ROSARIO. Dios sabe lo que estará pensando.

LUIS. Yo lo sé: que va a tener que irse... Verás cómo se va. *A cada palabra le da a Rosario un beso en la mano.* Hermosísima... graciosísima... preciosísima... remoní...

La luz de la luna ilumina de pronto la calle. Luis, sorprendido, suelta la mano de Rosario.

ROSARIO. ¿Ves? La luna.

LUIS. ¡Pero, señor, que todas las noches de luna nos pasa lo mismo!

ROSARIO. Mira el vecino de las nubes cómo se ríe.

LUIS. ¿El de las nubes? ¿A que subo y lo estrello?

ROSARIO. No; déjalo *nublado*, sé formal y entérame de ese gran conflicto que tan desazonado te trae... aunque no lo parece.

LUIS. ¡Ay, Rosarito! Estoy pasando unos

días... de prueba. Y en este momento tengo fiebre; mira. *Tiendele una mano de nuevo.*

ROSARIO. *Retirando las suyas.* No, no, no; que te alivies, hijo.

LUIS. Verás lo que me ocurre. Yo, como todos los sobrinos de comedia, tengo un tío. Pero es lo malo que mi tío no es tío de comedia.

ROSARIO. ¿No? ¿Por qué?

LUIS. Porque no está en América, desgraciadamente.

ROSARIO. ¿Está en Africa?

LUIS. Allí debiera estar. Vive en Madrid. Es uno de esos tíos ricos que no se mueren nunca.

Ocúltase la luna, quedando la escena a oscuras otra vez.

ROSARIO. Y ¿qué es lo que ha hecho?

LUIS. Hace cosa de un mes me escribió, anunciándome de buenas a primeras que había concertado mi boda en Madrid con la hija de un fabricante de bolas de billar... que tiene mucha *pasta.*

ROSARIO. ¿Qué dices?

LUIS. Mucha *pasta:* mucho dinero.

ROSARIO. Y ¿qué le contestaste tú?

LUIS. ¿No lo supones, vida mía?

ROSARIO. *Con modestia.* Me hace vacilar... la *pasta* que dices que tiene ese señor... porque como mi papá, desgraciadamente, no tiene *pasta*...

LUIS. *Interrumpiéndola con arrebato cómico.* Y ¿qué me importa a mí que mi suegro esté *en rústica,* chiquilla?

ROSARIO. ¿Verdad que no?

LUIS. ¡Si tú estás admirablemente encuadernada!

ROSARIO. ¡Ay, Jesús, ni que fuera yo un libro!

LUIS. Pues ¿qué eres más que un libro para mí? Yo leo en tus ojos... Acércate, acércate más, que esta noche no ando bien de la vista... *Se pega a la reja.*

ROSARIO. *Obedeciéndolo.* Vamos a ver, ¿qué lees ahora en ellos?

LUIS. *Con pasion.* ¡Que me quieres mucho!

ROSARIO. *Lo mismo.* ¡Verdad!

LUIS. Y a ti ¿qué te dicen los míos?

ROSARIO. *Apartándose un poco.* ¡Que va a salir la luna!

Siguen de palique en voz baja.

Vuelve Felipe por la izquierda del foro.

FELIPE. Llegué a mi casa en número par. No podía menos. La impaciencia me devora. Me hierven los conceptos amorosos en la cabeza... ¡Estoy deseando *destaparme! Se quita el sombrero y se aproxima a la ventana.* A ver si...

LUIS. ¿Quién? Dios le ampare, hermano.

FELIPE. ¡Ah! Usted perdone, caballero. (¡Qué chasco! Aún están aquí los tortolitos...) *Llega hasta el foro y se detiene.*

ROSARIO. ¡El demonio del hombre! ¡Qué susto me ha dado!

LUIS. ¿Creíste que era don Bienvenido?

ROSARIO. Sí.

LUIS. Por cierto que no le he avisado a Merengue... *Va hacia la callejuela y llama.* ¡Merengue!

FELIPE. (¿Qué pito tocará aquí Merengue?)

Sale Merengue por la callejuela.

MERENGUE. ¿Me llamaba usted, don Luis?

LUIS. Sí, hombre. Para recordarte que toques la flauta si ves venir a don Bienvenido.

FELIPE. (¡Ah! pues no es pito lo que toca; es flauta.)

MERENGUE. Ya estaba yo en ello... Desde la confitería se oye...

LUIS. *Alarmado.* ¿Qué se oye? ¿Algo de lo que hablamos?

MERENGUE. No, las palabras no; lo otro. *Vase por la callejuela.*

ROSARIO. (¡Lo otro!) *A Luis, que se acerca a la reja.* ¿Tú has oído lo que ha escuchado Merengue?

LUIS. Sí; lo otro...

FELIPE. (Me ha picado la curiosidad el toque de la flauta... y *lo otro...*) *Vase por la callejuela.*

ROSARIO. Y, en fin, ¿qué le respondiste a tu tío?

LUIS. Un embuste muy gordo para evitar dimes y diretes: que estaba ya casado y retecasado con tu personita.

ROSARIO. ¡Jesús!

LUIS. *Con mucha viveza.* La carta cayó como una bomba; el fabricante de bolas... empezó a sol-

tar tacos, y mi tío, a pesar de que se llama Amable, me escribió hecho un grosero, diciéndome que lo engañaba como a un chino. Y así estaban las cosas, cuando anoche, hallándome en el casino a última hora, se me acerca un viejecito y me pregunta: —«¿Es usted don Fulano de Tal?»—Servidor de usted—le respondo—. «Bueno, pues yo soy—sigue diciendo él—íntimo amigo de su tío de usted, don Amable. Acabo de llegar... Traigo encargo de visitar a usted y a su señora...» Al oír esto me tragué la partida, ¿estás? Y fingiendo que me llamaba uno, le dije al viejecito: —Perdone usted un segundo... vuelvo... — Y volví la espalda, y volví la esquina... y todavía no he vuelto de mi asombro. Conque vé preparando los papeles, que hay que casarse.

ROSARIO. ¿Tú estás loco?

LUIS. Cuando te digo que hay que casarse...

ROSARIO. Es que si tú estás loco, yo estoy cuerda.

LUIS. Pues eso, una cuerda es lo que a mí me hace falta... una cuerda.

ROSARIO. Para ahorcarte, ¿no?

LUIS. *Con mucha ternura.* Sí, para ahorcarme... siempre que seas tú mi verduguito...

ROSARIO. *Remedándolo.* ¿Tu verduguito?...

LUIS. Mi verduguito... mi... *Merengue toca la flauta dentro. Rosario se levanta al oírla, y Luis se estremece.* ¡La flauta!

ROSARIO. ¡La flauta! ¡Don Bienvenido!

LUIS. ¡Pues viene bien, si Dios quisiera!

ROSARIO. Vete, vete...

LUIS. Pero ¿y tú?

ROSARIO. Vete. Yo veré lo que hago. Vete.

LUIS. Bueno, me voy. Adiós. Me esconderé en un zaguán cualquiera... *Vase a escape por la izquierda del foro.*

ROSARIO. ¡Qué conflicto! ¡Maruja! ¡Maruja! *Vase corriendo por la primera puerta.*

La flauta deja de sonar.

Aparece Felipe por la callejuela, radiante de júbilo.

FELIPE. Se fueron... se fueron... Tal era mi impaciencia, que... Ahora no ha sonado la flauta por casualidad, sino mediante un duro que le di a Merengue... *Ardides del juego son...* — ¿Y ella, saldrá en seguida? Puede que ya esté ahí... *Acercase a la reja, y mira hacia el interior del gabinete.* ¿Soledad?... La noche es tan oscura, y yo veo tan poco... ¿Soledad?... Que me emplumen si veo si está aquí Soledad... No estará aquí, cuando no responde.

Sale Maruja al gabinete por la primera puerta, muy apurada.

MARUJA. (¡Ay, no quiero pensar que el señorito llegue ahora!...)

FELIPE. (Ya, ya siento el suave crujir de su falda...)

MARUJA. (A ver si cruza la calle...) *Se aproxima a la reja.*

FELIPE. ¿Soledad?

MARUJA. ¿Quién?

FELIPE. (Lo dicho: ya está aquí.) Soy yo.

MARUJA. ¿Quién?

FELIPE. Yo. (¡Qué voz tan melodiosa tiene!) No tema usted que nos sorprenda su papá; el toque de la flauta no ha sido sino sutil industria de mi amoroso desasosiego...

MARUJA. (¡Pues vaya un chiste! ¡Mire usted quién resulta! ¡El señorito de las gafas!) *Se aparta de la reja.*

FELIPE. ¿Me permite usted que le diga?...

MARUJA. Diga usted lo que guste... (Voy a tranquilizar a la señorita Rosario.) *Vase por donde salió.*

FELIPE. (¡Flojo discursito pienso espetarle!) *Tosiendo.* ¡Ejem! ¡Ejem!... Prisionera entre rosas y claveles, bella Soledad, es usted la envidia de todos. Y ¡cómo me complazco en reconocerlo, y cuánto he suspirado por este instante, en que la tengo a usted tan cerca, tan cerca... que al aspirar el delicado aroma de estas flores que engalanan la verde reja de su cárcel, aspiro también el no menos... el más... el cien veces más delicado perfume de su dulce aliento... de su dulce aliento... (Esto es miel hiblea.) Marchaba yo por el camino de la vida adelante... y... por el camino de la vida adelante... y... y... (Y me vuelvo atrás, porque no voy bien por este camino.) No extrañe usted, linda Soledad, que me aturrulle... no, sí...

que me aturrulle... La presencia de usted me turba como nada... ¿Que de qué nace mi turbación?... ¡Ay, Soledad, Soledad! *Contrariado.* (¡Caramba! ¡Parece que estoy cantando peteneras!) Mi turbación es hija de mis desconfianzas, de mis recelos... del temor de que usted, aunque ha acudido solícita a la reja, no escuche mis sentidas palabras; del temor de que mis amorosas frases estén cayendo en el vacío... ¿Está usted?... ¡No, no me interrumpa hasta que termine! Yo la amo a usted como Fausto a Fausta, digo a Margarita; como Romea... como Romeo a Julieta; como Dafnis a... bueno, a su señora—no me acuerdo—; como Don Quijote a Dulcinea; como Calisto a Melibea; como Salicio a Galatea... (¡Miel hiblea!) ¡Yo la amo a usted!... ¡Ah! Perdone si, entusiasmado, alzo la voz más de lo justo... Pero no tema, estamos solos; no me oye nadie... ¡nadie absolutamente! Voy a concluir... Si yo no estuviera tan enamorado de usted como estoy, reconocería con llanto en las gafas que soy muy poco... aun para pretender que usted me mire... pero ya sabe usted que el amor es ciego, ¡completamente ciego! Creo que no necesitaré demostrarlo... He dicho. *Pausa.* ¿Qué? (No la deja hablar la emoción.) *Nueva pausa.* ¿Cómo?... (La emoción, la emoción que no la deja...) ¿Decía usted algo?... (Se me antoja que es esto ya mucho emocionarse...) ¿Soledad?... ¿Soledad?... *Brilla nuevamente la luna, que continúa ya iluminando la calle hasta el fin de la obra,*

y Felipe se queda estupefacto al ver que está solo. ¿Eh?... Sí... soledad, soledad completa... *Mirando al cielo.* ¡Muchas gracias! ¡Bonito papel he estado haciendo! ¡Lástima de saliva!

Sale Merengue por la callejuela, haciéndose aire con el sombrero.

MERENGUE. ¿Todavía anda usted por aquí?

FELIPE. Todavía. ¿Le sorprende a usted eso?

MERENGUE. Está claro.

FELIPE. Ahora sí está claro... Hasta ahora ha estado bastante oscuro.

MERENGUE. Yo, como sé que la señorita Soledad aún no ha vuelto...

FELIPE. Pero ¿ha salido de su casa?

MERENGUE. Debe de haber ido a la de su tía.

FELIPE. (Pues ¿quién me habló a mí?)

MERENGUE. Ya hace rato que la vi pasar con Verdejo.

FELIPE. *Incomodándose.* ¿Sí? ¡Bien podía usted habérmelo dicho cuando le di el duro para que tocase la flauta!

MERENGUE. Entonces no me hubiera ganado el duro, que era lo importante para mí.

FELIPE. ¿Sí? ¡Permítame usted que le diga que eso es una estufa... una estafa!

MERENGUE. Hombre, y ¿cómo voy yo a permitir que usted me diga eso?

FELIPE. (Camino de pifia en pifia como la mariposa de flor en flor... ¡Pícara suerte!... Esperaré paseando a Soledad.) *Vase por la derecha del foro.*

MERENGUE. ¡Tiene salero ése! Llega antes, me ruega que le explique lo de la flauta, lo hago, y va y me dice:—«¿Quiere usted un duro y toca un pasacalle?» ¡Sí, señor! ¡Como si me ofrece cinco por tocar cinco pasacalles! Y ahora le sabe mal. ¿Qué será de Maruja?... Estaba por llamarla... *Silba y se aproxima a la reja. Pausa.* Probablemente no saldrá. Ayer nos despedimos a arañazos... *Nueva pausa.* No, no sale.

Por la callejuela aparece en esto don Bienvenido.

DON BIENVENIDO. ¡Vamos, que dejar en casa el expediente!...

Ve a Merengue en la ventana y se queda perplejo. Avanza poco a poco hacia el hasta ponersele inmediatamente detrás, y lo observa lleno de asombro. Al marcharse Merengue, don Bienvenido lo sigue muy de cerca, examinándolo con curiosidad, hasta la entrada de la callejuela, en la cual permanece unos instantes viéndolo irse.

MERENGUE. Es inútil que aguarde. Tendré que regalarle unos caramelos para desagraviarla. Me largo, no venga el papanatas de don Bienvenido

Llega oportunamente Felipe por la derecha del foro, y va a la ventana, donde se para a mirar hacia dentro.

FELIPE. ¿Soledad?... ¿Soledad?... *Vuélvese don Bienvenido para encaminarse a su casa, y al ver a Felipe en la reja se redobla su estupefacción. Acercasele por la espalda como a Merengue, y lo obser-*

va y lo sigue tambien hasta que Felipe se va. Sin duda alguna ha de estar donde Merengue dice... Nos encaminaremos hacia allá, a fin de salirle al encuentro... De su falta presumo que tiene la culpa el zampatortas del papá.

Vase por la callejuela. Sale Luis por la izquierda del foro y llega rápidamente a la ventana.

LUIS. (Ya habrá entrado en su casa don Bienvenido... ¿Cómo se las habrá compuesto Rosario?) *Mira por la reja hacia el interior del gabinete. Vuelvese don Bienvenido y se queda clavado al ver a Luis.* Vidita... vidita... *Llamando con cierto temor.*

DON BIENVENIDO. ¿Vidita? ¡Ya se me acabó a mí la paciencia!

LUIS. ¿Quién? *Reparando en don Bienvenido.* (¡El amigote de mi tío!)

DON BIENVENIDO. (¡El sobrino de don Amable!) ¿Qué hace usted aquí?

LUIS. *Con gran amabilidad.* ¿Cómo está usted, querido señor?

DON BIENVENIDO. ¡Poco a poco!

LUIS. ¡Deme usted un abrazo!

DON BIENVENIDO. ¿Un abracito, eh? Sepa usted que no es cosa regular ni muchísimo menos, que un señorito recién casado se disponga a pelar la pava con esa frescura.

LUIS. *Echándolo a broma.* ¡Hombre! ¡hombre! no es eso; yo no me dispongo a pelar nada absolutamente... ¡ja, ja!... ¡Deme usted un abrazo!

DON BIENVENIDO. Dejémonos de historias. Lo

que yo quiero es que me explique usted el encuentro éste.

LUIS. ¿El encuentro éste, verdad? (Pero ¡si yo mismo no me lo explico!) Verá usted... la cosa tiene gracia... Yo... todas las noches... ¡es lo grande esto!... todas las noches... ¿eh?... todas las noches... todas... ¿usted comprende? todas... todas las noches... es claro que a usted le extrañará... pero, ya digo, todas, todas las noches sin faltar una.

DON BIENVENIDO. Bueno, pero ¿qué todas las noches? Porque al cabo de tantas noches me deja usted a oscuras.

LUIS. Ya le dije a usted que la cosa le extrañaría.

DON BIENVENIDO. Y me ha extrañado. ¿No sabe usted quizás lo que le pasa todas las noches?

LUIS. ¿No he de saberlo? (¡Lo que no sé es lo que me va a pasar ésta!) Decía que... que al retirarme a casa por las noches... tengo la costumbre de... de... (¡Ah, soberbia disculpa!) La costumbre de llamar por la ventana para que me abran la cancela.

DON BIENVENIDO. Pero ¿usted vive aquí?

LUIS. Sí, señor. Aquí tiene usted su casa.

DON BIENVENIDO. (¡Eso ya lo sé yo! ¡Mire usted que me suceden a mí unos lances!...)

LUIS. Y ya digo, tengo la costumbre...

Habla con don Bienvenido en voz baja, mientras Maruja sale al gabinete por la primera puerta, y dice y hace lo que sigue:

MARUJA. La señorita Rosario quiere irse... ¿Dónde habrá puesto su abanico y su sombrero?... Encenderemos la luz. Estos son. Pero lo primero es avisarle a José, que estará en la taberna de enfrente jugando a las cartas. Dejaré entornada la cancela... *Vase por la segunda puerta.*

DON BIENVENIDO. (Ahora te diré yo lo que es canela fina.) Bien, es el caso, que como tengo que ausentarme mañana...

LUIS. ¿Se va usted mañana de Sevilla?

DON BIENVENIDO. Sí tal; a Don Benito.

LUIS. *Disimulando mal su alegría.* ¡Si viera usted lo que lo siento! Yo que pensaba presentarle a mi señora...

DON BIENVENIDO. A eso voy.

LUIS. ¿A eso va usted a Don Benito?

DON BIENVENIDO. No, hombre; digo que ya que casualmente nos hemos encontrado, tendría yo un verdadero placer en pasar antes de irme asaludarla.

LUIS. ¿Cuándo?

DON BIENVENIDO. Ahora.

LUIS. ¡No!

DON BIENVENIDO. Sí, señor; sí lo tendría...

LUIS. Bien; pero la cuestión es que ella habrá salido...

DON BIENVENIDO. Pues ¿no la llamaba usted desde la reja?

LUIS. ¡Quiá! Llamaba al criado.

DON BIENVENIDO. ¿Y le llamaba usted «vidita»?

LUIS. Si el criado... es la criada...

DON BIENVENIDO. ¿Y le decía usted «vidita» a la criada?

LUIS. Sí... porque no me gusta tratar a la servidumbre con dureza.

DON BIENVENIDO. ¡Ah, ya! De todos modos vamos a pasar... y esperaré.

LUIS. ¡No faltaba otra cosa! ¡Va usted a molestarse!... ¡Eso sí que no!

DON BIENVENIDO. *Encaminándose hacia el foro.* Venga, venga usted...

LUIS. ¡No, hombre, no!

DON BIENVENIDO. Sí, señor, sí... ande usted... (Ya te daré frescura.)

LUIS. (Este se ha escamado.)

DON BIENVENIDO. *Yendose por la derecha del foro y gritándole a Luis desde dentro.* ¡Venga, venga!

LUIS. Pero si yo... yo... ¡Canario, que se cuela en la casa! *Corriendo a detener a don Bienvenido.* ¡Oiga usted, caballero... caballero!

Sale don Bienvenido al gabinete por la segunda puerta, atónito e irritado.

DON BIENVENIDO. La cancela abierta... estas puertas lo mismo... ¡Ni que fuese la casa un bazar con entrada libre!

Sale por la misma puerta Luis, más muerto que vivo.

LUIS. Pero, oiga usted, caballero...

DON BIENVENIDO. *Encarándosele y gritando.* ¿Qué pasa?

LUIS. ¡Chissst! ¡Vámonos a la calle!

DON BIENVENIDO. ¿Ya?

LUIS. ¡Chissst!

DON BIENVENIDO. ¿Hay alguien malo?

LUIS. Sí.

DON BIENVENIDO. ¿Quién?

LUIS. *Despues de vacilar un poco.* ¡Yo!

DON BIENVENIDO. *Volviendo a alzar la voz.* ¡Mire usted qué chiste! (¿Cómo diablos habrán podido abrir?)

Luis habla en voz baja y con gran viveza a don Bienvenido, tratando de llevárselo a la calle a la fuerza, mientras Maruja cruza desde la derecha del foro a la callejuela, por donde se va diciendo lo que sigue:

MARUJA. Puesto que ya queda en la casa José, voy en un vuelo a hacer las paces con Merengue.

DON BIENVENIDO. Pero, hombre, ¡qué empeño en que me vaya! Y al mismo tiempo ¡qué grosería! ¡Si yo tengo mucho gusto en esperar aquí a su señora!... *Se sienta.*

LUIS. (¡Adiós mi dinero!) Y yo también en que la espere... Por mí puede usted pasar aquí toda la noche...

DON BIENVENIDO. ¡Pues aquí la pasaré!... ¡No le quepa a usted duda!

LUIS. (¿Habrá sinvergüenza?... A éste lo llevan a la cárcel.) Lo malo es que yo... que tengo la cabeza a las once... había olvidado... *De repente, alarmadísimo, de tal modo que comunica su miedo*

a don Bienvenido, el cual se levanta. ¡Uh! ¡Siento que alguien se acerca!

DON BIENVENIDO. Sí, yo también lo siento.

LUIS. ¡Ah, pero yo lo siento muchísimo!

DON BIENVENIDO. Será su esposa de usted... de seguro...

LUIS. Yo no estoy seguro...

DON BIENVENIDO. ¿No?

LUIS. No. Ni usted tampoco.

DON BIENVENIDO. Llamaremos a ver... *Toca el timbre que hay en el velador.*

LUIS. ¡Atiza! (Ahora sí que me voy.)

Sale Jose por la segunda puerta.

JOSÉ. ¿Quién llama? *Sorprendido.* ¿Ha llamado usted, don Luis?

Don Bienvenido da un salto al ver a Jose y lo observa con estupefacción y curiosidad. Mientras tanto Luis, aprovechando la turbación del primero, habla aparte con el segundo.

LUIS. (¿Tú sabes si don Bienvenido está en casa?

JOSÉ. ¿Qué ha de estar? Me ha dicho Maruja que lo de la flauta fué una broma.)

LUIS. (¡Ay, respiro!... Y esta es la mía.)

DON BIENVENIDO. (¡En mi vida me he visto en otra!) ¡Oiga usted! ¿Qué es esto?

LUIS. *Con presunción.* Uno de mis criados... ¿Ha venido ya la señorita, José?

DON BIENVENIDO. ¿La señorita?

JOSÉ. Sí, señor.

DON BIENVENIDO. ¿Que sí, señor?

LUIS. Avísale.

DON BIENVENIDO. ¿Que le avise?

JOSÉ. *Asomándose a la primera puerta y yendose al fin por la segunda.* Aquí viene.

DON BIENVENIDO. ¿Que viene?

Sale Rosario por la primera puerta. Don Bienvenido, al verla, llega al colmo del estupor, e instintivamente da una vuelta reconociendo el gabinete, como si tratara de cerciorarse de que está en su casa.

LUIS. Mi esposa.

ROSARIO. *A Luis, sorprendida.* (¿Qué haces tú aquí?)

LUIS. *A Rosario.* (¡Calla!) *A don Bienvenido.* Caballero, mi esposa. ¿No tenía usted tan vivo deseo de conocerla? *Observando que no lo atiende.* (A éste le falta algún tornillo.)

DON BIENVENIDO. *Palpándose.* (¿Me habrán hipnotizado en la oficina?)

LUIS. *A Rosario.* El señor es un íntimo amigo de mi tío Amable...

ROSARIO. ¡Ya! Tanto gusto...

DON BIENVENIDO. Se... se... señora... (Estoy todo temblón... ¡Calma, Bienvenido, hasta averiguar qué milagro es éste!...)

ROSARIO. (¿Qué locura intentas, Luis?

LUIS. Sígueme el juego, que nos hemos salvado.)

ROSARIO. ¿Por qué no haces que se siente este caballero?

LUIS. Es verdad, hija; no se me ocurre nada... Siéntese usted aquí...

Entre los dos llevan a don Bienvenido de una parte a otra.

ROSARIO. Aquí... aquí... *Sentándolo.* Deje usted el sombrero. *Se lo quita y lo pone en una silla.* ¿Quiere usted tomar algo? Sin cumplidos... *Sentándose.* Como si estuviera usted en su casa.

DON BIENVENIDO. (¡Como que lo estoy, porra! Pero ¡si esto es sobrenatural!)

LUIS. *Reparando en los cigarros que hay en el velador, y ofreciendole uno a don Bienvenido.* (¡Oh, qué detalle de amo de casa!) Tome usted un cigarro; una breva.

DON BIENVENIDO. *Con ironía.* Gracias... gracias por la breva; pero no fumo.

LUIS. Yo tampoco... Esta caja la tengo aquí para las visitas... *Se sienta.*

DON BIENVENIDO. (Menos mal... Voy a ver si con astucia me entero...) *Pausa.* ¿Saben ustedes que me gusta de verdad esta casa?

LUIS. ¡Ah, sí; es muy bonita!

ROSARIO. Pues ¡si viera usted qué barata nos sale!...

DON BIENVENIDO. Lo creo.

ROSARIO. Y luego es tan amplia...

LUIS. Eso sí. Y como no somos más que los dos, tenemos mucho desahogo.

DON BIENVENIDO. Pero ¡mucho *desahogo!* Ya lo he visto... Y ¿dice usted que ustedes no son más que ustedes?

ROSARIO. Es claro.

DON BIENVENIDO. Pues yo he visto a un pollo esta noche llamando a no sé quién por esa reja.

ROSARIO. A Soledad, sería.

DON BIENVENIDO. Y ¿quién es Soledad?

ROSARIO. Una amiguita nuestra que tiene un papá tonto de capirote.

DON BIENVENIDO. De capirote, sí, señora.

LUIS. ¿Lo conoce usted?

DON BIENVENIDO. Me basta la opinión de ustedes.

LUIS. Calcule usted que se ha empeñado en que la muchacha no pele la pava...

ROSARIO. Y para impedirlo principia por cerrarle las puertas...

LUIS. ¿Usted cree que le sirve de algo?

DON BIENVENIDO. ¡Absolutamente de nada! ¡Las abrirán!

ROSARIO. ¡Las abren!

DON BIENVENIDO. Pero, bueno, ¿cómo, cómo las abren?... Porque es curioso...

ROSARIO. Muy sencillo... Detrás de un biombo... *Don Bienvenido mira maquinalmente hacia el suyo.* de un biombo como ése... se esconde tempranito un criado...

LUIS. Que pregunta el papá por él: pues está dando una vuelta...

DON BIENVENIDO. (¡De vuelta y media lo voy a poner yo!)

ROSARIO. Sale el uno, y no ha hecho más que salir, cuando sale el otro de su escondite... Tris,

tras, abre las puertas... y el campo es de la hija.

DON BIENVENIDO. ¿Conque tris, tras, eh?

ROSARIO. ¿Comprende usted ahora lo tontísimo que es ese señor?

DON BIENVENIDO. Mire usted... puede que no sea tan tonto... (¡Ya verás tú cuando venga Solita!)

LUIS. *A Rosario.* (Vamos a ver si echamos a este tío. Pregúntame la hora.)

ROSARIO. ¿Qué hora tienes, Luis?

LUIS. La que tú quieras, remonona.

DON BIENVENIDO. ¿Eh?

LUIS. Como estamos en la luna de miel, la complazco en todo.

ROSARIO. *Con mimo.* ¡Tontísimo!

LUIS. *Lo mismo.* ¡Tontísima!

Don Bienvenido manifiesta inquietud y enfado.

ROSARIO. ¡Sosísimo!

LUIS. ¡Sosísima!

ROSARIO. ¡Feísimo!

LUIS. ¡Feísima!

DON BIENVENIDO. *Levantándose.* ¡Carambísima! ¡Hasta aquí podíamos llegar!

Se levantan Rosario y Luis.

LUIS. Dispense usted estas expansiones... (Ya, ya se larga.)

ROSARIO. Así nos pasamos todo el día...

DON BIENVENIDO. Bueno, pues que dure muchos años.

ROSARIO. Y que usted lo vea.

DON BIENVENIDO. ¡No, caracoles, yo no tengo necesidad de verlo!

ROSARIO. ¿Qué?

DON BIENVENIDO. ¡Ni de aguantar más semejante abuso! ¡Basta de consideraciones y de comedias!

LUIS. ¿Qué?

DON BIENVENIDO. ¡Cuando yo le escriba a su tío de usted, ya le contaré todo este engaño!

LUIS. ¿Engaño?... ¡Ah, ya comprendo! Usted, influído por mi tío, duda como él de la verdad de mi matrimonio, ¿no es así? ¡Pues sepa usted que mi esposa es ésta... que mi casa es ésta!...

DON BIENVENIDO. ¡Poco a poco!

ROSARIO. No te exaltes, Luis.

DON BIENVENIDO. ¡Ni alborote de esa manera, que van a enterarse los vecinos!

LUIS. ¡A mí no me importan los vecinos!

DON BIENVENIDO. ¡Pues a mí sí me importan!

LUIS. ¡Quiero que le diga usted a mi tío que el amor de Rosario no lo cambio por todas sus talegas!...

ROSARIO. Y no hay más que hablar. Cada uno en su casa...

DON BIENVENIDO. ¡Eso, eso es lo que yo digo: *cada uno en su casa!...*

ROSARIO. Y Dios en la de todos.

DON BIENVENIDO. ¡Bueno; pero nada más que Dios!

Aparece Solita por la callejuela con Verdejo.

Ambos cruzan la calle cuchicheando y riendose, y se van por la derecha del foro.

SOLITA. Ya verás qué susto el de Rosarito...

VERDEJO. ¡Je, je!...

LUIS. ¡Ah! ¡También debe usted pintarle a mi tío con fieles pinceladas el cuadro de amor de que ha sido testigo; y puede asegurarle de paso, para que rabie, que nuestra tranquilidad conyugal no la turba nada de este mundo! *Suena la flauta. Rosario y Luis se miran asustados.* ¡La flauta!

ROSARIO. ¡La flauta!

DON BIENVENIDO. ¿Qué flauta es ésa? *Mira alternativamente a Luis y a Rosario, que muestran grande apuro.*

ROSARIO. ¡Animas benditas!

LUIS. ¡Dios de Dios!

ROSARIO. ¡Virgen de Regla!

LUIS. ¿Qué hacemos, tú?

ROSARIO. ¿Qué hacemos?

DON BIENVENIDO. Pero ¿se puede saber qué ocurre?

LUIS. ¡Que viene ahí!

ROSARIO. ¡Ay, si usted supiera quién viene!

DON BIENVENIDO. ¡Por las trazas, un toro de ocho años!

Deja la flauta de sonar.

LUIS. Caballero, perdón.

ROSARIO. Perdón, caballero.

LUIS. Esta casa no es nuestra.

DON BIENVENIDO. ¡Hola, hola!

LUIS. Ese que viene es el verdadero inquilino.

DON BIENVENIDO. *Asombrado.* ¿Otro?

LUIS. No, no, no; el único.

ROSARIO. Don Bienvenido Chafalditas.

DON BIENVENIDO. ¡Qué ha de ser ése don Bienvenido!

LUIS. ¡Sí, señor; sí lo es!

ROSARIO. ¡Podemos jurarlo!

LUIS. ¡Mire usted que el confitero nos avisa que es *el* por medio de la flauta! *Suena dentro la campanilla.* ¡Anda salero!

ROSARIO. ¡Ya está ahí!

DON BIENVENIDO. ¿Que está ahí?

LUIS. *Queriendo meterlo por la primera puerta.* ¡Pronto, ocúltese usted, que va a entrar!

DON BIENVENIDO. ¿Que va a entrar? ¡Como entre don Bienvenido, pierdo yo la razón esta noche!

ROSARIO. Por favor, caballero; que puede venir bebido...

LUIS. Sí; que le da por el aguardiente...

DON BIENVENIDO. ¡Mentira!

LUIS. *Tratando de esconderlo.* Aquí, aquí...

ROSARIO. *Acercándose alarmada a la segunda puerta.* A ver... *A Solita, que sale.* ¡Soledad, que ha sonado la flauta!

SOLITA. *Riendose.* Ya lo sé... Si ha sido cosa mía... *Vuelvese hacia donde están Luis y don Bienvenido, y da un grito al verlos.* ¡Ah!

LUIS. No se asuste usted. Este señor es un amigo...

Sale Verdejo por la segunda puerta, riendose.

VERDEJO. ¡Je, je!... *Al reparar en don Bienvenido, da otro grito.* ¡Ah!

LUIS. No se asuste usted. Este señor es un amigo...

DON BIENVENIDO. No, no se asusten ustedes. Ahora, el que presenta soy yo... *A Luis y a Rosario, señalando respectivamente a Solita, Verdejo y el gabinete.* Mi hija, mi criado... y ¡mi casa!

ROSARIO. ¡Jesús!

LUIS. ¿Qué?

SOLITA. Papá...

ROSARIO. Don Bienvenido...

LUIS. Señor don Bienvenido... (¡No he visto nombre más mal puesto!)

DON BIENVENIDO. ¡Basta! ¡Esto ha sido una burla indigna!

SOLITA. Nada de burla, papá. No te enfades.

Rosario, Solita y Luis le explican a don Bienvenido en voz baja la situación en que se encuentran.

Llega por la callejuela Felipe.

FELIPE. La he venido siguiendo calle arriba, calle arriba... Por donde pasaba iba dejando un rastro de luz, lo mismo que una estrella de rabo... El rabo era Verdejo. Parece que hay gente en la habitación. ¿Estará ella? Si pudiera enterarme de lo que dicen... *Se acerca a la ventana y escucha, colocado de suerte que no pueda ser visto desde el interior del gabinete.*

SOLITA. *A don Bienvenido.* Y esta señorita es una excelente amiga mía, a quien yo le he prestado mi reja para que pueda hablar con su novio.

LUIS. El cual le promete a usted casarse con Rosario si es usted tan amable que nada le dice al otro Amable.

DON BIENVENIDO. Ya hablaremos de ese asunto con más espacio. Por de pronto, he decidido tres cosas Primera: pegarle una paliza a todo el que me encuentre husmeando en la reja.

FELIPE. *Dando un salto.* (No me interesará tanto la segunda.)

DON BIENVENIDO. Segunda: cerrar esa ventana a piedra y lodo.

SOLITA. (Como si en Sevilla no hubiese otras...)

DON BIENVENIDO. Y tercera: *A Solita:* que te vayas todas las noches á casa de tu tía.

FELIPE. (Sí, ¿eh? Pues, a pesar de eso, no hay tu tía.)

ROSARIO. *Al público:*

Aunque este señor no ceja,
yo sus designios no acato...
si tu indulgencia me deja
echar mañana otro rato
de palique por la reja.

FIN

Madrid, febrero, 1896.

APÉNDICE

EL MONTÓN DE LO INÉDITO

Este volumen de *primeros ensayos*, que ya sabe el lector a qué linaje de razones debe la vida, se nos antojaría truncado o incompleto si no le consagráramos en él un recuerdo piadoso a la numerosa serie de obrillas producidas en los mismos años que las que van aquí, aun contando con la cruel sospecha de que, en cierto modo, más suerte han tenido las inéditas al no ver la luz que las publicadas al exhibirse a los cuatro vientos...

Nuestra vena, harto desatada y fecunda, dió de sí, de buenas a primeras, por cima de cincuenta farsas en un acto, en dos y hasta en tres, todas las cuales se quedaron al fin y al postre encerradas en casa, como gentes medrosas o de pocas chichas que no salen de noche, bien que después de haber pasado una tras de otra—¡oh pretendientes importunos, empalagosos e incansables!—por las manos de cuantos autores o actores, directores artísticos o de escena, y empresarios más o menos leídos, se prestaban a recibirlas de las nuestras... Por *anticuadas* unas, por *avanzadas* otras, muchas de ellas por *literarias* (¡!) no obtuvieron el ansiado bautismo de luz de las candilejas, como las ocho que preceden, y que sin duda se avenían mejor a los gustos dominantes en el teatro cómi-

co de aquellos años: enamorados mentecatos y tímidos; conquistadores en continua fuga; padres irascibles de los de «¡mil bombas!» a todo trapo; suegras bigotudas, conspiradoras o feroces; señoritas cursis cazadoras de novios; boticarios ridículos; confiteros amerengados; cesantes famélicos; patronas, cómicos y sablistas... palizas, remojones, sustos, carreras y escondites...

Aparte todas las inéditas y las ocho de este volumen, hubo dos más infortunadas que ninguna de las demás, *Blancas y Negras* y *Viaje de recreo*, que en el teatro Español y en el de Lara, respectivamente, fueron rechazadas y silbadas, con excepcional grosería la una y con relativa benevolencia la otra. ¡Oh acíbar del fracaso, qué venenoso y enervante amargor contienes!... ¡Cómo pruebas el temple de quien te traga y te resiste!... En ambas ocasiones tornamos del teatro a nuestra casa llorosos y mustios, imaginando escribir en lo futuro cuentos y novelas, poesías y artículos de periódico, todo, menos obras dramáticas, y recordando aquellos versos del poeta mejicano:

... Porque si no se remedia
esta nueva introducción
de los silbos, es forzoso
que pierda el más ingenioso
a los versos la afición.

Pero, no: ya se ha visto que no la perdimos...

En nuestro montón inédito hay tanteos y en-

sayos de muy diverso aire, de muy distinta casta y tendencia: desde el drama en verso, con romances endecasílabos y décimas por todo lo alto, hasta la revista para el teatro por horas, con *cantables* zaragateros y picantes por todo lo hondo. Al lado de una tentativa romántica, audaz, desenfadada y libre, una comedia moratiniana en tres actos, escrito cada uno de ellos en un mismo romance, y escrupulosamente sujeta al precepto de las tres unidades de marras. ¡Y sainetes, y loas, y pasillos, y zarzuelas, y juguetes cómicos, y parodias, y cuanto hay que pedir!... Era el caso que no leíamos obra de Calderón o de Lope, de Tirso o de Moreto, de Alarcón o de Rojas (primeras lecturas que, por dicha, nos deparó la suerte, a la vez que Aristóteles con su *Poética* y Horacio con su famosa *Epístola a los Pisones* empezaban a quitarnos el sueño y formaban y aromatizaban nuestro gusto); ni comedia o drama de Moratín o de Bretón, del Duque de Rivas, de Hartzenbusch, de García y Gutiérrez o de Ayala, que nuestra incierta y atrevida pluma no osase imitar inmediatamente... Como tampoco presenciábamos representación, fuese la obra representada de cualquier índole que fuese, que no nos invitara a escribir algo por el estilo sin pérdida de tiempo; ni admirábamos a una comedianta—predisposición nativa y perenne en nosotros—, ni conocíamos a un nuevo actor, que no suscitaran también en nuestro ansioso e inflamable espíritu la idea de dedi-

carles, *ipso facto,* un papel de gran lucimiento. Lo imitábamos todo, lo intentábamos todo, lo admirábamos todo, anhelosos, ingenuos, torpes, vacilantes, husmeando y buscando nuestro camino... ¡Y al fin dimos con él!

Porque, al propio tiempo que la inspiración ajena nos cautivaba, poco a poco, de manera insensible, fuimos obedeciendo a secreta intuición y descubriendo los asuntos para nuestras obras en la realidad cotidiana; en los lances, escenas, tipos y costumbres, aventuras y desventuras que en nuestro accidentado y trabajoso vivir de adolescentes nos salían al paso, atrayéndonos con un vigor original y un imán y un hechizo invencibles, que ofuscaban, aventajándolas, las sugestiones del libro y de la escena... Así, fué la vida, a veces dura y áspera, a veces amorosa y radiante, la que nos aleccionó como madre y maestra, enseñándonos dónde estaba la cantera infinita y el manantial de las eternas aguas. Y no quisimos desde entonces que hubiese en nuestro arte sino trozos, por rudos o pequeños que fuesen, de los ingentes bloques, y eco y rumor, por apagado que acertáramos a trasmitirlo, de la bullidora corriente... ¡Pasiones y miserias, rencores y ternuras, lágrimas y risas... voces y latidos, en fin, percibidos en el afanoso e interesante caminar entre las mujeres y los hombres, sembrado de revelaciones y sorpresas!...

S. y J. A. Q.

ÍNDICE

PÁGINAS

Dedicatoria 5
Prólogo 7
Esgrima y amor 13
Belén, 12, principal 39
Gilito 69
La media naranja 97
El tío de la flauta 137
El peregrino 175
Las casas de cartón 225
La reja 269
Apéndice 313

TEATRO COMPLETO DE LOS AUTORES

ORDEN DE LA PUBLICACIÓN

Tomo I. — PRIMEROS ENSAYOS

Prólogo.—Esgrima y amor.—Belén, 12, principal.—Gilito.—La media naranja.—El tío de la flauta.—El peregrino.—Las casas de cartón.—La reja.—Apéndice.

Tomo II. — COMEDIAS Y DRAMAS

La vida íntima.—El patio.—Los Galeotes.

Tomo III. — COMEDIAS Y DRAMAS

La pena.—La azotea.—El nido.—Las flores.

Tomo IV. — SAINETES Y ZARZUELAS

La buena sombra.—Los borrachos.—El traje de luces.—El motete.—El estreno. Abanicos y panderetas o ¡A Sevilla en el botijo!

Tomo V. — COMEDIAS Y DRAMAS

La dicha ajena.—Pepita Reyes.—Mañana de sol.

Tomo VI. — COMEDIAS Y DRAMAS

La zagala.—Amor a oscuras.—La casa de García.—A la luz de la luna.

Tomo VII. — PIEZAS BREVES

El ojito derecho.—El chiquillo.—Los piropos.—El flechazo.—El amor en el teatro.—Los meritorios.—La zahorí.—La contrata.—El nuevo servidor.—La aventura de los Galeotes.

Tomo VIII.— COMEDIAS Y DRAMAS

El amor que pasa.—El agua milagrosa. La musa loca.—Herida de muerte.

Tomo IX. — COMEDIAS Y DRAMAS

El genio alegre.—El niño prodigio.—La vida que vuelve.

Tomo X. — SAINETES Y ZARZUELAS

El género ínfimo.—La reina mora.—Zaragatas.—El mal de amores.—El amor en solfa.—La mala sombra.

Tomo XI. — COMEDIAS Y DRAMAS

La escondida senda.—El último capítulo.—Las de Caín.—Sin palabras.

Tomo XII. — COMEDIAS Y DRAMAS

Amores y amoríos.—¿A quién me recuerda usted?—Doña Clarines.—Los ojos de luto.

Tomo XIII.— PIEZAS BREVES

La pitanza.—Los chorros del oro.—Morritos.—Nanita, nana.—La zancadilla.—La bella Lucerito.—Las buñoleras.—Cuatro palabras.—Sangre gorda.—Carta a Juan Soldado.—Solico en el mundo. Palomilla.

Tomo XIV.— COMEDIAS Y DRAMAS

El centenario.—La flor de la vida.—La rima eterna.

Tomo XV. — COMEDIAS Y DRAMAS

Puebla de las Mujeres.—Lo que tú quieras.—Malvaloca.—La cuerda sensible.

Tomo XVI. — SAINETES Y ZARZUELAS

La patria chica.—Las mil maravillas. El patinillo.—La muela del Rey Farfán.

Tomo XVII. — COMEDIAS Y DRAMAS

Mundo, mundillo...—Fortunato.—Nena Teruel.

Tomo XVIII.— COMEDIAS Y DRAMAS

Los Leales. — La consulesa. — Dios dirá.—El corazón en la mano.

Tomo XIX. — PIEZAS BREVES

Rosa y Rosita.—El hombre que hace reír.—Sábado sin sol.—Las hazañas de Juanillo el de Molares.—Hablando se entiende la gente.—Chiquita y bonita. Polvorilla el corneta.—El cerrojazo.—La historia de Sevilla.—Lectura y escritura.—Pesado y medido.—Secretico de confesión.

Tomo XX. — COMEDIAS Y DRAMAS

El Duque de Él.—El ilustre huésped. Cabrita que tira al monte...

Tomo XXI. — COMEDIAS Y DRAMAS

Marianela.—Así se escribe la historia. Pipiola.

Tomo XXII. — SAINETES Y ZARZUELAS

Fea y con gracia.—Anita la Risueña. El amor bandolero.—Isidrín o Las cuarenta y nueve provincias.—Bec-

queriana.—Diana cazadora o Pena de muerte al Amor.

Tomo XXIII. — COMEDIAS Y DRAMAS

Don Juan, buena persona.—Pedro López.—La calumniada.

Tomo XXIV. — COMEDIAS Y DRAMAS

Febrerillo el loco.—El mundo es un pañuelo.—Pasionera.

Tomo XXV. — PIEZAS BREVES

La niña de Juana o El descubrimiento de América.—La sillita.—Castañuela, arbitrista.—La seria.—El mal ángel.—El cuartito de hora.—Cabellos de plata.—Y otras.

Tomo XXVI. — COMEDIAS Y DRAMAS

Ramo de locura.—La moral de Arrabales.—La prisa.—La flor en el libro.

Tomo XXVII. — COMEDIAS Y DRAMAS

Antón Caballero.—La quema.—Las vueltas que da el mundo.—Las benditas Máscaras.

Tomo XXVIII.— SAINETES Y ZARZUELAS

Rinconete y Cortadillo.—La casa de enfrente.—Los marchosos.—La del Dos de Mayo.—Los pápiros.

Esta colección continuará enriqueciéndose en lo porvenir con las nuevas obras que produzcan los hermanos Álvarez Quintero, las cuales se agruparán en tomos siguiendo el mismo método.

185898 LS.

Author Alvarez Quintero, Serafin and Alvarez Quintero, Joaquin

Title Teatro completo. Vol. 1

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU